

COLECCIÓN FUENTE VIVA

Chico Xavier

POR EL ESPÍRITU EMMANUEL

VIÑA de
LUZ

fee

VIÑA DE LUZ

Francisco Cándido Xavier

Emmanuel

<http://www.espiritismo.es>

Federación Espírita Española

BRILLE VUESTRA LUZ

Amigo mío, en el vasto camino de la Tierra, cada criatura busca el alimento espiritual que le corresponde a la posición evolutiva.

La abeja sorbe la flor, el buitre reclama despojos, el hombre busca emociones. Más aún en el terreno mismo de las emociones, cada espíritu exige tipos especiales.

Hay sufridores inveterados que no demandan otra cosa más allá del sufrimiento, pesimistas que se enclaustran en nubes negras, atendiendo a un deliberado propósito, durante siglos. Suplen la mente de torturas continuas y no pretenden construir sino la piedad ajena, bajo la cual se complacen.

Tenemos a los irónicos y cazadores de carcajadas que sólo solicitan motivos para el sarcasmo del cual se alimentan.

Observamos a los discutidores que devoran páginas respetables, con el único objetivo de recoger contradicciones para sustentar polémicas interminables.

Vemos los temperamentos enfermizos que sorben tóxicos intelectuales, a través de libros poco dignos, con la incomprensible alegría de quien traga un envenenado licor.

En los variados climas del mundo, hay quien se nutre de tristeza, de aislamiento, de placer barato, de revuelta, de conflictos, de cálculos, de aflicciones, de mentiras...

El discípulo de Jesús, sin embargo – aquel hombre que ya se atedió de las sustancias deterioradas de la experiencia transitoria – pide la luz de la sabiduría, a fin de aprender a sembrar el amor en compañía del Maestro...

Para los compañeros que esperan la vida renovada en Cristo, hambrientos de claridad eterna, fueron escritas las páginas de este sencillo libro.

Dentro de él, no hay palabras de revelación sibilina.

Traduce, simplemente, un esfuerzo para que nos integremos en el Evangelio, granero divino de nuestro pan de inmortalidad.

No es exhortación, ni profecía.

Sólo es invitación.

Invitación al trabajo santificante, planificado en el código del Amor Divino.

Si la candela ilumina, quemando el propio aceite, si la lámpara resplandece, consumiendo la energía que la usina le suministra, ofrezcamos la instrumentalidad de nuestra vida a los imperativos de la perfección, para que la enseñanza del Señor se revele, por nuestro intermedio, aclara-

rando la senda de nuestros semejantes.

El Evangelio es el Sol de la inmortalidad que el Espiritismo refleja, con sabiduría para la actualidad del mundo.

¡Brille vuestra luz! – proclamó el Maestro.

¡Procuremos brillar! – repetimos nosotros.

EMMANUEL

Pedro Leopoldo, 25 de noviembre de 1951.

QUIEN LEE, ATIENDA

**“Quien lee, atienda.” - Jesús
(Mateo, 24:15)**

Así como las criaturas, en general, convirtieron las producciones sagradas de la Tierra en objeto de perversión de los sentidos, un movimiento análogo se verifica en el mundo, con referencia a los frutos del pensamiento.

Frecuentemente las más santas lecturas son tomadas a cuenta de tempero emotivo, destinado a las sensaciones renovadas que condigan con el recreo pernicioso o con la indiferencia por las obligaciones más justas.

Rarísimos son los lectores que buscan la realidad de la vida.

El propio Evangelio ha sido para los imprevisores y livianos vasto campo de observaciones poco dignas.

¿Cuántos ojos pasan por él, apresurados e inquietos, anotando deficiencias de la letra o catalogando posibles equívocos, a fin de esparcir sensacionalismo y perturbación? Alinean, con avidez, las aparentes contradicciones y tocan para malbaratar, con enorme desprecio por el trabajo ajeno, las plantas tiernas y dadivosas de la fe renovadora.

La recomendación de Jesús, no obstante, es infinitamente expresiva.

Es razonable que la lectura del hombre ignorante y animalizado represente un conjunto de ignominiosos juegos, pero el espíritu de religiosidad precisa penetrar la lectura seria, con real actitud de elevación.

El problema del discípulo del Evangelio no es el de leer para alcanzar novedades emotivas o conocer las Escrituras para transformarla en arena de esgrima intelectual, sino el de leer para atender a Dios, cumpliendo su Voluntad Divina.

VE COMO VIVES

"Y llamando a 10 siervos suyos, le dio diez minas y les dijo: negociad hasta que yo venga." -Jesús (Lucas, 19:13)

Con la precisa madurez del raciocinio, comprenderá el hombre que toda su existencia es un gran conjunto de negocios espirituales y que la vida, en sí, no pasa de ser un acto religioso permanente, con vistas a los deberes divinos que nos prenden a Dios.

Por lo pronto, el mundo sólo exige testimonio de que de las personas indicadas como detentoras de mandato esencialmente religioso.

Los católicos romanos rodean de existencia a los sacerdotes, desvirtuándoles el apostolado. Los protestantes, en la mayoría, atribuyen a los ministros evangélicos las obligaciones más completas del culto. Los espiritistas reclaman demostraciones de calidad y pureza, como si la luz y la verdad de la Nueva Revelación pudiesen constituir exclusivo patrimonio de algunos cerebros fallidos.

Urge considerar, sin embargo, el testimonio cristiano, en el campo transitorio de la lucha humana, es evidente de todos los hombres, indistintamente.

Cada criatura fue llamada por la Providencia ha determinado sector de trabajo espirituales en la Tierra.

El comerciante está en negocios de abastecimiento y de fraternidad.

El administrador permanece en negocios de orientación, distribución y responsabilidad.
El servidor fue traído a negocios de obediencia y edificación.

Las madres y los padres terrestres fueron convocados a negocios de renuncia, ejemplificación y devoción.

El carpintero está fabricando columnas para el templo vivo del hogar.

El científico vive suministrando ecuaciones de progreso que mejoren el bienestar del mundo.

El cocinero trabaja para alimentar al operario y al sabio.

Todos los hombres viven en la Obra de Dios, valiéndose de ellas para alcanzar, un día, la grandeza divina. Usufructuarios de patrimonios que pertenecen al Padre, se encuentran en el campo de las oportunidades presentes, negociando con los valores del Señor.

En razón de esta verdad, mi amigo, ve lo que haces y no te olvides de subordinar tus deseos a Dios, en los negocios que por algún tiempo te fueron confiados en el mundo.

LO NECESARIO

**“Mas una sola cosa es necesaria.” – Jesús
(Lucas, 10:42)**

Tendrás muchos negocios próximos o remotos, mas no podrás sustraerles el carácter de lección, porque la muerte te descubrirá realidades con las cuales no sueñas ni siquiera levemente.

Administrarás varios intereses, entretanto, no podrás controlar todos los ángulos del servicio, porque la maldad y la diferencia se insinúan en todas las tareas, perjudicando el radio de acción de todos los misioneros de la elevación.

Almacenarás una enorme fortuna, sin embargo, ignoras, por muchos años, a qué región de la vida te conducirá el dinero.

Improvisarás pomposos discursos, no obstante, desconoces las consecuencias de tus palabras.

Organizarás un gran movimiento alrededor de tus pasos, sin embargo, si no construyes algo dentro de ellos para el bien legítimo, te cansarás en vano.

Experimentarás muchos dolores, pero si no permaneces vigilante en el aprovechamiento de la lucha, tus sinsabores serán inútiles.

Exaltarás el derecho con el verbo indignado y ardoroso, mientras tanto, es probable que no estés sino estimulando la indisciplina y la ociosidad de muchos.

“Una sola cosa es necesaria”, aseveró el Maestro, en su lección a Marta, cooperadora dedicada y activa.

Jesús deseaba decir que, por encima de todo, nos compete guardar, dentro de nosotros mismos, una actitud adecuada, ante los designios del Todopoderoso, avanzando, según la ruta que nos trazó la Ley Divina. Realizado ese “necesario”, cada acontecimiento, cada persona y cada cosa se ajustarán, a nuestros ojos, en el lugar que les corresponde. Sin esa posición espiritual de sintonía con el Instructor Celeste, es muy difícil actuar con provecho.

EN SILENCIO

“No sirviendo a la vista, como para agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, haciendo de corazón la voluntad de Dios.” - Pablo (Efesios, 6:6)

Si sabes, atiende al que ignora, sin ofuscarlo con tu luz.

Si tienes, ayuda al necesitado, sin molestarlo con tus posesiones.

Si amas, no hieras al objeto amado con exigencias.

Si pretendes curar, no humilles al enfermo.

Si quieres mejorar a los demás, no maldigas a nadie.

Si enseñas la caridad, no vistas de espinas, para que tu contacto no dilacere a los que sufren.

Ten cuidado en la tarea que el Señor te confió.

Es muy difícil servir a la vista. Todos quieren hacerlo, procurando el aprecio de los hombres.

Sin embargo, es difícil, servir ocultamente, sin el ilusorio manto de la vanidad.

Es por esto que, en todos los tiempos, casi todo el trabajo de las criaturas es disperso y engañoso. En general, se cuida de obtener a cualquier precio las gratificaciones y las honras humanas.

Pero, tú, amigo, aprende que el servidor sincero de Cristo, habla poco y construye, cada vez más, con el Señor en el divino silencio del espíritu...

Ve y sirve.

No te importen las fantasías que confunden los ojos de la carne ni te consagres a los ruidos de la boca.

Haz el bien, en silencio.

Huye a las referencias personales y aprendamos a cumplir, de corazón, la voluntad de Dios.

CON AMOR

“Y, sobre todo esto, revestíos de caridad, que es el vínculo de la perfección.” - Pablo (Colosenses, 3:14)

Todo discípulo del Evangelio precisará coraje para atacar los servicios de la redención en sí mismo.

Nadie dispensará las armaduras de la fe, a fin de marchar con tranquilidad bajo tempestades.

El camino de rescate y elevación permanece lleno de espinas.

El trabajo se constituirá de luchas, de sufrimientos, de sacrificios, de sudor, de testimonios.

Toda la preparación es necesaria, en el capítulo de la resistencia, entretanto, sobre todo esto es indispensable revestir nuestra alma de caridad, que es amor sublime.

La nobleza de carácter, la confianza, la benevolencia, la fe, la ciencia, la introducción, los dones y las posibilidades son hilos preciosos, pero el amor es el telar divino que los entrelazará, tejiendo la túnica de la perfección espiritual.

La disciplina y la educación, la escuela y la cultura, el esfuerzo y la obra, son flores y frutos en el árbol de la vida, sin embargo, el amor es la raíz eterna.

Pero, ¿cómo amaremos en el servicio diario?

Renovémonos en el espíritu del Señor y comprendamos a nuestros semejantes.

Auxiliemos en silencio, entendiendo la situación de cada uno, temperando la bondad con la energía, y la fraternidad con la justicia.

Oigamos la sugerencia del amor, a cada paso, en la senda evolutiva.

Quien ama, comprende; y quien comprende, trabaja por un mundo mejor.

MULTITUDES

**“Tengo compasión de la multitud.” -
Jesús (Marcos, 8:2)**

Los espíritus verdaderamente educados representan, en todos los tiempos, grandes deudores a la multitud.

Raros hombres, no obstante, comprenden ese imperativo de las leyes espirituales.

En general, el mayordomo de las posibilidades terrestres, simplemente instruido en la cultura del mundo, se esquila de la masa común, en vez de ayudarla. Le explota las pasiones, le mantiene la ignorancia y acostumbra robarle la ocasión de progreso. Traza leyes para que ella pague los impuestos más pesados, crea guerras de exterminio, en que deba concurrir con los más elevados tributos de sangre. El sacerdocio organizado, casi siempre, le impone sombras, mientras la filosofía y la ciencia le ofrecen sonrisas escarnecedoras.

En todos los tiempos y situaciones políticas, cuenta el pueblo con escasos amigos y adversarios en legiones.

Entretanto, por encima de todas las posibilidades humanas, la multitud dispone del Amigo Divino.

Jesús prosigue trabajando.

Él, que pasó en el Planeta entre pescadores y proletarios, inválidos y ciegos, viejos cansados y madres afligidas, se vuelve hacia la turba sufridora y alimenta su esperanza, como en aquel momento de la multiplicación de los panes.

Recuerda, amigo mío, que formas parte integrante de la multitud terrestre.

El Señor observa lo que haces.

No robes el pan de la vida; procura multiplicarlo.

A LOS DISCÍPULOS

“Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, que es escándalo para los judíos y locura para los griegos.” – Pablo (I Corintios, 1:23)

La vida moderna, con sus brillantes realidades, va enseñando a las comunidades religiosas del Cristianismo que predicar es revelar la grandeza de los principios de Jesús en las propias acciones diarias.

El hombre que se internó por el territorio extraño de los discursos, sin hechos correspondientes a la elevación de la palabra, se expone, cada vez más, al ridículo y a la negación.

Desde hace muchos siglos que prevalece el movimiento de filosofías utilitaristas. Y, aún ahora, no escasean orientadores que piensan en la construcción de palacios egoístas a base del magnetismo personal y psicólogos que enseñan públicamente la sutil explotación de las masas.

Es en ese cuadro oscuro del desarrollo intelectual de la Tierra que los aprendices de Cristo son exponentes de la filosofía edificante, de la renuncia y de la bondad, revelando en sus obras aisladas la experiencia divina de Aquel que prefirió la crucifixión al pacto con el mal.

Por eso van surgiendo nuevos discípulos, más allá del sacerdocio organizado. Hermanos de los sufridores, de los sencillos, de los necesitados, los espiritistas cristianos encuentran obstáculos terribles en la cultura intoxicada del siglo y en el espíritu utilitario de las ideas comodistas.

Hace casi dos mil años, Pablo de Tarso aludía al escándalo que la actitud de los aprendices esparcía entre los judíos y a la falsa impresión de locura que despertaba en los ánimos de los griegos.

Los tiempos de ahora son aquellos mismos que Jesús declaraba llegados al Planeta; y los judíos y griegos, actualizados hoy en los negociantes deshonestos y en los intelectuales vanidosos, prosiguen en la misma posición del comienzo. Entre ellos, surge el continuador del Maestro, transmitiéndoles la enseñanza con el verbo santificado por las acciones que lo testifican.

Aparecen dificultades, sarcasmos y conflictos...

El aprendiz fiel, sin embargo, no se atemoriza.

El comercialismo de la avaricia permanecerá con el escándalo y la instrucción envenenada se demorará con los desequilibrios que le son inherentes. Él, no obstante, seguirá adelante, amando, ejemplificando y educando como el Libertador inmortal.

MARCAS

**“Desde ahora nadie me moleste, porque traigo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús.”
– Pablo (Gálatas, 6:17)**

Todas las realizaciones humanas poseen marca propia.

Casas, libros, artículos, medicamentos, todo exhibe una señal de identificación a los ojos atentos.

Si semejante medida es aprovechada en la ley de uso de los objetos transitorios, no se podría sustraer en el mismo principio, en la catalogación de todo lo que se refiera a la vida eterna.

Jesús posee igualmente las señales de Él.

La imagen utilizada por Pablo de Tarso, en sus exhortaciones a los gálatas, puede ser más extensa.

Las marcas de Cristo no son sólo las de la cruz, sino también las de su actividad en la experiencia común.

En cada situación, el hombre puede revelar una demostración del Divino Maestro.

Jesús suministró patrones educativos en todas las particularidades de su paso por el mundo. El Evangelio nos lo presenta en los más diversos cuadros, junto al trabajo, a la simplicidad, al pecado, a la pobreza, a la alegría, al dolor, a la glorificación y al martirio. Su actitud, en cada posición de la vida, señaló una nueva línea de conducta para los aprendices.

Todos los días, por tanto, el discípulo puede encontrar recursos de destacar sus acciones más comunes con los registros de Jesús.

Cuando termine cada día, pasa revista a las pequeñas experiencias que compartiste en el camino vulgar. Observa las señales con que marcaste tus hechos, recordando que la marca de Cristo es, fundamentalmente, aquella del sacrificio de sí mismo para el bien de todos.

LA LUZ SIGUE SIEMPRE

“Y sus palabras les parecían como desvarío, y no Las creyeron.” – (Lucas, 24:11)

La perplejidad surgida en el día de la Resurrección del Señor aún es la misma en los tiempos que pasan, siempre que la naturaleza divina e invisible a la mirada común de los hombres manifiesta sus gloriosos mensajes.

Las mujeres devotas, que se fueron en romería de amor a la tumba del Maestro, siempre encontraron sucesores. Sin embargo, son muy raros los Pedros que se disponen a levantarse para averiguar la verdad.

En todos los tiempos, los transmisores de noticias de más allá de la tumba peregrinaron en la Tierra, como hoy.

Pero, las escuelas religiosas desfiguradas, solamente en raras ocasiones aceptaron el valioso concurso que se les ofrecía.

En las épocas pasadas, todos los instrumentos de la revelación espiritual, con raras excepciones, fueron catalogados como brujos, quemados en la plaza pública, y, aún hoy, son tenidos como dementes, visionarios y hechiceros. Es que la mayoría de compañeros de jornada humana viven agarrados a los intereses inferiores de algunos momentos y las palabras de la verdad inmortal siempre les parecieron consumado desvarío. Entregados a lo efímero, no creen en la expansión de la vida, dentro del infinito y de la eternidad, pero la luz de la Resurrección prosigue siempre, inspirando a los misioneros aún incomprendidos.

LEVANTAD LOS OJOS

“He aquí lo que yo os digo: Levantad vuestros ojos y ved las tierras, que ya están blancas para la siega.” – Jesús (Juan, 4:35)

El mundo está lleno de trabajos unidos al estómago.

La existencia terrestre permanece transportando emociones relativas al sexo.

Nadie contesta el fundamento sagrado de ambos, entretanto, no podemos estacionarnos en una o en otra expresión.

Hay que levantar los ojos e indagar en zonas más altas. Es preciso meditar en la cosecha de valores nuevos, atendiendo a nuestro propio granero.

No se resume la vida a fenómenos de nutrición, ni simplemente a la continuidad de la especie.

El hombre requiere un laborioso servicio de iluminación espiritual.

Valiosos conocimientos lo reclaman a esferas superiores.

Las verdades eternas proclaman que la felicidad no es un mito, que la vida no es sólo el corto período de manifestaciones carnales en la Tierra, que la paz es un tesoro de los hijos de Dios, que la grandeza divina es el maravilloso destino de las criaturas; no obstante, para recibir tan altos dones es indispensable levantar los ojos, elevar el entendimiento y santificar los raciocinios.

Es imprescindible lazar la lámpara sublime de la fe, por encima de las sombras.

Hermano muy amado, que te conservas bajo el divino árbol de la vida, no te fijas tan sólo en los frutos de la oportunidad perdida que dejaste podrir, al abandono... ¡No te encarceles en el campo inferior, a contemplar tristezas, fracasos, desengaños! ¡Mira hacia lo alto! ¡Repara en las frondas inmortales, balanceándose al soplo de la Providencia Divina! Entrégate a las labores de la siega y observa que, si las raíces aún se demoran presas al suelo, los ramos lozanos, llenos de frutos sustanciosos, avanzan en el infinito, en dirección a los Cielos.

ABRE LA PUERTA

“Y habiendo dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: Recibid al Espíritu Santo.” (Juan, 20:22)

Profundamente expresivas son las palabras de Jesús a los discípulos, en las primeras manifestaciones después del Calvario.

Compareciendo a la reunión de los compañeros, esparce sobre ellos su espíritu de amor y vida, exclamando: “Recibid el Espíritu Santo.”

¿Por qué no se unieron las bendiciones del Señor, automáticamente, a los aprendices? ¿Por qué no transmitió Jesús, pura y simplemente, su poder divino a los sucesores? Él, que distribuyera dádivas de salud, bendiciones de paz, recomendaba a los discípulos recibiesen los divinos dones espirituales. ¿Por qué no imponer semejante obligación?

Es que el Maestro no violentaría el santuario de cada hijo de Dios, ni aun por amor.

Cada espíritu guarda su propio tesoro y abrirá sus puertas sagradas a la comunión con el Eterno Padre.

El Creador ofrece a la simiente el sol y la lluvia, el clima y el campo, la defensa y el abono, el cuidado de los labradores y la bendición de las estaciones, pero la simiente tendrá que germinar por sí misma, elevándose hacia la luz solar.

El hombre recibe, igualmente, el Sol de la Providencia y la lluvia de dádivas, las facilidades de la cooperación y el campo de la oportunidad, la defensa del amor y el abono del sufrimiento, el cariño de los mensajeros de Jesús y la bendición de las diversas experiencias; mientras tanto, somos constreñidos a romper por nosotros mismos el envoltorio inferior, elevándonos hacia la Luz Divina.

Las inspiraciones y los designios del Maestro permanecen a la vuelta de nuestra alma, sugiriendo modificaciones útiles, induciéndonos a la legítima comprensión de la vida, iluminándonos a través de la conciencia superior, entretanto, está en nosotros, abrirles o no la puerta interna.

Cesemos, pues, la guerra de nuestras creaciones inferiores del pasado y entreguémonos, cada día, a las realizaciones nuevas de Dios, instituidas a nuestro favor, perseverando en recibir, en el camino, los dones de la renovación constante, en Cristo, para la vida eterna.

PATRONES

“Porque era hombre de bien y lleno del Espíritu Santo y de fe. Y mucha gente se unió al Señor.” – (Hechos, 11:24)

Alcanzar el título de sacerdote, en obediencia a simples preceptos del mundo, no representa esfuerzo esencialmente difícil. Bastará la ilustración de la inteligencia en la ordenación convencional.

Ser teólogo o exegeta no es un gran obstáculo. Se requiere sólo la cultura intelectual con el estudio exacto de los números y de las letras.

Predicar la doctrina no presenta impedimentos de relevancia. Se pide tan sólo el énfasis unido a la correcta expresión verbalista.

Recibir mensajes del Más Allá y transmitirlos a otros puede ser la copia del servicio postal del mundo.

Aconsejar a los que sufren y suministrar elementos exteriores de iluminación constituyen servicios peculiares a cualquier hombre que use sensatamente la palabra.

Sondeos e investigaciones, indagaciones y análisis son viejos trabajos de la curiosidad humana.

Pero, unir almas al Señor, es una actividad para la cual no se prescinde del apóstol.

Bernabé, el gran cooperador del Maestro, en Jerusalén, presenta las líneas fundamentales del patrón justo.

Veamos la aplicación de la enseñanza a nuestra tarea cristiana.

Todos pueden transmitir recados espirituales, adoctrinar hermanos e investigar la fenomenología, pero para imantar corazones en Jesucristo es indispensable que seamos fieles servidores del bien, trayendo el cerebro repleto de inspiración superior y el corazón inflamado en la fe viva.

Bernabé iluminó a muchos compañeros “porque era hombre de bien, lleno del Espíritu Santo y de fe”.

Jamás olvidemos semejante acción de los Hechos. Se trata de un patrón que no podremos olvidar.

NO CONFUNDAS

“Porque la Escritura dice: Todo aquel que en él cree no será confundido.” – Pablo (Romanos, 10:11)

En todos los círculos del Cristianismo hay diversas formas en cuanto a la creencia individual.

Hay católicos romanos que restringen al padre el objeto de confianza; reformistas evangélicos que se limitan a la fórmula verbal y espiritistas que concentran todas las expresiones de la fe en la organización mediúmnica.

Es natural, por tanto, la cosecha de desilusiones.

En todos los lugares, hay sacerdotes que no satisfacen, fórmulas verbalistas que no atienden y médiums que no solucionan todas las necesidades.

Más allá de eso, hemos de considerar que toda creencia ciega, distante de Cristo, puede redundar en seria perturbación... Casi siempre, los devotos no piden algo más que la satisfacción egoísta en el culto común, en el sentimiento rudimentario de religiosidad, y, de ahí, los desastres del corazón.

El discípulo sincero, en todas las circunstancias, comprende la probabilidad de error en la colaboración humana y, por eso, coloca la enseñanza de Jesús por encima de todo.

El Maestro no vino al mundo a realizar la exaltación del egoísmo individual, sino a trazar una ruta definitiva a las criaturas, instituyendo trabajo edificante y revelando los objetivos sublimes de la vida.

Recuerda siempre que tu existencia es una jornada para Dios.

¿En qué objeto centralizas tu creencia, amigo mío? Recuerda que es necesario creer sinceramente en Jesús y seguirlo, para que no seamos confundidos.

APROVECHAMIENTO

“Medita estas cosas; ocúpate en ellas para que tu aprovechamiento sea manifiesto a todos.” – Pablo (I Timoteo, 4:15)

Generalmente, el primer impulso de los que ingresan en la fe constituye la preocupación de transformar compulsivamente a los demás.

Semejante propósito, a veces, raya por la imprudencia, por la obsesión. El nuevo creyente flagela a cuantos escuchan sus argumentos calurosos, golpeando costumbres, condenando ideas ajenas y violentando situaciones, olvidado de que la experiencia del alma es laboriosa y larga y que hay muchas esferas de servicio en la casa de Nuestro Padre.

Aceptar la buena doctrina, decorar sus fórmulas verbales y extender sus preceptos son tareas importantes, pero aprovecharla es esencial.

Muchos compañeros pregonan enseñanzas valiosas, sin embargo, en el fondo, están siempre inclinados a rudos conflictos, a la vista del menor alfilerazo en el camino de la creencia. No toleran pequeños aborrecimientos domésticos y mantienen un verdadero juego de máscara en todas las posiciones.

La palabra de Pablo, no obstante, es muy clara.

La cuestión fundamental es de aprovechamiento.

Es indudable que la cultura doctrinaria representa una conquista imprescindible al seguro ministerio del bien; con todo, es imperioso reconocer que si el corazón del creyente ambiciona la santificación de sí mismo, camino de las zonas superiores de la vida, es indispensable que se ocupe de las cosas sagradas del espíritu, no por vanidad, sino para que su justo aprovechamiento sea manifiesto a todos.

NO ENTIENDEN

**“Queriendo ser doctores de la ley, y no
entendiendo ni lo que dicen ni lo que afirman”
– Pablo (I Timoteo, 1:7)**

En todos los lugares surgen multitudes que abusan de la palabra.

Se avivan discusiones destructivas, en la esfera de la ciencia, de la política, de la filosofía, de la religión. Sin embargo, no solamente en esos sectores de la actividad intelectual se manifiestan semejantes desequilibrios.

La sociedad común, en casi todo el mundo, es un campo de batalla, en ese particular, en vista de la condenable influencia de los que se imponen como doctores en informaciones absurdas. Pretenciosas autoridades en los pareceres gratuitos, esparcen la perturbación general, aplazan realizaciones edificantes, destruyen gran parte de los gérmenes del bien, envenenan fuentes de generosidad y fe y, sobre todo, alterando las corrientes del progreso, convierten los santuarios domésticos en trincheras de la hostilidad *cordial*.

Son esos envenenadores inconscientes que difunden la desarmonía, no entendiendo lo que afirman.

Pero, quien dice alguna cosa está sembrando algo en el suelo de la vida, y quien determina esto o aquello está consolidando la siembra.

Muchos espíritus nobles son cultivadores de los árboles de la verdad, del bien y de la luz; entretanto, en todas partes se movilizan también los sembradores de la grama de la ignorancia, de los cardos de la calumnia, de las espinas de la maledicencia. A través de ellos se opera la perturbación y el estancamiento. Abusan del verbo, pero, pagan la liviandad a doble precio, porque, aunque deseen ser doctores de la ley y por más que intenten confundirle los párrafos y aunque dilaten la propia insensatez por mucho tiempo, más se aproximan a los resultados de sus acciones, en el círculo de los cuales, esa misma ley les impone las realidades de la vida eterna, a través de la desilusión, del sufrimiento y de la muerte.

PERO, TÚ

“Pero, tú habla lo que conviene a la sana doctrina.” – Pablo (Tito, 2:1)

Desde que no permanezcas en temporaria inhibición del verbo, serás asediado a hablar en todas las situaciones.

Te convocarán la palabra los que desean ser buenos y los deliberadamente malos, los ciegos de los caminos sombríos y los caminantes de las sendas tortuosas.

Los corazones perturbados pretenderán arrancarte expresiones perturbadoras.

Los calumniadores te inducirán a calumniar.

Los mentirosos te llevarán a mentir.

Los livianos intentarán conducirte a la liviandad.

Los irónicos buscarán localizar tu alma en el falso terreno del sarcasmo.

Se comprende que procedan así, porque son ignorantes, distraídos de la iluminación espiritual. Ciegos desdichados sin saberlo, van de caída en caída, desastre en desastre, creando la desdicha de sí mismos.

Pero, tú, que conoces lo que ellos desconocen, que cultivas en la mente valores espirituales que aún no cultivan, ten cuidado en usar el verbo, como conviene al Espíritu de Cristo que rige nuestros destinos. Es muy fácil hablar a los que nos requieren, para satisfacerlos, y no es difícil replicarles como conviene a nuestros intereses y conveniencias particulares; sin embargo, dirigirnos a los demás, con la prudencia amorosa y con la tolerancia educativa, como conviene a la sana doctrina del Maestro, es tarea compleja y ennoblecedora, que requiere la ciencia del bien en el corazón y el entendimiento evangélico en los raciocinios.

Que los ignorantes y los ciegos del alma hablen desordenadamente, pues no saben, ni ven... Pero, tú ten cautela en las creaciones verbales, como quien no se olvida de las cuentas naturales a ser ajustadas en el día próximo.

AUXILO EFICIENTE

**“Y abriendo su boca los enseñaba.”
(Mateo, 5:2)**

El hombre que se distancia de la multitud raramente asume una posición digna frente a ella.

En general, quien recibe autoridad piensa sólo encastillarse en una zona superior.

Quien alcanza un patrimonio financiero elevado acostumbra olvidar a los que fueron sus compañeros del principio y traza líneas divisorias humillantes para que los necesitados no lo aborrezcan.

Quien perfecciona la inteligencia, casi siempre abusa de las pasiones populares fácilmente explotables.

Y la masa, en la mayoría de las regiones del mundo, prosigue relegada a sí misma.

La política inferior la convierte en juguete de maniobra común.

El comercio desleal busca en ella el filón en las expansiones del pedantismo que le es peculiar.

De época en época, la multitud es siempre objeto de escarnio o desprecio, por las necesidades espirituales que le caracterizan los movimientos y actitudes.

Rarísimos son los hombres que la ayudan a escalar el monte iluminativo. Poquísimos movilizan recursos en el amparo social.

Jesús, sin embargo, trazó el programa deseable, instituyendo el auxilio eficiente. Observando que los hijos del pueblo se aproximaban a Él, comenzó a enseñarles el camino recto, dándonos a percibir que la obra educativa de la multitud desafía a los religiosos y científicos de todos los tiempos.

Quien se honre, pues, de servir a Jesús, imite su ejemplo. Ayude al hermano más próximo a dignificar la vida, a edificarse por el trabajo saludable y a sentirse mejor.

OIGAMOS ATENTOS

“Buscad primero el Reino de Dios y su justicia.” – Jesús (Mateo, 6:33)

A pesar de todos los esclarecimientos del Evangelio, los discípulos encuentran dificultades para equilibrar, convenientemente, la brújula del corazón.

Se recurre a la fe, en la sed de paz espiritual, en el anhelo de luz, en la pesquisa de la solución a los problemas graves del destino. Mientras tanto, ante todo, el aprendiz acostumbra a procurar la realización de sus propios caprichos; el predominio de las opiniones que le son peculiares; la subordinación de otros a sus puntos de vista; la sumisión de los demás a la fuerza directa o indirecta de que es portador; la consideración ajena a su modo de ser; la imposición de su autoridad personalísima; los caminos más agradables; las comodidades fáciles del día que pasa; las respuestas favorables a sus intentos y la plena satisfacción propia, en la inmediatez vulgar.

Raros son los que aceptan las condiciones del discipulado.

En general rechazan el título de seguidores del Maestro.

Quieren ser favoritos de Dios.

Conocemos, con todo, la naturaleza humana, de la cual aún somos partícipes, no obstante la posición de espíritus desencarnados. Y Sabemos que la vida perfeccionará a todas las criaturas en las aguas sagradas de la experiencia.

Lucharemos, sufriremos y aprenderemos, en las variadas esferas de luchas evolutivas y re-
dentoras.

Considerando, sin embargo, la extensión de las bendiciones que nos felicitan la senda, creemos que sería útil para nuestra felicidad y equilibrio permanentes oír, con atención, las palabras del Señor “Buscad primero el Reino de Dios y su justicia.”

EJECUTAR BIEN

“Y él les dijo: - “No exijáis más de lo que os está ordenado.” - *Juan el Bautista* (Lucas, 3:13)

La advertencia de Juan el Bautista a la multitud inquieta es de los avisos más preciosos del Evangelio.

La ansiedad es enemiga del trabajo fructuoso.

La precipitación determina desórdenes y recapitulaciones consecuentes.

Toda actividad edificante reclama entendimiento.

La palabra del Precursor no busca anular la iniciativa o disminuir la responsabilidad, sino que recomienda espíritu de precisión y ejecución en los compromisos asumidos.

Las realizaciones prematuras ocasionan grandes desperdicios de energía y atritos inútiles.

En los círculos evangélicos de la actualidad, el consejo de Juan el Bautista debe ser especialmente recordado.

¿Cuántos piden nuevos mensajes espirituales, sin haber atendido las sagradas recomendaciones de los viejos mensajes? ¿Cuántos aprendices afligidos por transmitir la verdad al pueblo, sin haber cumplido aún la menor parcela de responsabilidad para con el hogar que formaron en el mundo? Exigen revelaciones, emociones y novedades, olvidados de que también existen deberes inalienables desafiando el espíritu eterno.

El programa individual de trabajo del alma, en el perfeccionamiento de sí misma, en la condición de encarnada o desencarnada, es ley soberana.

Es inútil que el hombre se engañe a sí mismo con bellas palabras, sin aceptarlas íntimamente, o recogerse a la protección de terceros, en la esfera de la carne o en los círculos espirituales que le son próximos.

De cualquier modo, habrá en la experiencia de cada uno de nosotros la orden del Creador y el servicio de la criatura.

No basta multiplicar las promesas o pedir variadas tareas al mismo tiempo. Ante todo, es indispensable recibir la orden del Señor, cada día, y ejecutarla del mejor modo.

PUERTA ESTRECHA

“Porfiad por entrar por la puerta estrecha, porque yo os digo que muchos procurarán entrar y no podrán.” – Jesús (Lucas, 13:24)

Antes de la reencarnación necesaria para el progreso, el alma estima en la “puerta estrecha” su oportunidad gloriosa en los círculos carnales.

Reconoce la necesidad del sufrimiento purificador. Anhela el sacrificio que redime. Exalta el obstáculo que enseña. Comprende la dificultad que enriquece la mente y no pide otra cosa que no sea la lección, ni espera sino la luz del entendimiento que lo elevará en los caminos infinitos de la vida.

Obtiene el vaso frágil de carne, en el que se sumerge para el servicio de rectificación y perfeccionamiento.

Pero, reconquistando la oportunidad de la existencia terrestre, vuelve a procurar las “puertas anchas” por donde transitan las multitudes.

Huyendo de la dificultad, se empeña por el menor esfuerzo.

Temiendo el sacrificio, exige la ventaja personal.

Lejos de servir a los semejantes, reclama los servicios de los demás para sí.

Y, en el sueño enfermizo del pasado, atraviesa los campos de evolución, sin realizar algo útil, menospreciando los compromisos asumidos.

En general, casi todos los hombres solamente despiertan cuando la enfermedad les requiere el cuerpo a las transformaciones de la muerte.

“¡Ah! ¡Si fuese posible volver!...” – piensan todos.

¡Con qué aflicción acarician el deseo de volver a vivir en el mundo, a fin de aprender la humildad, la paciencia y la fe!... ¡Con qué transporte de júbilo se consagrarían entonces a la felicidad de los demás!...

Pero... es tarde. Rogaron la “puerta estrecha” y la recibieron, entretanto, retrocedieron en el instante del servicio justo. Y como se acomodaron muy bien en las “puertas anchas”, vuelven a integrar las filas ansiosas de aquellos que procuran entrar, de nuevo, y no lo consiguen.

ORACIÓN Y RENOVACIÓN

“Holocausto y oblacones por el pecado no te agradaron.” –Pablo (Hebreos, 10:6)

Es cierto que todo trabajo sincero de adoración espiritual nos levanta el alma, elevándonos los sentimientos.

La súplica, en el remordimiento, nos trae la bendición de las lágrimas consoladoras. La rogativa es la aflicción que nos da a conocer la deficiencia propia, ayudándonos a descubrir el valor de la humildad. La solicitud en el dolor nos revela la fuente sagrada de la inagotable Misericordia.

La oración refrigera, alivia, exalta, esclarece, eleva, pero, sobre todo, aficiona el corazón al servicio divino. No olvidemos, sin embargo, que los hechos íntimos y profundos de la fe son necesarios y útiles a nosotros mismos.

En la esencia, no es el señor quien necesita de nuestras manifestaciones ofrecidas, sino que somos nosotros mismos los que debemos aprovechar la sublime posibilidad de la repetición, aprendiendo con la sabiduría de la vida.

Jesús espera por nuestra renovación espiritual, por encima de todo.

Si erraste, es preciso procurar la puerta de la rectificación.

Si ofendiste a alguien, corrígete en la debida reconciliación.

Si te desviaste de la senda recta, vuelve al camino derecho.

Si te perturbaste, armonízate de nuevo.

Si abrigaste la revuelta, recupera la disciplina de ti mismo.

En cualquier posición de desequilibrio, acuérdate que la oración puede traerte sugerencias divinas, ampliarte la visión espiritual y proporcionarte abundantes consuelos; mientras tanto, para el Señor no bastan las posiciones convencionales o verbalistas.

El Maestro nos concede la Dádiva y nos pide la iniciativa.

Por tanto, en tus días de lucha, haz los votos y promesas que fueren de tu agrado y provecho, pero no te olvides de la acción y de la renovación aprovechable en la obra divina del mundo y sumamente agradable a los ojos del Señor.

CORRECCIONES

**“Porque el Señor corrige al que ama
y azota a cualquiera que recibe como hijo.”
Pablo (Hebreos, 12:6)**

Cuando los discípulos del Evangelio comienzan a entender el valor de la corrección, se les eleva la mente a planos más altos de la vida.

Naturalmente que el Padre ama a todos los hijos, no obstante, los que procuran comprenderlo percibirán, de más cerca, el amor divino.

Máxima identificación con el Señor representan máxima capacidad sentimental.

Llegado a esa posición, el espíritu accede en otras zonas de servicio y aprendizaje.

Al principio, le duelen las correcciones, lo atormentan los azotes de la experiencia, entretanto, si sabe vencer en las primeras pruebas, entra en el conocimiento de sus propias necesidades y acepta la lucha como alimento espiritual y el testimonio de servicio diario como indispensable expresión de la mejoría de sí mismo.

La vida está repleta de lecciones en ese particular.

El mineral duerme.

El árbol sueña.

El irracional atiende al impulso.

El hombre salvaje obedece al instinto.

La infancia juega.

La juventud idealiza.

El espíritu consciente se esfuerza y lucha.

Pero, el hombre renovado y convertido a Jesús, es el hijo del cielo, colocado entre las zonas inferiores y superiores del camino evolutivo. En él, el trabajo de iluminación y perfeccionamiento es incesante; debe, por tanto, ser el primero en recibir las correcciones del Señor y los azotes de la rectificación paterna.

Si te encuentras, pues, más cerca del Padre, aprende a comprender el amor de la educación divina.

Y MIRAD POR VOSOTROS

**“Y mirad por vosotros, no acontezca que vuestros corazones se carguen de glotonería, de embriaguez y de los cuidados de esta vida, y venga sobre vosotros de improviso aquel día.”
- Jesús (Lucas, 21:34)**

En general, el hombre se interesa por todo cuanto diga respecto al bienestar inmediato de la existencia física, descuidándose de la vida espiritual, sobre cargando sentimientos de vicio e inquietudes de toda suerte. Mientras le sobra tiempo para comprar aflicciones en el vasto noticiario de los planos inferiores de la actividad terrena, nunca encuentra oportunidad para los escasos momentos de meditación elevada. Fija con interés las ondas destructoras de odio y tiniebla que asolan naciones, pero no ve, comúnmente, las sombras que lo invaden. Escudriña los males del vecino y se distrae de los suyos propios.

No cuida sino de alimentar convenientemente el vehículo físico, sumergiéndose en el mar de fantasías o encarcelándose en los lazos terribles del dolor, que él mismo crea, a lo largo del camino.

Después de plasmar oscuros fantasmas y de nutrir a los propios verdugos, clama, desesperado, por Jesús y sus mensajeros.

El Maestro, sin embargo, no se descuida en tiempo alguno y, desde hace mucho, recomendó que cada uno vele por sí, en la dirección de la espiritualidad superior.

El Señor sabía lo amargo que es el sufrimiento de improviso y no nos faltó con la ruta, antecediéndonos a la solicitud, hace muchos siglos.

Retírese cada uno de los excesos en la satisfacción egoísta, huya al relajamiento del deber, aligere las inquietudes mezquinas – y estará preparado para la sublime transformación.

En verdad, la Tierra no vivirá indefinidamente, sin cuentas; con todo, cada aprendiz del Evangelio debe comprender que el instante de la muerte del cuerpo físico es día de juicio en el mundo de cada hombre.

EN EL REINO INTERIOR

“Sigamos, pues, las cosas que contribuyen para la paz y para la edificación de unos para con los otros.” – Pablo (Romanos, 14:19)

No podemos esperar, mientras tanto, que el Evangelio de Jesús obtenga victoria inmediata en el espíritu de los pueblos. Su influencia es manifiesta en el mundo, en todas las colectividades; entretanto, refiriéndonos a las masas humanas, somos compelidos a verificar que toda transformación es lenta y difícil.

Pero, no ocurre lo mismo, en la esfera particular del discípulo. Cada espíritu tiene su reino de sentimientos y raciocinios, acciones y reacciones, posibilidades y tendencias, pensamientos y creaciones.

En ese plano, la enseñanza evangélica puede exteriorizarse en obras inmediatas.

Bastará que el aprendiz se aficione al Maestro.

Mientras el trabajador espía cuestiones del mundo externo, el servicio estará perturbado. De igual manera, si el discípulo no atiende a las directrices que sirven a la paz edificante, en el lugar donde permanece, y si no aprovecha los recursos que tenga a mano para concretar la verdadera fraternidad, su reino interno estará dividido y atormentado, bajo la fuerte tormenta.

No nos entreguemos, por tanto, al desequilibrio de fuerzas en homenajes al mal, a través de comentarios alusivos a la deficiencia de muchos de nuestros hermanos, cuyo barco aún no arribó a la playa del justo entendimiento.

El camino es infinito y el Padre vela por todos.

Auxiliemos y edifiquemos.

Si eres discípulo del Señor, aprovecha la oportunidad en la construcción del bien. Sembrando paz, cosecharás armonía; santificando las horas con Cristo, jamás conocerás el desamparo.

APLIQUÉMONOS

“Y los nuestros aprendan también a aplicarse a las buenas obras, en las cosas necesarias, para que no sean infructuosos.” - Pablo (Tito, 3:14)

Es preciso creer en la bondad, sin embargo, es indispensable movilizarnos con ella, en el servicio de elevación.

Es necesario guardar la fe, con todo, si no la testimoniamos, en los trabajos de cada día, permaneceremos en la vieja superficie del palabrerío.

Está claro que todos debemos aprender el camino de la iluminación, entretanto, si no nos disponemos a andarlo, no pasaremos de la actitud verbalista.

En el Espiritismo cristiano hay palpitantes problemas para los discípulos de todas las situaciones.

Es muy importante el conocimiento del bien, pero no olvidemos las buenas obras; es justo que se nos dilate la esperanza, delante del futuro, al frente de la sublimidad de los otros mundos en glorioso porvenir, pero no olvidemos los pequeños deberes de la hora que pasa.

De otro modo, seríamos legiones de servidores, incapaces de trabajar, bellas figuras en la vitrina de las ideas, sin ningún valor en la vida práctica.

La naturaleza acostumbra a presentar lindos árboles que se cubren de flores y jamás fructifican; el cielo, a veces, muestra nubes que prometen lluvia y se deshacen sin ningún beneficio para la tierra sedienta.

Las escuelas religiosas, igualmente, revelan gran número de demostraciones de ese orden. Son los creyentes promisorios e infructuosos, que a todos engañan por el aspecto brillante. Pero, un día vendrá, en el cual se certificarán que es siempre mejor hacer para enseñar después, que enseñar siempre sin hacer nunca.

VELOS

“Pero cuando se convirtieren al Señor, entonces el velo se retirará.” – Pablo (II Corintios, 3:16)

No es fácil rasgar los velos que ensombrecen la mente humana.

Quien sólo analiza, puede ser enfrentado por innumerables dificultades, demorándose mucho tiempo en las interpretaciones ajenas.

Quien solamente se convence, puede tender al dogmatismo feroz.

Muchos científicos y filósofos, escritores y predicadores se asemejan a los pájaros de bello plumaje, condenados al vuelo bajo en extensos bejucales. Vigorosas inteligencias, temporalmente frustradas por velos espesos, están siempre amenazadas de dolorosas sorpresas, por no aficionarse, realmente, a las verdades que ellas mismas admiten y enseñan.

Explotadores de teorías, olvidan los tesoros de la práctica y de ahí las dudas y negaciones que, a veces, les asaltan el entendimiento. Esperan el bien que aún no sembraron y exigen patrimonios que no construyeron, por estar descuidados de sí mismos.

Consiguen teorizar valerosamente, aconsejar con éxito, pero, en los grandes momentos de la vida, se sienten perplejos, confundidos, desalentados... Es que les falta la verdadera transformación para el bien, con Cristo, y, para que sientan efectivamente la vida eterna con el Señor, es indispensable que se conviertan al servicio de redención. Solamente cuando llegan a semejante cumbre espiritual es que se liberan de los pesados velos que oscurecen su corazón y el entendimiento, llegando a las esferas superiores, en vuelos sublimes hacia la Divinidad.

INDICACIÓN DE PEDRO

“Apártese del mal, y haga el bien, busque la paz y sígala.” – Pedro (I Pedro, 3:11)

La indicación del gran apóstol, para que tengamos días felices, parece extremadamente sencilla por el reducido número de palabras, pero revela un campo inmenso de obligaciones.

No es fácil apartarse del mal, consubstanciado en los innumerables desvíos de nuestra alma a través de consecutivas reencarnaciones, y es muy difícil practicar el bien, dentro de las nocivas pasiones personales que dominan nuestra personalidad, correspondiéndonos aún reconocer que, si nos conservamos envueltos en la túnica pesada de nuestros viejos caprichos, es imposible buscar la paz y seguirla.

Nos cegaron numerosos males, a los cuales nos inclinamos en las sendas evolutivas, y acostumbrados al exclusivismo y al atrito inútil, en el desperdicio de energías sagradas, ignoramos cómo procurar la tranquilidad consoladora. Esta es la situación real de la mayoría de los encarnados que se acomodan a los círculos del hombre, porque la muerte física no soluciona problemas que corresponden al foro íntimo de cada uno.

La palabra de Pedro, de ese modo, vale por desafío generoso.

Nuestro esfuerzo debe convergir hacia la gran realización.

Se nos dilacere el ideal o se nos hiera el alma, apartémonos del mal y practiquemos el bien posible, identifiquemos la verdadera paz y sigámosla. Y tan pronto como alcancemos las primeras expresiones del sublime servicio, referente a la propia edificación, recordemos que no basta evitar el mal, sino alejarnos de él, sembrando siempre el bien, y que no vale tan solamente desear la paz, sino buscarla y seguirla con toda la persistencia de nuestra fe.

EN PEREGRINACIÓN

**“Porque no tenemos aquí ciudad permanente, pero buscamos la futura.” - Pablo
(Hebreos, 13:14)**

Risible es el instinto de apropiación indebida que manifiesta la mayoría de los hombres.

¿La Tierra no será comparable a un gran carro cósmico, donde se encuentra el espíritu en viaje educativo?

Si la criatura permanece en la abundancia material, sólo viaja en aposentos más confortables.

Si respira en la pobreza, viaja igualmente con vistas al mismo destino, a pesar de la condición de segunda clase transitoria.

Si presenta notable figura física, solamente viste una efímera vestimenta de aspecto más agradable, a través de corto tiempo, en la jornada emprendida.

Si exhibe rasgos poco bellos o están caracterizados por evidentes imperfecciones, se vale de indumentaria tan pasajera como el más lindo ropaje del prójimo, en la peregrinación en curso.

Por más que el impulso de propiedad atice hogueras de perturbaciones y discordias, en la maquinaria del mundo, la realidad es que ningún hombre posee en el suelo del Planeta un domicilio permanente. Todos los patrimonios materiales a los que se lanza, ávido de poseer, se desgastan y transforman. En los bienes que incorpora a su nombre, hasta el cuerpo que cree que es exclusivamente suyo, ocurren modificaciones cada día, impulsándolo a renovarse y mejorarse para la eternidad.

Si no estás ciego, pues, para las leyes de la vida, si ya despertaste para el entendimiento superior, examina, a tiempo, dónde te dejará, provisionalmente, el tren de la experiencia humana, en las súbitas paradas de la muerte.

GUARDEMOS EL CORAZÓN

“El hombre de corazón doble es inconstante en todos sus caminos.” – (Santiago, 1:8)

Urge reconocer que en el sentimiento reside el control de la vida.

En la romería terrestre, son muchos los caminos que conducen al perfeccionamiento.

Abundancia y escasez, hermosura y fealdad, alegría y sufrimiento, libertad y opresión, pueden inducir a excelentes posibilidades de realización humana para la espiritualidad superior.

Pero, el hombre de corazón doble, es infiel a las bendiciones divinas en todos los sectores de la lucha constructiva.

Si recibe los talentos de la riqueza terrestre, se entrega, comúnmente, a las alucinaciones de la vanidad.

Si retiene los dones de la pobreza, se une, casi siempre, a los monstruos de la inconformidad.

Si tiene un bello cuerpo, se da, por lo general, a los excesos destructores.

Si dispone del recipiente orgánico defectuoso, en la mayoría de los casos pierde el tiempo en desesperación inútil.

En el placer, es incontenible.

En el dolor, es rebelde.

Cuando es libre, oprime a los hermanos y los esclaviza.

Cuando es un criado, perturba a los semejantes e insinúa la indisciplina.

El sentimiento es el santuario de la criatura. Sin luz ahí dentro, es imposible reflejar la paz luminosa que fluye incesantemente de lo Alto.

Ofrezcamos al Señor un corazón firme y tierno para que las Divinas Manos graben en él los Augustos Designios. Atendida semejante disposición en nuestra vida íntima, encontraremos en todos los caminos el bendito lugar de cooperadores de la Divina Voluntad.

DE ALMA DESPIERTA

“Por eso te recuerdo que despiertes el don de Dios que existe en ti.” – Pablo (II Timoteo, 1:6)

Es indispensable mucha fuerza de voluntad para que no nos perdamos indefinidamente en la sombra de los impulsos primitivistas.

Frente a los milenios pasados, en nuestro campo evolutivo, somos susceptibles de larga permanencia en los resbaladeros del error, estancando en actitudes desacordes con las Leyes Eternas.

Para que no nos demoremos en el fondo de los precipicios, tenemos a nuestra disposición la luz de la Revelación Divina, dádiva de lo Alto que, en hipótesis alguna, debemos permitir se extinga en nosotros.

En vista del extenso y pesado bagaje de nuestras necesidades de regeneración y perfeccionamiento, las tentaciones para el desvío surgen con abrumador porcentaje sobre las sugerencias de proseguir en el camino recto, dentro de la ascensión espiritual.

En las menores actividades de la lucha humana, el aprendiz es influenciado a permanecer a oscuras.

En las conversaciones comunes, lo rodean insinuaciones calumniosas e inoportunas. En los pensamientos habituales recibe mil y una invitaciones desordenadas de las zonas inferiores. En las aplicaciones de la justicia, es impelido a difíciles recapitulaciones, en virtud del demasiado individualismo del pretérito que procura perpetuarse. En las acciones de trabajo, en obediencia a las determinaciones de la vida es, muchas veces, llevado a buscar descanso indebido. Hasta en la alimentación del cuerpo es conducido por peligrosas convocatorias al desequilibrio.

Por esta razón, Pablo aconsejaba al compañero que no olvide la necesidad de despertar el “don de Dios”, en el altar del corazón.

Que el hombre sufrirá tentaciones, que caerá muchas veces, que se afligirá con decepciones y desánimos, en la senda iluminativa, no ofrece duda para ninguno de nosotros, hermanos más viejos en experiencia mayor; entretanto, es imprescindible que marchemos con el alma despierta, en la posición de elevación y reconstrucción, siempre que fuese necesario.

Que las sombras del pasado nos fustiguen, pero que jamás nos olvidemos de volver a encender nuestra propia luz.

DE ÁNIMO FUERTE

“Porque Dios no nos dio el espíritu de temor, sino de fortaleza, amor y moderación.” – Pablo (II Timoteo, 1:7)

No faltan recursos de trabajo espiritual a todo hermano que desee levantarse, perfeccionarse, elevarse.

Lagunas y necesidades, problemas y obstáculos desafían al espíritu de servicio de los compañeros de fe, en todas partes.

La ignorancia pide instructores, el dolor reclama enfermeros, el desespero suplica orientadores.

Pero, ¿dónde están los que procuran abrazar el trabajo por amor de servir?

Con raras excepciones, observamos la mayoría de las veces, la fuga, el pretexto, la timidez.

Aquí, hay temor de responsabilidad; allí, recelos de la crítica; acullá, pavor de iniciativa a beneficio de todos.

¿Cómo podrá el artista hacer oír la belleza de la melodía si huye del instrumento?

En ese caso, tenemos en Jesús el artista divino y en nosotros, encarnados y desencarnados, sus instrumentos para la eterna melodía del bien en el mundo.

Si encadenamos el corazón al miedo de trabajar en beneficio colectivo, ¿cómo encontrar servicio hecho que tranquilice y nos ayude a nosotros mismos? ¿Cómo recoger felicidad que no sembramos, para almacenar dones de los que nos apartamos sospechosos?

Donde esté la posibilidad de ser útiles, avancemos, con el ánimo fuerte, hacia adelante, construyendo el bien, aunque seamos enfrentados por la ironía, por la frialdad o por la ingratitud, porque, conforme la palabra iluminada del apóstol a los gentiles, “Dios no nos dio el espíritu de temor, sino de fortaleza, amor y moderación.”

EN NUESTRA LUCHA

“Según el poder que el Señor me dio para construir y no para destrucción.” – Pablo (II Corintios, 13:10)

En nuestra lucha diaria, tengamos suficiente cuidado con el uso de los poderes que nos fueron prestados por el Señor.

La idea de destrucción nos asalta la mente en incontables ocasiones.

¿Asociaciones de fuerzas poco esclarecidas en el bien y en la verdad?

Somos tentados a movilizar procesos de aniquilamiento.

¿Compañeros poco deseables en los trabajos de cada día?

Intentamos abandonarlos de una vez.

¿Cooperadores endurecidos?

Dejarlos al desamparo.

¿Manifestaciones apasionadas, en desacuerdo con los imperativos de la prudencia evangélica?

Nuestros ímpetus iniciales se resumen a propósito de sofocación violenta.

¿Algo que nos contraríe las ideas y los programas personales?

Nuestra intolerancia endurecida reclama destrucción.

Entretanto, ¿cuál es la finalidad de los poderes que reposan en nuestras manos, en nombre del Divino Donador?

Nos responde Pablo de Tarso, con mucha propiedad, esclareciéndonos que recibió facultades del Señor para construir y no para destruir.

No estamos en la obra del mundo para aniquilar lo que es imperfecto, sino para completar lo que se encuentra inconcluso.

Renovemos para el bien, transformemos para la luz.

El Supremo Padre no nos concede poderes para que diseminemos la muerte. Nuestra misión es de amor infatigable para la Vida Abundante.

VE, PUES

“Ve, pues, que la luz que hay en ti no sea tiniebla.” – Jesús (Lucas, 11:35)

Hay ciencia y hay sabiduría, inteligencia y conocimiento, intelectualidad y luz espiritual.

Generalmente, todo hombre de raciocinio fácil es interpretado a cuenta de más sabio, no obstante, hay que distinguir.

El hombre no posee aún cualidades para registrar la verdadera luz. De ahí, la necesidad de prudencia y vigilancia.

En todos los lugares, hay industriosos y entendidos, conocedores y psicólogos. Pero muchas veces, no pasan de ser oportunistas listos para el golpe del interés inferior.

¿Cuántos escriben libros abominables, esparciendo veneno en los corazones? ¿Cuántos se aprovechan del rótulo de la propia caridad pretendiendo extraer ventajas a la ambición?

No bastan el ingenio y la habilidad. No satisface la simple visión psicológica. Es preciso luz divina.

Hay hombres que, en un instante aprehenden la extensión de un campo, le conocen la tierra, le identifican el valor. Mientras tanto, hay pocos hombres que se dan cuenta de todo eso y se dispongan a sudar por él, amándolo antes de explotarlo, dándole comprensión antes de la exigencia.

No siempre la luz reside donde la opinión común pretende observarla.

La sagacidad no llega a ser elevación, y el poder expresivo sólo es respetable y sagrado cuando se torna acción constructiva con la luz divina.

Razona, pues, sobre la propia vida.

Ve, con claridad, si la presumida claridad que hay en ti no es sombra de ceguera espiritual.

NO BASTA VER

“Y luego vio, y lo fue siguiendo, glorificando a Dios. Y todo el pueblo, viendo esto, daba alabanzas a Dios.” - (Lucas, 18:43)

La actitud del ciego de Jericó representa un patrón elevado para todo discípulo sincero del Evangelio.

El enfermo de buena voluntad busca primeramente al Maestro, delante de la multitud. En seguida a la curación, acompaña a Jesús, glorificando a Dios. Y todo el pueblo, observando el beneficio, la gratitud y la fidelidad reunidos, se vuelve hacia la confianza en el Divino Poder.

Sin embargo, la mayoría de los necesitados asume una posición muy diferente. Casi todos los enfermos reclaman la actuación de Cristo, exigiendo que la dádiva descienda a los caprichos perniciosos que les son peculiares, sin ningún esfuerzo por la elevación de sí mismo a la bendición del Maestro.

Raros son los que buscan a Cristo a la luz meridiana; y, de cuantos reciben sus dones, rarísimos son los que siguen sus pasos en el mundo

De ahí procede la ausencia de la legítima glorificación a Dios y la curación completa de la ceguera que los oscurecía, antes del primer contacto con la fe.

En razón de eso, la Tierra está repleta de los que creen y no creen, estudian y no aprenden, esperan y desesperan, enseñan y no saben, confían y dudan.

Aquel que recibe dádivas puede ser solamente beneficiario.

Pero, el que recibe el favor y lo agradece, viendo la luz y siguiéndola, será redimido.

Es obvio que el mundo entero reclama visión con Cristo, pero no basta ver simplemente; los que se circunscriben al hecho de mirar pueden ser buenos narradores, excelentes estadísticos, entretanto, para ver y glorificar al Señor es indispensable marchar tras las pisadas de Cristo, escalando, con Él, la montaña del trabajo y del testimonio.

¿QUÉ PIDES?

**“Loco, esta noche te pedirán tu alma.” -
(Lucas, 12:20)**

¿Qué pides a la vida, amigo?

Los ambiciosos reclaman reservas de millones.

Los egoístas exigen todas las satisfacciones para sí solamente.

Los arbitrarios solicitan atención exclusiva a sus propios caprichos.

Los vanidosos reclaman alabanzas.

Los envidiosos exigen compensaciones que no les corresponden.

Los despechados solicitan consideraciones indebidas.

Los ociosos piden prosperidad sin esfuerzo.

Los tontos reclaman diversiones sin preocupación de servicio.

Los rebeldes reclaman derechos sin deberes.

Los extravagantes exigen salud sin cuidados.

Los impacientes aguardan realizaciones sin bases.

Los insaciables piden todos los bienes, olvidando las necesidades de los otros.

Pero, considerándolo esencialmente, todo esto es verdadera locura, todo fantasía del corazón que se lanzó exclusivamente a la posesión efímera de las cosas mutables.

Vigila, de ese modo, cautelosamente, el plan de tus deseos.

¿Qué pides a la vida?

No te olvides de que, tal vez esta noche, el Señor pedirá tu alma.

SECTARISMO

“Pero si tenéis amarga envidia y sentimiento faccioso, en vuestro corazón, no os gloriéis ni mintáis contra la verdad.” - (Santiago, 3:14)

Toda escuela religiosa presenta valores inconfundibles para el hombre de buena voluntad.

No obstante los abusos del sacerdocio, la explotación inferior del elemento humano y las fantasías del culto exterior, el corazón sincero se beneficiará ampliamente, en la fuente de la fe, iluminándose para encontrar la Ciencia Divina en sí mismo.

Pero, en todo instituto religioso, propiamente humano, hay que evitar un peligro – el sentimiento faccioso, que aplaza, indefinidamente, las más sublimes construcciones espirituales.

Católicos, protestantes, espiritistas, todos ellos se movilizan, amenazados por el monstruo de la separación, como si el pensamiento religioso tradujese fermento de la discordia.

Desgraciadamente, es muy grande el número de orientadores encarnados que se dejan dominar por sus garras perturbadoras. Espesos obstáculos impiden la visión de la mayoría.

Todos quieren que Dios les pertenezca, pero no piensan en pertenecer a Dios.

Que todo aprendiz de Cristo esté preparado para resistir el mal; pero, es imprescindible que comprenda la paternidad divina como sagrada herencia de todas las criaturas, reconociendo que, en la Casa del Padre, la única diferencia entre los hombres es la que se mide por el esfuerzo noble de cada uno.

ORIENTACIÓN

“Y que procuréis vivir tranquilos y tratar de vuestros propios negocios, y trabajar con vuestras propias manos, como ya os hemos mandado.” – Pablo (I Tesalonicenses, 4:11)

A cada paso, encontramos hermanos ansiosos por nueva orientación, en los círculos del aprendizaje evangélico.

Valiosos servicios, programas excelentes de espiritualidad superior experimentan grave dilación esperando que terminen las súplicas inoportunas y reiteradas de aquellos que se descuidan de los compromisos asumidos. Así nos pronunciamos, delante de cuantos se proponen servir a Jesús sinceramente, porque, indiscutiblemente, las directrices cristianas permanecen trazadas, desde hace mucho, esperando manos operosas que las terminen con firmeza.

Procure cada discípulo mantener la porción de paz relativa que el Maestro le confió, cuide cada cual de los negocios que le corresponden y trabaje con las manos con que nació, en la conquista de expresiones superiores de la vida, y construirá elevada residencia espiritual para sí mismo.

Aquel que conserva la armonía, al precio del bien infatigable, atiende a los designios del Señor en el círculo de los compromisos individuales y de la familia humana; el que cuida de sus propios negocios cumple con rectitud las obligaciones sociales, sin ser pesado a los intereses ajenos, y el que trabaja con sus propias manos encuentra el luminoso camino de la eternidad gloriosa.

Antes de buscar, pues, cualquier orientación, junto a amigos encarnados o desencarnados, no te olvides de verificar si ya atendiste a esto.

PEQUEÑOS SERVICIOS

“Antes sed benignos unos para con los otros.” – Pablo (Efesios, 4:32)

Gran masa de aprendices se queja, a veces, de la ausencia de grandes oportunidades en los servicios del mundo.

Aquí, es alguien disgustado por no haber obtenido un cargo de alta relevancia; más allá, es un hermano inquieto porque aun no consiguió situar el nombre en la gran prensa.

La mayoría anda olvidada del valor de los pequeños trabajos que se traducen, habitualmente, en un gesto de buenas maneras, en una sonrisa fraternal y consoladora... Un vaso de agua pura, el silencio ante el mal que no comporta esclarecimientos inmediatos, un libro santificante que se da con amor, una sentencia cariñosa, el transporte de un fardo pequeño, la sugerencia del bien, la tolerancia en vista de una conversación fastidiosa, los favores gratuitos de algunos centavos, la dádiva espontánea aunque sea humilde, la gentileza natural, constituyen servicios de gran valor que raras personas toman en su justa consideración.

¿Qué importa la ceguera de quien recibe? ¿Qué podrá significar la malevolencia de las criaturas ingratas, ante el impulso afectivo de los buenos corazones? ¿Cuántas veces, en otro tiempo, fuimos igualmente ciegos y perversos para con Cristo, que nos ha dispensado todos los obsequios, grandes y pequeños?

No te mortifiques por la obtención de la oportunidad de aparecer en los grandes carteles del mundo. Eso puede traducir mucha dificultad y perturbación para tu espíritu, ahora o después.

Sé benevolente para con aquellos que te rodean.

No menosprecies los pequeños y útiles servicios.

En ellos reposa el bienestar del camino diario para cuantos se congregan en la experiencia humana.

¿EN QUÉ PERSEVERAS?

“Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles y en la comunión y en la partición del pan y en las oraciones.” – (Hechos, 2:42)

Observadores poco avisados pretenden encontrar entera negación de espiritualidad en los acontecimientos actuales del Planeta.

Creer que la época de las revelaciones sublimes esté muerta, que las puertas celestiales permanezcan cerradas para siempre.

Y comentan entusiasmados, como si divisasen un paraíso perdido, los resplandores de los tiempos apostólicos, cuando un puñado de cristianos renovó los principios seculares del más poderoso imperio del mundo.

Muchos aseveran que el Cielo agotó la fuente de las dádivas, olvidándose de que la generalidad de los creyentes entorpeció la capacidad de recibir.

¿Dónde está el coraje que revestía corazones humildes, frente a los leones del circo? ¿Dónde está la fe que ponían afirmaciones inmortales en la boca herida de los mártires anónimos? ¿Dónde están las señales públicas de las voces celestiales? ¿Dónde están los leprosos limpios y los ciegos curados?

Las oportunidades del Señor continúan fluyendo, incesantes, sobre la Tierra.

La misericordia del Padre no cambió.

La Providencia Divina es invariable en todos los tiempos.

Pero, la actitud de los cristianos, en la actualidad, es muy diferente. Rarísimos son los que perseveran en la doctrina de los apóstoles, en la comunión con el Evangelio, en el espíritu de fraternidad, en los servicios de la fe vivía. La mayoría prefiere los llamados “puntos de vista”, comulga con el personalismo destructor, fortalece la raíz el egoísmo y razona sin iluminación espiritual.

La Bondad del Señor es constante e imperecedera.

Veamos, pues, en qué dirección somos perseverantes.

Antes de aplaudir a los más osados, procuremos saber si estamos con la volubilidad de los hombres o con la inmutabilidad de Cristo.

“Pero los cuidados de este mundo, los engaños de las riquezas y las ambiciones de otras cosas, entrando, sofocan la palabra, que se queda infructífera.” – Jesús (Marcos, 4:19)

El árbol de la fe viva no crece en el corazón, milagrosamente.

Como acontece en la vida común, el Creador da todo, pero no prescinde del esfuerzo de la criatura.

Cualquier planta útil reclama atención especial para su desarrollo.

Es indispensable meditar en el trabajo de protección, auxilio y defensa. Estacas, abonos, vigilancia, todos los factores de preservación deben ser puestos en movimiento, a fin de que el vegetal precioso alcance los fines a los que se destina.

La conquista de la creencia edificante no es servicio de menor esfuerzo.

La mayoría de las personas admiten que la fe constituye una milagrosa aureola donada a algunos espíritus privilegiados por el favor divino.

Pero, eso, es una equivocación de lamentables consecuencias.

La sublime virtud es una construcción del mundo interior, en cuyo desdoblamiento cada aprendiz funciona como orientador, ingeniero y operario de sí mismo.

No se hace posible la realización, cuando excesivas ansiedades terrestres, sumadas a engaños y ambiciones inferiores, torturan el campo íntimo, a la manera de gusanos y malhechores, atacando la obra.

La lección del Evangelio es simiente vivía.

El corazón humano es receptivo, tanto como la tierra.

Es imprescindible tratar la planta divina con desvelada ternura e instinto enérgico de defensa.

Hay muchos peligros sutiles contra ella, como los tóxicos de los malos libros, las opiniones ociosas, las discusiones excitantes, el hábito de analizar a los demás antes del auto-examen.

Nadie puede, pues, en sana conciencia, transferir de modo general, la vibración de la fe al espíritu ajeno, porque, realmente, eso es tarea que compete a cada uno.

DIFERENTES ACREEDORES

“Pero, yo, os digo: amad a vuestros enemigos.” – Jesús (Mateo, 5:44)

El problema del enemigo merece siempre estudios más cuidadosos.

Es cierto, nadie podrá adherirse, de pronto, a la completa unión con el adversario del día de hoy, como Jesús no pudo reírse con los perseguidores, en el martirio del Calvario.

Entretanto, la advertencia del Señor, pidiéndonos amar a los enemigos, se reviste de una profunda significación en todas las facetas por las cuales la examinemos, movilizándolo los instrumentos del análisis común.

Generalmente, somos deudores de altos beneficios a cuantos nos persiguen y calumnian; constituyen los instrumentos que nos trabajan la individualidad, obligándonos a renovaciones de elevado alcance que raramente comprendemos en los instantes más graves de la experiencia. Ellos son los que nos indican las flaquezas, las deficiencias y las necesidades a ser atendidas en la labor que estamos ejecutando.

Los amigos, en muchas ocasiones, son compañeros imprevisores, porque transigen con el mal; los adversarios, sin embargo, lo sitúan con vigor.

Por la rudeza del enemigo, el hombre comúnmente se pone rojo e indignado una sola vez, pero, por la complacencia de los amigos, se torna pálido y avergonzado, innumerables veces.

No queremos decir con esto que la criatura deba cultivar enemistades; no obstante, somos de aquellos que reconocen como beneméritos acreedores a cuantos nos proclaman las faltas.

Son médicos llenos de coraje que nos facultan un correctivo.

Es difícil para mucha gente, en la Tierra, la aceptación de semejante verdad; mientras tanto, llega siempre un instante en que entendemos el llamamiento de Cristo, en su magna extensión.

AFIRMACIÓN Y ACCIÓN

“Jesús les dijo: Mi comida es hacer yo la voluntad de aquel que me envió, y cumplir su obra.” - (Juan, 4:34)

Aquí y allí, encontramos creyentes del Evangelio invariablemente listos para alegar la buena intención de satisfacer los dictámenes celestiales. Algunos se entregan a la ociosidad y al desánimo y, con manifiesto irrespeto a las sagradas nociones de la fe, aseguran al amigo o al vecino que viven atendiendo a las determinaciones del Todopoderoso.

No son pocos los que no prevén, ni previenen a tiempo y, cuando todo se derrumba, cuando las fuerzas inferiores triunfan, he aquí que, en lágrimas, declaran que fueron obedecidas las órdenes del Altísimo.

Pero, en lo que se refiere, a la actuación del Padre, urge reconocer que, si hay manifestación de su voluntad, hay, simultáneamente, objetivo y finalidad que le son consecuentes.

Programa elevado, sin concretarlo, es un proyecto muerto.

Dios no expresaría propósitos al azar.

Por esa razón, Jesús afirmó que venía al mundo a hacer la voluntad del Padre y cumplir su obra.

Según observamos, no se refería solamente al deseo paternal, sino igualmente a la ejecución correspondiente.

No es razonable que permanezca el hombre en referencias interminables a los designios de lo Alto, cuando no piensa en materializar su propia tarea.

El Padre, naturalmente, guarda planes impenetrables acerca de cada hijo. No obstante, es imprescindible que la criatura coopere en los objetivos de los propósitos divinos en sí mismo, comprendiendo que se trata de un lamentable abuso, mucha alusión a la voluntad de Dios cuando vivimos distraídos del trabajo que nos compete.

VOSOTROS, POR TANTO...

“Vosotros, por tanto, amados, sabiendo esto de antemano, guardaos de que, por el engaño de los hombres abominables, seáis arrebatados conjuntamente y caigáis de vuestra firmeza.” -Pedro (II Pedro, 3:17)

El esclarecimiento íntimo es intransferible tesoro de los discípulos sinceros de Cristo.

El mundo está lleno de engaños de los hombres abominables que invadieron los dominios de la política, de la ciencia, de la religión y, levantaron creaciones chocantes para los espíritus desprevenidos; se cuentan por millones las almas arrebatadas con ellos a las sorpresas de la muerte y absolutamente, desequilibradas en los círculos de la vida espiritual. De la cumbre falsa de sus nociones individualistas se precipitan en despeñaderos pavorosos, donde pierden la firmeza y la luz.

Gran número de los imprevisores encuentran socorro justo, aunque desconocían la verdadera situación. No se hallaban debidamente informados. Los hombres abominables les ocultaban el verdadero sentido de la vida.

Sin embargo, semejante benevolencia no podrá alcanzar a los aprendices que conocen, de antemano, la verdad.

El alumno del Evangelio solamente se alimentará de equívocos deplorables, si quisiere. Girará, por eso mismo, en el torbellino de las sombras si cayere en él voluntariamente, en el capítulo de la preferencia individual.

El ignorante alcanzará justificación.

La víctima será liberada.

El enfermo sin protección recibirá tratamiento y remedio.

Pero el discípulo de Jesús, acariciado por los beneficios del Cielo todos los días, que se rodea de esclarecimientos y consuelos, luces y bendiciones, ese debe saber, de antemano, cuánto le compete realizar en servicio y vigilancia y, en el caso que acepte las ilusiones de los hombres abominables, actuará bajo la responsabilidad que les es propia, entrando en la repartición de las aflictivas realidades que lo aguardan en los planos inferiores.

SABER COMO CONVIENE

“Y si alguien cuida saber alguna cosa, aún no sabe como conviene saber.” – Pablo (I Corintios, 8:2)

La civilización siempre cuida saber excesivamente, pero, en tiempo alguno, supo como conviene saber.

Es por esto que, aún ahora, el avión bombardea, la radio transmite la mentira y la muerte, y el combustible alimenta maquinarias de agresión.

También, de este modo, en la esfera individual, el hombre sólo imagina saber, olvidando que es indispensable saber como conviene.

En nuestras actividades evangélicas, toda la atención es necesaria para el éxito en la tarea que nos fue acometida.

Existen aprendices del Evangelio que pretenden guardar toda la revelación del Cielo, para imponerla a los vecinos; que presumen de poseer humildad, para tiranizar a los otros; que se declaran pacientes, irritando a quien los oye; que se afirman creyentes, confundiendo la fe ajena; que exhiben títulos de benevolencia, olvidando simples obligaciones domésticas.

Esos amigos, principalmente, son de aquellos que imaginan saber, sin saber de hecho.

Los que conocen espiritualmente las situaciones ayudan sin ofender, mejoran sin herir, esclarecen sin perturbar. Saben como conviene saber y aprendieron a ser útiles. Usan el silencio y la palabra, localizan el bien y el mal, identifican la sombra y la luz y distribuyen con todos los dones de Cristo. Se informan sobre la Fuente de la Eterna Sabiduría y se unen a ella como lámparas perfectas al centro de la fuerza. Fracasos y triunfos, en el plano de las formas temporales, no les modifican sus energías. Esos saben por qué saben y utilizan sus propios conocimientos como conviene saber.

NECESIDAD ESENCIAL

“Pero yo rogué por ti, para que tu fe no desfallezca.” – Jesús (Lucas, 22:32)

Es justo destacar que Jesús, consciente de que Simón permanecía en un mundo en el que imperan las ventajas de carácter material, no intercediese, junto al Padre, a fin de que no le faltasen recursos físicos, tales como la satisfacción del cuerpo, la remuneración sustanciosa o la consideración social.

El Maestro dice haber pedido al Supremo Señor para que en Pedro no se debilite el don de la fe.

Cristo, de este modo, destacó la necesidad esencial de la criatura humana, en lo que se refiere a la confianza en Dios, en un círculo de luchas donde todos los beneficios visibles están sujetos a la transformación y a la muerte.

Confirmaba que, de todas las realizaciones sublimes del hombre actual, la fe viva y activa es de las más difíciles de ser consolidadas. Reconocía que la seguridad espiritual de los compañeros terrestres no es obra de algunos días, porque pequeños acontecimientos pueden interrumpirla, herirla, aplazarla. La ingratitud de un amigo, un gesto sin pensar, la incompreensión de alguien, una insignificante dificultad, pueden perjudicar su desarrollo.

En pleno taller humano, por tanto, es imprescindible que reconozcas la transitoriedad de todos los bienes transferibles que te rodean. Movilízalos siempre, atendiendo a los designios superiores de la fraternidad que nos enseñan amarnos los unos a los otros con fidelidad y devoción. Sin embargo, convéncete que la fe viva en la victoria final del espíritu eterno es el aceite divino que alimenta nuestra luz interior para la divina ascensión.

CRECED

“Antes creced en la gracia y en el conocimiento de Nuestro Señor y Salvador, Jesucristo – Pedro (II Pedro, 3:18)

La situación destacada preocupa constantemente la idea del hombre.

El propio mendigo, el andrajoso y el hambriento, muchas veces permanece, orgulloso, en la expectativa de realce en el Cielo.

Pero, habitualmente, toda ansiedad, en ese particular, es un propósito mal dirigido teniendo como objetivo el crecimiento a la inversa.

No sería, propiamente, el hecho de desenvolverse, sino de henchirse.

En esa misma pauta, muchos aprendices impacientes luchan por conseguir altas remuneraciones financieras, favores del dinero fácil, ascenso a los puestos de autoridad, invocando la necesidad de crecer para mayor eficiencia en el servicio de Cristo.

Sin embargo, esto, es casi siempre una pura ilusión.

Materializadas las exigencias, se transforman en servidores rodeados de impedimentos.

El Divino Maestro, que organizó la vida planetaria a la influencia del Eterno Padre, posee suficiente poder, y, para la ejecución de su obra, no se demoraría a la espera de que ese o aquel aprendiz se convirtiese en especialista en determinados negocios del mundo.

El crecimiento, al que el Evangelio se refiere, debe orientarse en la virtud cristiana y en el conocimiento de la voluntad divina.

Aprenda cada uno su parte, en la esfera de nuestros deberes con Jesús. Atienda al programa de construcción que le compete, aunque se encuentre solo o perseguido por la incomprensión de los hombres y, entonces, estará creciendo en la gracia y en el discernimiento para la vida inmortal.

EL PUEBLO Y EL EVANGELIO

“Y no hallaban medio de hacerle mal, porque todo el pueblo estaba pendiente de él, escuchándole.” – (Lucas, 19:48)

La persecución a los postulados del Cristianismo es de todos los tiempos.

En los propios días del Divino Maestro, en los círculos canales, ya se exteriorizaban hostilidades de todos los matices contra los movimientos de la iluminación cristiana.

En todas las ocasiones, no obstante, ha sido posible observar la gravitación del pueblo hacia Jesús. Entre Él y la multitud, nunca se extinguió el poderoso magnetismo de la virtud y del amor.

En balde surgen medidas draconianas de la ignorancia y de la crueldad, en vano aparecen los perjuicios eclesiásticos del sacerdocio, cuando sin luz en la misión sublime de orientar; científicos presuntuosos, demagogos sobornados por intereses mezquinos, claman en las plazas por la consagración de fantasías brillantes.

El pueblo, sin embargo, se inclina hacia Cristo, con la misma fascinación del primer día.

Indiscutiblemente, considerados en un todo, nos hallamos aún lejos de la unión con Jesús, en el sentido integral.

De cuando en cuando, la turba experimenta terribles desastres. Tormentas de sangre y lágrimas barren sus caminos.

Sin embargo, la claridad del Maestro le llama a distancia. Ancianos y niños identifican su brillo santificado.

Los políticos del mundo formulan mil promesas al espíritu de las masas; entretanto, raras son las personas que se interesan por semejantes plataformas.

Los enunciados del Señor, mientras tanto, se renuevan en cada siglo, siempre más altos para la mente popular, traduciendo consuelos y llamados inmortales.

COOPEREMOS FIELMENTE

**“Porque nosotros somos cooperadores de Dios.” –
Pablo (I Corintios, 3:9)**

El Padre es el Sumo Creador de la Vida, pero el hombre puede ser fiel cooperador de Él.

Dios visita a la criatura por la propia criatura.

Almas cerradas sobre sí mismas se declaran incapaces de servicio noble; se afirmarán empobrecidas o incompetentes.

Hay compañeros que llegan al disparate de proclamarse tan pecadores y tan malos, que se sienten inhabilitados para cualquier especie de concurso sano en la obra cristiana, como si los deudores y los ignorantes no necesitasen trabajar en su propia mejoría.

Pero, las puertas de la colaboración con el divino amor, permanecen constantemente abiertas y cualquier hombre de mediana razón puede identificar la llamada para el servicio divino.

Cultivemos el bien, eliminando el mal.

Hagamos luz donde la tiniebla domine.

Llevemos armonía a las zonas en discordia.

Ayudemos a la ignorancia con el esclarecimiento fraterno.

Sea el amor al prójimo nuestra base esencial en toda construcción en el camino evolutivo.

Hasta ahora, hemos sido pesados a la economía de la vida.

Hijos perdularios, ante el Presupuesto Divino, hemos gastado preciosas energías en numerosas existencias, desviándolas hacia el terreno oscuro de las rectificaciones difíciles o de la cárcel expiatoria.

A lo que nos parece, por lo tanto, según los conocimientos que poseemos, por “acrecencia de misericordia”, ya es tiempo de cooperar fielmente con Dios, en el desempeño de nuestra humilde tarea.

EXHORTADOS A BATALLAR

“Amados, procurando yo escribiros con toda la diligencia acerca de la salvación común, tuve la necesidad de dirigiros esta carta, exhortándoos a batallar por la fe que una vez fue dada a los santos.” – (Judas, 3)

El Cristianismo es un campo inmenso de vida espiritual, al que el trabajador es llamado para la sublime renovación.

El sediento encuentra en él las fuentes del “agua viva”, el hambriento, los graneros del “eterno pan”. Los ciegos de entendimiento reciben en él la visión del camino; los leprosos del alma, el alivio y la curación.

Todos los viajeros de la vida, entretanto, son felicitados por los recursos indispensables a la jornada terrestre, con la finalidad de erguirse, de hecho, en Aquel que es la Luz de los Siglos. Desde entonces, restaurados en sus energías espirituales, son exhortados a batallar en la gran causa del bien.

Nadie se engañe, pues, en el taller generoso y activo de la fe.

En el servicio cristiano, recuérdese cada aprendiz de que no fue llamado a reposar, sino a la pelea ardua, en que la demostración del esfuerzo individual es un imperativo divino.

Jesús inició, en el círculo de las inteligencias encarnadas, el mayor movimiento de liberación del espíritu humano, en el primer día del Pesebre.

No se equivoquen, pues, los que buscan al Maestro de los maestros... Recibirán, ciertamente, la esperada iluminación, el consuelo edificante y la enseñanza eficaz, pero penetrarán la línea de batalla, en que les constituye obligación el combate permanente por la victoria del amor y de la verdad, en la Tierra, a través de ásperos testimonios, porque todos nosotros, encarnados y desencarnados, oscilantes aún entre la animalidad y la espiritualidad, entre el valle del hombre y la culminación de Cristo, estamos constreñidos a batallar hasta el triunfo infinito sobre nosotros mismos por la posesión de la Vida Inmortal.

HACIA EL BLANCO

“Prosigo hacia el blanco.” - Pablo (Filipenses, 3:14)

Cuando Pablo escribió a los filipenses, ya poseía una gran experiencia de apostolado.

Doctor de la Ley en Jerusalén, abandonó las vanidades de raza y familia, rindiéndose al Maestro en santificadora humildad.

Después de dominar por la fuerza física, por la cultura intelectual y por la inteligencia notable, se volvió hacia el telar oscuro, conquistando su propio sustento con el sudor diario. Ingresando en los espinosos testimonios para servir al prójimo, por amor a Jesús, recibió la ironía y el desamparo de familiares, la desconfianza y el insulto de viajeros amigos, los azotes de la maldad y las pedradas de la incompreensión.

No obstante, el convertido de Damasco jamás se desanimó, prosiguiendo, invariablemente, hacia el blanco, que, aún y siempre, es la unión divina del discípulo con el Maestro.

¿Cuántos aprendices estarán, actualmente, dispuestos al gran ejemplo?

Se esparcen, en vano, las invitaciones al sublime banquete, en balde envía Jesús mensajeros a los nuevos estudiantes, revelando la excelencia de la vida superior. Sin embargo, la mayoría de ellos comprenden a los operarios fugitivos, plenamente distraídos de la realización... Pierden de vista la obra por hacer, se desinteresan de las lecciones necesarias y olvidan las finalidades de la permanencia en la Tierra. Comúnmente, en los primeros obstáculos más fuertes de la marcha, en las correcciones iniciales del servicio, se ponen a llorar de desesperación, abatidos y tristes. Se declaran, incomprensiblemente, desalentados, vencidos, sin esperanza...

La explicación es simple. Perdieron el rumbo hacia Cristo, seducidos por espectáculos fugaces, en las numerosas estaciones de la jornada espiritual, y, por olvidar el blanco sublime, llega de modo inevitable el instante en que, cesados los motivos de la transitoria fascinación, se sienten angustiados, como viajeros sedientos en los áridos desiertos de la vida humana.

NO AVERGONZARSE

“Porque cualquiera que de mí y de mis palabras se avergonzare, de él se avergonzará el Hijo del hombre” - Jesús (Lucas, 9:26)

Existen muchos aprendices satisfechos consigo mismo tan solo en razón de algunas afirmativas quijotescas. Se congregan en grandes discusiones, coléricos e irascibles, intentando convencer a griegos y troyanos, en lo relacionado con la fe religiosa y, cuando son interpelados sobre la furia en que se complacen, en la imposición de los puntos de vista que le son propios, acostumbran discutir que es imprescindible no avergonzarnos del Maestro, ni de sus enseñanzas ante la multitud.

Mientras tanto, a veces, la preocupación de preservar el Cristianismo no pasa de ser una posición simplemente verbal.

Tales defensores de Cristo andan olvidados de que, ante todo, es indispensable no olvidar sus principios sublimes, delante de las tareas de cada día.

La vida de un hombre es su propia confesión pública.

La conducta de cada creyente es su verdadera confesión de fe.

Son muy infantiles el trueno de la voz y la mímica verbalista, hijos de la vanidad individual, junto a oyentes incomprensivos y complacientes, con pleno olvido de los necesarios testimonios con el Maestro, en el taller de trabajo común y en el hogar purificador.

Se hace indispensable que el aprendiz no se avergüence de Jesús, en palabrerías calurosas, de las cuales cada contendiente regresa más exasperado, pero sí ante las situaciones, aparentemente insignificantes o eminentemente expresivas, en que se pide al creyente el ejemplo de amor, renuncia y sacrificio personal que el Señor demostró en su trayectoria sublime.

AVARICIA

**“Y les dijo: Preveníós y guardaos de la avaricia, porque la vida de cada uno no consiste en la abundancia de las cosas que posee.”
- (Lucas, 12.15)**

Huyamos a la retención de cualquier posibilidad sin espíritu de servicio.

La avaricia no consiste sólo en amontonar el dinero en los cofres de la mezquindad.

Las propias aguas benefactoras de la Naturaleza, cuando son encarceladas sin preocupación de beneficio, acostumbran a formar zonas infecciosas. Quien vive en la búsqueda de compensaciones, englobándolas alrededor de sí, no pasa de ser igualmente un avaro infeliz.

Toda avaricia es una centralización enfermiza, preparando metas de sufrimiento.

No basta saber pedir, ni basta la habilidad y la eficiencia en conquistar. Es preciso adquirir en el clima de Cristo, esparciendo los beneficios de la posesión temporaria, para que la propia existencia no constituya un obstáculo a la paz y a la alegría de los demás.

Innumerables hombres, atacados por el virus de la avaricia, mucho ganaron en fortuna, autoridad e inteligencia, pero sólo consiguieron, al término de la experiencia, la perversión de los que más amaban y el odio de los que eran sus vecinos.

Amontonaron ventajas para la propia pérdida. Se arruinaron, envenenando, igualmente, a los que compartieron sus tareas en el mundo.

Recordemos la palabra del Divino Maestro, grabándola en el espíritu.

La vida del hombre no consiste en la abundancia de aquello que posee, sino en la abundancia de los beneficios que esparce y siembra, atendiendo a los designios del Supremo Señor.

SEMENTERAS Y SIEGAS

“Porque el que siembra en su carne, de la carne segará la corrupción.” – Pablo (Gálatas, 6:8)

Plantaremos todos los días.

Es de la ley.

Hasta los inactivos y ociosos están cultivando la cizaña de la imprevisión.

Es necesario reconocer, sin embargo, que diariamente recogeremos.

Hay vegetales que producen en el curso de pocas semanas, otros, no obstante, sólo muestran frutos con el paso laborioso de mucho tiempo.

En todas las épocas, la multitud crea complicaciones de naturaleza material, acentuando el laberinto de las reencarnaciones dolorosas, demorándose en las dificultades de la decadencia.

Aún hoy, surgen los que pretenden curar la honra con la sangre ajena y lavar la injusticia con las represalias del crimen. De ahí, el odio de ayer generando las guerras de hoy, la ambición personal formando la miseria que ha de venir, los placeres fáciles reclamando las rectificaciones de mañana.

Hasta hoy, transcurridos más de diecinueve siglos sobre el Cristianismo, sólo algunos discípulos, de cuando en cuando, comprenden la necesidad de la sementera de la luz espiritual en sí mismos, diferentes de cuantas se conocen en el mundo, y avanzan hacia el Maestro de los maestros.

Si deseas, pues, amigo mío, plantar en la Labor Divina, huye del viejo sistema de sembraduras en la corrupción y siegas en la decadencia.

Cultiva el bien para la vida eterna.

Observa las multitudes, encarceladas en el antiguo proceso de levantarse para el error y caer para la corrección, y sigue rumbo al Señor, organizando las propias adquisiciones de dones inmortales.

FARISEOS

“Guardaos, primeramente, del fermento de los fariseos.” - Jesús (Lucas, 12.1)

Fariseo aún es todo hombre presuntuoso, dogmático, exclusivo, supuesto privilegiado de las Fuerzas Divinas.

El orgulloso descendiente de los doctores de Jerusalén aún vive. Atraviesa todas las organizaciones humanas. Respira en todos los templos terrestres. Se cree el único heredero de la Bondad Divina. Nada aprecia sino por el prisma del orgullo personal traza programas caprichosos e intenta torcer las propias leyes universales, sometiéndolas al punto de vista que esposó en su escuela o en su argumento sectarista.

Jamás comparece, ante la bendición del Señor, en la condición de alguien que se convirtió en instrumento de sus amorosos designios, sino como creyente orgulloso, lleno de propósitos individualistas, declarándose detentor de consideraciones especiales.

Los aprendices fieles necesitan tener cautela contra el fermento de tales enfermos del espíritu.

Toda idea opera fermentaciones mentales.

Ciertamente que el Maestro no determinó la muerte de los fariseos, pero recomendó cautela tratándose de la influencia de ellos.

Exigencias farisaicas constituyen peligrosas molestias del alma. Urge auxiliar al enfermo y extinguir la enfermedad. Mientras tanto, no conseguiremos la realización, provocando tumultos, y sí usando la cautela en la antigua recomendación de vigilancia.

IGLESIA LIBRE

“Mas la Jerusalén que es de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre” - Pablo (Gálatas, 4:26)

El examen aislado de este versículo sugiere un terma de infinita grandeza para los discípulos religiosos del Cristianismo.

La palabra del apóstol a los gentiles nos recuerda a la iglesia libre de Cristo, no en la esfera estrecha de los hombres, sino en el ilimitado pensamiento divino.

El espíritu orgulloso y sectario, hace tanto tiempo dominante en las actividades de la fe, encuentra en la afirmativa de Pablo de Tarso un antídoto para sus venenosas preocupaciones.

En todas las épocas, han vivido en la Tierra los nobles excomulgados, los incomprendidos valerosos y los calumniados sublimes.

Pasaron, en los círculos de las criaturas como acontece aún hoy, perseguidos y despreciados, entre el sarcasmo y la indiferencia.

A veces, sufren destierro social por no envilecerse ante las explotaciones delictuosas del fanatismo; en otras ocasiones, son catalogados a la cuenta de ateos por sus ideas mal interpretadas.

Es que, de cuando en cuando, ráfagas de odios y dudas soplan en las iglesias desprevenidas de la Tierra. Los creyentes olvidan el “no juzguéis” y se confían a luchas angustiosas.

Sin embargo, semejantes atritos no alteran la conciencia tranquila de los anatematizados que se sienten bajo la tutela del Divino Poder. Instintivamente, reconocen que más allá de la esfera oscura de la acción física resplandece el templo soberano e invisible en que Jesús recoge a los servidores fieles, sin detenerse en el color o en la hechura de sus vestimentas.

¡Benefactores y siervos excomulgados de los caminos humanos, si tenéis una conciencia sin mancha, que no os amargue la pedrada de los hombres que se distancian unos de los otros por el separatismo infeliz! ¡Hay una Iglesia augusta y libre, en la vida espiritual, que es acogedora madre de todos nosotros!...

MAYORALES

“Y él, sentándose, llamo a los doce y les dijo: Si alguno quisiera ser el primero, será el último de todos y siervo de todos.” - (Marcos, 9:35)

Ser de los primeros en la Tierra no es problema de solución complicada.

Hay mayorales en el mundo en todas las situaciones.

La ciencia, la filosofía, el sacerdocio, tanto como la política, el comercio y las finanzas pueden exhibirlos, fácilmente.

Los hombres principales de la ciencia, con legítimas excepciones, acostumbran ser grandes presuntuosos; los de la filosofía, ingeniosos sofistas del pensamiento; los del sacerdocio, fanáticos sin comprensión de la verdadera fe. En política, muchos de los mayorales son tiranos; en el comercio, innumerables son explotadores y, en las finanzas, muchos de ellos no pasan de ser asociados de las sombras contra los intereses colectivos.

No obstante, ser de los primeros, en las esferas de Jesús sobre la Tierra, no es cuestión de fácil acceso a la criatura vulgar.

En los departamentos del mundo materializado, los principales deben ser los primeros a ser servidos y cuentan con la obediencia compulsoria de todos.

En el Cristianismo puro, los espíritus dominantes son los últimos en la recepción de los beneficios, porque son siervos reales de cuantos procuran su colaboración fraterna.

Es por esto que en todas las escuelas cristianas hay numerosos predicadores, muchos administradores, multitudes de operarios, cooperadores del culto, polemistas valiosos, doctores de la letra, intérpretes competentes, reformistas apasionados, pero, rarísimos son apóstoles.

De modo general, casi todos los creyentes se disponen a la enseñanza y al consejo, listos al combate espectacular y a la advertencia humillante o vanidosa, surgiendo pocos con el deseo de servir, en silencio, convencidos de que toda gloria pertenece a Dios.

NO TE APARTES

“Mas líbranos del mal.” – Jesús (Mateo, 6:13)

La superficie del mundo es, indiscutiblemente, la gran escuela de los espíritus encarnados.

Es imposible recoger la enseñanza, huyendo de la lección

Nadie sabe, sin aprender.

Gran número de discípulos del Evangelio, al descubrir algunos rayos de luz espiritual, se afirman enemigos declarados de la experiencia terrestre. Se hurtan, desde entonces, a los más nobles testimonios. Se defienden contra los hombres, como si estos no fuesen hermanos en el camino evolutivo. Ven espinas, donde la flor brota, y heridas venenosas donde hay una risa inocente. Y, condenando el paisaje al que fueron conducidos por el Señor, para el servicio metódico en el bien, se retraen, con los ojos bajos, retrocediendo del esfuerzo de santificación.

No obstante, se declaran, de unión con Cristo, olvidándose que el Maestro no desampara a la Humanidad. Estiman, sobre todo, la oración, pero, repitiendo las sublimes palabras de la oración dominical, olvidan que Jesús rogó al Señor Supremo nos libere del mal, pero no pidió el alejamiento de la lucha

Además, la sabiduría del Cristianismo no consiste en aislar al aprendiz en la santidad artificial, sino en hacerlo al mar largo del concurso activo de transformación del mal en bien, de la tiniebla en luz y del dolor en bendición.

El Maestro no huyó de los discípulos, fueron estos los que huyeron de Él en el extremo testimonio. El Divino Servidor no se apartó de los hombres; fueron estos los que lo expulsaron por la crucifixión dolorosa.

La fidelidad hasta el fin no significa adoración perpetua en el sentido literal; traduce, igualmente, espíritu de servicio hasta el último día de fuerza utilizable en el mecanismo fisiológico.

Si deseas, pues, servir con el Señor Jesús, pídele a Él que te libere del mal, pero que no te aparte de los lugares de lucha, a fin de que aprendas, en su compañía, a cooperar en la ejecución de la Voluntad Celeste, cuándo, cómo y dónde fuere necesario.

CRISIS

“Padre, sálvame de esta hora; mas para esto vine a esta hora.” – Jesús (Juan, 12:27)

La lección de Jesús, en este pasaje del Evangelio, es de las más expresivas.

El Maestro iba a probar el abandono de los seres amados, la ingratitud de beneficiarios de la víspera, la ironía de la multitud, el apodo en la vía pública, el suplicio y la cruz, pero sabía que se encontraba allí para esto, conforme a los designios del Eterno.

Pide la protección del Padre y se somete en la condición del hijo fiel.

Examina la gravedad de la hora en curso, sin embargo, reconoce la necesidad del testimonio.

Y todas las vidas en la Tierra experimentan los mismos trámites en la escala infinita de las experiencias necesarias.

Todos los seres y cosas se preparan, considerando la crisis que vendrá. Es la crisis la que decide el futuro.

La tierra aguarda el arado.

El mineral será enviado al crisol.

El árbol sufrirá la poda.

El gusano será sometido a la luz solar.

El ave se enfrentará con la tormenta.

La oveja esperará el trasquilado.

El hombre será conducido a la lucha.

El cristiano conocerá sucesivos testimonios.

Es por esto que vemos, en el servicio divino del Maestro, la crisis de la cruz que se hizo acompañar por la bendición eterna de la Resurrección.

Cuando te encuentras, pues, en lucha inmensa, recuerda que el Señor te condujo a semejante posición de sacrificio, considerando la probabilidad de tu exaltación, y no te olvides de que toda crisis es fuente sublime de espíritu renovador para los que saben tener la esperanza.

POLÍTICA DIVINA

**“Pero, yo, entre vosotros soy como aquél
que sirve.” – Jesús (Lucas, 22:27)**

El discípulo sincero del Evangelio no necesita respirar el clima de la política administrativa del mundo para cumplir el ministerio que le es encomendado.

El Gobernador de la Tierra, entre nosotros, para atender a los objetivos de la política del amor, representó, ante todo, los intereses de Dios junto al corazón humano, sin necesidad de órdenes ni decretos, aunque sean respetables.

Administró sirviendo, elevó a los demás, humillándose a sí mismo.

No vistió el traje del sacerdote, ni la toga del magistrado.

Amó profundamente a los semejantes y, en esa tarea sublime, dio testimonio de su grandeza celestial.

¿Qué sería de las organizaciones cristianas, si el apostolado que practican, estuviese subordinado a reyes y ministros, cámaras y parlamentos transitorios?

Si deseas comprender, efectivamente, el templo de la verdad y la fe viva, de la paz y del amor, con Jesús, no olvides los motivos del Evangelio Redentor.

Ama a Dios sobre todas las cosas, con todo tu corazón y entendimiento.

Ama al prójimo como a ti mismo.

Cesa el egoísmo de la animalidad primitiva.

Haz el bien a los que te hacen mal.

Bendice a los que te persiguen y calumnian.

Ora por la paz de los que te hieren.

Bendice a los que te contrarían el corazón inclinado al pasado inferior.

Reparte las alegrías de tu espíritu y los dones de tu vida, con los menos afortunados y más pobres del camino.

Disipa las tinieblas, haciendo brillar tu luz.

Revela el amor que calma las tempestades de odio.

Mantén viva la llama de la esperanza, donde sopla el frío del desánimo.

Levanta a los caídos.

Sé la muleta benefactora de los que se arrastran bajo los vicios morales.

Combate la ignorancia, encendiendo lámparas de auxilio fraterno, sin golpes de crítica y sin gritos de condenación.

Ama, comprende y perdona siempre.

¿Dependerás, acaso, de decretos humanos para meter manos a la obra?

Acuérdate, amigo mío, que los administradores del mundo son, la mayoría de las veces, venerables delegados de la Sabiduría Inmortal, amparando los potenciales económicos, pasajeros y percibibles del mundo; sin embargo, no te olvides de las recomendaciones trazadas en el Código de la Vida Eterna, en la ejecución de las cuales debemos edificar el Reino Divino, dentro de nosotros mismos.

¿QUÉ HACÉIS DE ESPECIAL?

“¿Qué hacéis de especial?” – Jesús (Mateo, 5: 47)

Iniciados en la luz de la Nueva Revelación, los espiritistas cristianos poseen patrimonios de entendimiento muy por encima de la comprensión normal de los hombres encarnados.

En verdad, saben que la vida prosigue victoriosa, más allá de la muerte; que se encuentran en la escuela temporaria de la Tierra, en favor de la iluminación espiritual que les es necesaria; que el cuerpo carnal es una simple vestimenta desgastándose cada día; que los trabajos y disgustos del mundo son recursos educativos; que el dolor es el estímulo para las más altas realizaciones; que nuestra futura cosecha se hará, de acuerdo con la sementera de ahora; que la luz del Señor nos alumbrará los caminos, siempre que estuviéremos al servicio del bien; que toda oportunidad de trabajo en el presente es una bendición de los Poderes Divinos; que nadie se halla en la Superficie del Planeta en excursión de placeres fáciles, sino en misión de perfeccionamiento; que la justicia no es una ilusión y que la verdad sorprenderá a toda la gente; que la existencia en la esfera física es un bendito taller de trabajo, rescate y redención y que los hechos, palabras y pensamientos de la criatura producirán siempre los frutos correspondientes, en el campo infinito de la vida.

Efectivamente, sabemos todo eso.

En vista, pues, de tantos conocimientos e informaciones de los planos más altos, beneficiando a nuestros círculos felices de trabajo espiritual, es justo que oigamos la interrogación del Divino Maestro:

- ¿Qué hacéis más que los otros?

TAMBIÉN TÚ

“Y los principales sacerdotes tomaron la deliberación de matar también a Lázaro.” – (Juan, 12:10)

Es interesante observar las reflexiones del fariseísmo, relativas a Lázaro, en las horas supremas de Jesús.

No bastaba la crucifixión del Maestro.

Se intentaba, igualmente, la muerte del amigo de Betania.

Lázaro fue cadáver y revivió, se sepultó en las tinieblas de la tumba y regresó a la luz de la vida. Era, por eso, una glorificación permanente del Salvador, una curación patente del Médico Divino. Constituiría en Jerusalén la carta viva del poder de Cristo, desentonaba de los coterráneos, se tornó diferente.

Se consideraba, por tanto, indispensable la destrucción de él.

El fariseísmo de los viejos tiempos aún es el mismo en los días que pasan, sólo con la diferencia que Jerusalén es la civilización entera. Para él, el Maestro debe continuar crucificado y todos los Lázaros resurgirán sentenciados a la muerte.

Cualquier hombre, renovado en Cristo, lo incomoda.

Hay participantes del Evangelio que se sienten verdaderamente resucitados, traídos a la claridad e la fe, después de atravesar el sepulcro del odio, del crimen, de la indiferencia...

El fariseísmo, entretanto, no les tolera la condición de redivivo, demostrando la grandeza del Maestro. Instalara persecuciones, los descalifica en la convención puramente humana, intenta anularles la acción en todos los sectores de la experiencia.

Solamente los Lázaros que se unan al amor de Jesús consiguen vencer el terrible asedio de la ignorancia.

Ten, pues, cuidado contigo mismo.

Si te sientes traído de la sombra hacia la luz, del mal hacia el bien, al sublime influjo del Señor, recuerda que el fariseísmo, visible e invisible, obedeciendo a impulsos de orden inferior, aún está trabajando contra el valor de tu fe y contra la fuerza de tu ideal.

No bastó la crucifixión del Maestro.

También tú conocerás el testimonio.

RESISTENCIA AL MAL

“Pero, yo, os digo que no resistáis al mal.”
- Jesús (Mateo, 5:39)

Los exponentes de la mala fe acostumbran interpretar falsamente las palabras del Maestro, con relación a la resistencia al mal.

Jesús no determinaba que los aprendices se entregasen, inermes, a las corrientes destructoras.

Aconsejaba que ningún discípulo retribuyese violencia por violencia.

Enfrentar la crueldad con semejantes armas sería perpetuar el odio y la descomedida ambición en el mundo.

El bien es el único disolvente del mal, en todos los sectores, revelando diferentes fuerzas.

En razón de eso, la actitud requerida por el crimen jamás será la indiferencia, sino la del bien activo, enérgico, renovador, vigilante y operoso.

En todas las épocas, los hombres perpetraron graves errores, intentando reprimir la maldad, hija de la ignorancia, con la maldad, hija del cálculo. Y las medidas infelices, gran número de veces, fueron concretadas en nombre del propio Cristo.

Guerras, revoluciones, asesinatos, persecuciones, fueron movilizadas por el hombre, que así presume cooperar con el Cielo. No obstante, las empresas sombrías no hicieron nada más que acentuar la catástrofe de la separación y de la discordia. Semejantes réplicas siempre constituye pruritos de hegemonía indebida del sectarismo pernicioso en los partidos políticos, en las escuelas filosóficas y en las sectas religiosas, pero nunca determinación de Jesús.

Reconociendo, anticipadamente, que la miopía espiritual de las criaturas le desfiguraría sus palabras, el Maestro reforzó el concepto, aseverando...

“Pero, yo, os digo...”

El plano inferior adopta patrones de resistencia, reclamando “ojo por ojo, diente por diente”...

Jesús, mientras tanto, nos aconseja la defensa del perdón, setenta veces siete, en cada ofensa, con la bondad diligente, transformadora y sin fin.

ATRITOS FÍSICOS

“Mas si alguien te pegare en la mejilla derecha, ofrécele también la otra.” - Jesús (Mateo, 5:39)

Algunos humoristas pretenden descubrir en la advertencia del Maestro una exhortación a la cobardía, sin noción del respeto propio.

El parecer de Jesús, no obstante, no obedece sólo a los dictámenes del amor, esencia fundamental de su Evangelio. Es igualmente una pieza de buen sentido y lógica rigurosa.

Cuando un hombre embiste contra otro, utilizando la fuerza física, los recursos espirituales de cualquier especie ya fueron momentáneamente obstruidos en el atacante.

El puñetazo de la cólera solamente surge cuando la razón fue apartada. Y sobreviniendo semejante problema, solamente la calma del adversario consigue atenuar los desequilibrios, procedentes de la ausencia de control.

El hombre del campo sabe que el animal enfurecido no regresa a la naturalidad si es tratado con la ira que lo posee.

La abeja no aguijonea al apicultor, amigo de la suavidad y de la serenidad.

El único recurso para contener a un hombre desvariado, obligándolo a reajustarse dignamente, es conservándose el contendiente o los circunstantes en posición normal, sin caer en el mismo nivel de inferioridad.

La recomendación de Jesús nos abre un bendito avance...

Ofrecer la mejilla izquierda, después que la derecha ya se encuentra dilacerada por el agresor, es llamarlo a la razón ennoblecida, reintegrándolo, de inmediato, en el reconocimiento de la perversidad que le es propia.

En cualquier conflicto físico, la palabra se reviste de reducida función en los círculos del bien. El gesto es la fuerza que se expresará convenientemente.

Según reconocemos, por tanto, en el consejo de Cristo no hay invitación a la debilidad, sino un llamado a la superioridad que las personas vulgares aún desconocen.

FERMENTO VIEJO

“Limpiaos, pues, de la vieja levadura, para que seáis una nueva masa.” – Pablo (I Corintios, 5:7)

Existen viejas fermentaciones de naturaleza mental, que representan tóxicos peligrosos para el equilibrio del alma.

Comúnmente observamos a compañeros ansiosos por la íntima identificación con el pretérito, en la tela de pasadas reencarnaciones.

Sin embargo, ocurre que la mayoría de los encarnados en la Tierra no posee una vida anterior respetable y digna, en la que pueda recoger simientes de ejemplificación cristiana.

Casi todos nos emborrachábamos con el licor mentiroso de la vanidad, administrando los patrimonios del mundo, cuando no nos embriagábamos con el vino destructor del crimen, si éramos llamados a obedecer en la obra del Señor.

Quien tenga fuerzas y luces para reconocer experiencias fracasadas, comprendiendo la propia inferioridad, tal vez aproveche algo de útil, releyendo páginas vivas que se fueron. Los aprendices de esa condición, sin embargo, aún son raros, en los trabajos de recapitulación en la carne, junto a la cual la Compasión Divina concede al siervo fallido la bendición del olvido para la valoración de las nuevas iniciativas.

No guardes, por tanto, el fermento viejo en el corazón.

Cada día nos llama a la vida más noble y más alta.

Reforcémonos a la claridad del Infinito Bien, a fin de que seamos nueva masa espiritual en las manos de Nuestro Señor Jesús.

CULTIVA LA PAZ

“Y, si allí hubiere algún hijo de la paz, reposará sobre él vuestra paz; y, sino, ella volverá a vosotros” – Jesús (Lucas, 10:6)

En verdad, hay muchos desesperados en la vida humana. Pero, ¿cuántos se apegan, voluptuosamente, a la propia desesperación? ¿Cuántos rebeldes huyen a la luz de la paciencia? ¿Cuántos criminales lloran de dolor por serles imposible la consumación de nuevos delitos? ¿Cuántos tristes escapan, voluntariamente, a las bendiciones de la esperanza?

Para que un hombre sea hijo de la paz, es imprescindible que trabaje incesantemente en el mundo íntimo, cesando las voces de la inadaptación a la Divina Voluntad y evitando las manifestaciones de desarmonía, ante las leyes eternas.

Todos ruegan la paz en el Planeta atormentado de horribles discordias, pero raros son los que se hacen dignos de ella.

Exigen que la tranquilidad resida en el mismo apartamento donde mora el odio gratuito a los vecinos, reclaman que la esperanza tome asiento con la inconformidad y ruegan a la fe les apruebe la ociosidad, en el campo de la necesaria preparación espiritual.

Para la abrumadora mayoría de esas criaturas comodistas, la paz legítima es una realización muy distante.

En todos los sectores de la vida, la preparación y el mérito deben anteceder al beneficio.

Nadie alcanza el bienestar en Cristo, sin esfuerzo en el bien, sin disciplina elevada de sentimientos, sin iluminación del raciocinio. Antes de la sublime edificación, podrán registrar los más bellos discursos, vislumbrar las más altas perspectivas del plano superior, convivir con los grandes apóstoles de la Causa de la Redención, pero podrán igualmente vivir lejos de la armonía interior, que constituye la divina e inagotable fuente de la verdadera felicidad, porque si el hombre oye la lección de la paz cristiana, sin el propósito firme de adaptarse, es de la propia recomendación del Señor que ese bien celestial vuelva al núcleo de origen, como intransferible conquista de cada uno.

INVIERNO

**“Procura venir antes del invierno” - Pablo
(II Timoteo, 4:21)**

Está claro que el análisis común de este versículo revelará la prudente recomendación de Pablo de Tarso para que Timoteo no se arriesgase a viajar en la estación del frío fuerte.

En la época distante de la Epístola, el invierno no ofrecía facilidades a la navegación.

Sin embargo, es posible avanzar más lejos, más allá de la letra y por encima del problema circunstancial de lugar y tiempo.

Movilicemos nuestra interpretación espiritual.

¿Cuántas sólo se recuerdan de la necesidad del encuentro con los emisarios del Divino Maestro por ocasión del invierno riguroso del sufrimiento? ¿Cuántas se recuerdan del Salvador solamente en horas de neblina espesa, de tempestad amenazadora, de hielo pesado y compacto sobre el corazón?

En momentos así, el barco de la esperanza acostumbra a navegar sin rumbo, por ocasión de las olas revueltas.

La neblina oculta la meta, y todo, en torno al viajero de la vida, tiende al desorden o a la desorientación.

Es indispensable buscar al Amigo Celeste o a aquellos que ya se unieron, definitivamente, a su amor, antes de los períodos angustiosos, para que nos instalemos en refugios de paz y seguridad.

La disciplina, en tiempos de abundancia y libertad, es distinción en las criaturas que la siguen; pero la contención que nos es impuesta, en la escasez o en la dificultad, se convierte en martirio.

El aprendiz leal de Cristo no debe marchar en el mundo por caprichos satisfechos, sino en la pauta de la temperancia y de la comprensión.

El invierno es imprescindible y útil, como período de prueba benéfica y renovación necesaria. Busca, mientras tanto, el encuentro de tu experiencia con Jesús, antes de él.

DELANTE DE VOSOTROS

“Mas id a decir a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros hacia Galilea.” – (Marcos, 16:7)

Es raro encontrar discípulos decididos a la fidelidad sin mezcla, en los momentos que la lucha supera el ámbito normal.

Comúnmente, al elevarse la experiencia hacia mayores demostraciones de coraje, valor y fe, se les modifica el ánimo, de inmediato. La seguridad se convierte en indecisión y la alegría en desaliento.

Multiplíquense los obstáculos y surgirá una dolorosa incertidumbre.

No obstante, los aprendices no deben olvidar la sublime promesa del principio, cuando el pastor recomponía el rebaño disperso.

Cuando los compañeros, después de la Resurrección, reflexionaban en el futuro, oscilando entre la duda y la perplejidad, he aquí que el Mensajero del Maestro les dirige un aviso saludable, asegurando que el Señor marcharía delante de los amigos, hacia Galilea, donde aguardaría a los amados colaboradores, a fin de sentar las bases profundas del trabajo evangélico en el porvenir.

No nos cabe olvidar que, en las primeras providencias del apostolado divino, Jesús siempre se adelantó a los compañeros en los testimonios santificantes.

Y así sucede, invariablemente, en el transcurso de los siglos.

El Maestro siempre está haciendo lo máximo en la obra redentora, contando con el esfuerzo de los cooperadores sólo en las particularidades minúsculas del servicio celeste...

No os entreguéis a las sombras de la indecisión cuando permaneciereis solitos o cuando el trabajo se agrave en el camino común. Id, confiantes y optimistas, a las pruebas saludables o a las tareas dilacerantes que esperan por nuestro concurso y acción. Seguro, que no seremos destinados a facilidades deliciosas, en un mundo donde la ignorancia aún establece lamentables prisiones, pero sigamos felices en persecución de las obligaciones que nos competen, conscientes de que Jesús, amoroso y previsor, ya siguió delante de nosotros...

EN EL CAMPO

“El campo es el mundo.” – Jesús (Mateo, 13:38)

Jesús tiene su campo de servicio en el mundo entero.

En él, naturalmente, como en todo campo de labor, hay un infinito potencial de realizaciones, con fajas de tierra excelente y zonas necesitadas de apoyo, correctivo y protección.

A veces, después de florestas dadivosas, surgen charcos gigantescos, requiriendo drenaje y socorro inmediato.

Al lado de montañas con aureolas de luz, aparecen valles envueltos en una asombra indefinible.

Se levantan troncos rectos, junto a árboles retorcidos; gajos muertos entran en contraste con vede follaje, repletos de nidos.

La tierra inmensa de Cristo reclama trabajadores dedicados, que no demuestren predilecciones personales por zonas de servicio o género de tarea.

Muchos operarios se presentan al Señor del Trabajo, diariamente, pero los verdaderos servidores son raros.

La mayoría de los trabajadores que se presentan a la obra del Maestro no sigue más allá del cultivo de ciertas flores, retrocede frente a los pantanos despreciados, teme los sitios desérticos o se espanta ante la magnitud del servicio, recogiéndose a largas y ruidosas vacilaciones o huyendo de las regiones infecciosas.

En algunas ocasiones acostumbran ser hábiles horticultores o jardineros, no obstante, casi siempre reposan en esos títulos y se amedrentan ante los terrenos agresivos y multiformes.

Sin embargo, Jesús no descansa y prosigue aguardando a compañeros para las realizaciones infinitas, a favor del Reino Celestial en la Tierra.

Reflexiona en esta verdad y enriquece tus cualidades de colaboración, perfeccionándolas e intensificándolas en las obras del bien, indiscriminado y sin interrupciones...

Es cierto que no se improvisa un cooperador para Jesús, entretanto, no te olvides de trabajar, día a día, en la dirección del glorioso fin...

EN EL SERVICIO CRISTIANO

“Ni como teniendo dominio sobre la herencia de Dios, sino sirviendo de ejemplo al rebaño.” – (I Pedro, 5:3)

A los compañeros del Espiritismo cristiano les corresponden tareas de enorme proporciones, junto a las almas.

Nos preocupan profundos problemas de la fe, trascendentes cuestiones del dolor.

Porque dan de gracia lo que de gracia reciben, cuentan con la animosidad de los que venden los dones divinos; porque buscan la sabiduría espiritual, reciben la aversión gratuita de los que se estancan en la pequeña ciencia; porque se preparan en vista de la vida eterna, desligándose del egoísmo destructor, son catalogados como locos, por los que se satisfacen en la fantasía transitoria.

Pero cuanto mayor es la incompreensión del mundo, más se deberá intensificar en aquellos las nociones de la responsabilidad.

No hablamos aquí de los estudiosos, de los investigadores o de los observadores simplemente. Nos referimos a los que ya entendieron la grandeza del auxilio fraternal y se entregaron a él de corazón vuelto hacia Cristo. Se encuentran en los círculos de una experiencia muy noble para ser comentada, pero la responsabilidad que les compete es igualmente muy grande para ser definida.

A ti, pues, hermano mío, que guardas contigo los intereses de muchas almas, repito las palabras del gran apóstol, para que jamás te envanezas, ni procedas “como teniendo dominio sobre la herencia de Dios, sino sirviendo de ejemplo al rebaño”.

GUARDEMOS LA ENSEÑANZA

“Poned vosotros estas palabras en vuestros oídos.” – Jesús (Lucas, 9:44)

Muchos escuchan la palabra de Cristo, entretanto, muy pocos son los que ponen la lección en los oídos.

No se trata de registrar meros vocablos, sino de fijar señalamientos que deben palpitar en el libro del corazón.

Jesús no se refería a la letra muerta, sino al verbo creador.

Los círculos doctrinarios del Cristianismo están repletos de aprendices que no saben atender a ese llamado. Comparecen a las actividades espirituales, sintonizando la mente con todas las inquietudes inferiores, menos con el Espíritu de Cristo. Doblan las rodillas, repiten fórmulas verbalistas, se concentran en sí mismos, mientras tanto, en el fondo, actúan en la esfera distante del servicio justo.

La mayoría no pretende oír al Señor, sino hablar al Señor, como si Jesús desempeñase la simple función de page subordinado a los caprichos de cada uno.

Son alumnos que procuran transformar el orden escolar.

Pronuncian largas oraciones, gritan protestas, alinean promesas que no pueden cumplir.

No estiman las enseñanzas. Formulan imposiciones.

Y, a la manera de locos, buscan actuar en nombre de Cristo.

Los resultados no se hacen esperar. El fracaso y la desilusión, la esterilidad y el dolor van llegando despacio, despertando al alma dormida para las realizaciones eternas.

No son pocos los que se rebelan, desencantados...

Sin embargo, no se quejen, sino de sí mismos.

“Poned mis palabras en vuestros oídos”, dice Jesús.

El propio viento posee una dirección. ¿El Divino Maestro habría transmitido, pues, alguna lección, al acaso?

EN NUESTRO TRABAJO

“Porque toda casa es edificada por alguien, pero el que edificó todas las cosas es Dios.” – Pablo (Hebreos, 3:4)

El Supremo Señor creó el Universo, entretanto, cada criatura organiza su mundo particular.

El Arquitecto Divino es el poseedor de todas las edificaciones, sin embargo, cada Espíritu construye la habitación que le es propia.

El Donador de los Infinitos Bienes esparce valores ilimitados en la Creación, no obstante, cada uno de nosotros deberá crear valores que nos sean inherentes a la personalidad.

La naturaleza maternal, rica en bendiciones, en todas partes constituye la representación del patrimonio inmensurable del Poder Divino y, en todo lugar, donde exista alguien, ahí palpita la voluntad igualmente creadora del hombre, que es el heredero de Dios.

El Padre levanta fundamentos y establece leyes.

Los hijos contribuyen en la construcción de las obras y operan interferencias.

Es comprensible, por tanto, que empeñemos todo el cuidado en nuestro esfuerzo individualista, en las edificaciones del mundo, convencidos de que responderemos por nuestra actuación personal, en todos los cuadros de la vida.

Colaboremos con el bien con el entusiasmo de quien reconoce la utilidad en su propia actuación, en los círculos del servicio, pero sin pasiones destructoras que nos amarren a las islas del aislamiento.

Presentemos nuestro trabajo al Señor, diariamente, y pidamos a Él que destruya las particularidades en desacuerdo con sus propósitos soberanos y justos, rogándole visión y entendimiento.

Seremos compelidos a formar el campo mental de nosotros mismos, a levantar la casa de nuestra elevación y a construir el santuario que nos sea propio.

Pero, en el desdoblamiento de ese servicio, jamás nos olvidemos que todos los patrimonios de la vida pertenecen a Dios.

NO A LAS PALABRAS

“Pero en breve estaré con vosotros, si el Señor lo quisiere, y entonces conoceré, no las palabras de los que andan hinchados, sino la virtud.” – Pablo (I Corintios, 4:19)

Cristo y sus cooperadores no vendrán al encuentro de los aprendices para conocer las palabras de los que viven en la falsa concepción del destino, sino de los que se identificaron con el espíritu imperecible de la construcción evangélica.

Es indudable que el Señor se interesará por las obras; sin embargo, siempre que nos referimos a obras, generalmente los oyentes solamente se recuerda de las instituciones materiales, visibles en el mundo, ricas o sencillas, simples o suntuosas.

Muchas veces, las criaturas menos favorecidas de facultades orgánicas, como el ciego o el inválido, se creen aniquilados o inútiles, ante conceptos de esa naturaleza.

Es que, comúnmente, el hombre se olvida de las obras de santificación que le compete efectuar en su propio espíritu.

Son raros los que entienden que es necesario maniobrar pesados instrumentos de la voluntad a fin de conquistar terreno al egoísmo; usar la azada del esfuerzo personal para el establecimiento definitivo de la armonía en el corazón. Pocos son los que se acuerdan que poseen ideas fáciles o pequeñas acerca del bien y que es imprescindible mantener recursos íntimos de protección a esos gérmenes para que fructifiquen más tarde.

Es lógico que las palabras de los que no viven hinchados de personalismos sean objeto de las atenciones del Maestro, en todos los tiempos, porque el verbo es también fuerza sagrada que esclarece y edifica. Mientras tanto, urge huir a los abusos de las palabrerías improductivas que menosprecia el tiempo en la “vanidad de las vanidades”.

No olvides, pues, que, antes de las obras externas de cualquier naturaleza, siempre fáciles y transitorias, tienes por hacer la construcción íntima de la sabiduría y del amor, muy difícil de ser realizada, en verdad, pero, por eso mismo, sublimada y eterna.

PALABRERÍAS

“Pero evitas las palabrerías profanas, porque producirán mayor impiedad.” – Pablo (II Timoteo, 2:16)

Pocas expresiones de la vida social o doméstica son tan peligrosas como la palabrería desvariada, que ofrece vasto lugar a los monstruos del crimen.

La actividad religiosa y científica ha descubierto numerosos factores de desequilibrio en el mundo, colaborando eficazmente por extinguirles los focos esenciales.

¿Cuánto se ha trabajado, loablemente, en el combate al alcohol y a la sífilis?

Nadie contesta a su influencia destructora.

Arruinan a las colectividades, entregan la salud, deprimen el carácter.

Pero, no nos olvidemos del palabrerío maligno que siempre forma, alrededor, una inmensa familia de elementos enfermizos o envilecidos, a la manera de gusanos letales que proliferan en el silencio y operan en las sombras.

Raros son los que meditan en esto.

¿No será, tal vez, el verbo desordenado el padre de la calumnia, de la maledicencia, del chisme, de la liviandad y de la perturbación?

Dios creó la palabra, el hombre engendró la palabrería.

La palabra digna infunde consuelo y vida. La murmuración perniciosa favorece la muerte.

¿Cuántos enemigos de la paz del hombre se aprovechan del vocerío insensato, para cumplir criminales deseos?

Si el alcohol embriaga a los viciosos, aniquilándoles las energías, ¿qué decir de la lengua desviada del bien que destruye vigorosas sementeras de felicidad y sabiduría, amor y paz? Si hay educadores preocupados con la intromisión de la sífilis, ¿por qué la indiferencia alusiva a los desvaríos de la conversación?

En todas partes, la palabra es índice de nuestra posición evolutiva. Es indispensable embellecerla, iluminarla y ennoblecerla.

Despreciar las sagradas posibilidades del verbo, cuando el mensaje de Jesús ya esté brillando en torno a nosotros, constituye un ruinoso relajamiento de nuestra vida, delante de Dios y de la propia conciencia.

Cada frase del discípulo del Evangelio debe tener un lugar digno y adecuado.

La palabrería es un desperdicio. Y cuando no sea así no pasa de ser una oscura corriente de venenos psíquicos, amenazando a espíritus valerosos y a comunidades enteras.

MALOS OBREROS

**“Guardaos de los malos obreros.” – Pablo
(Filipenses, 3:2)**

Pablo de Tarso no recomienda sin razón el cuidado a observar, ante el asedio de los malos obreros.

En todas las actividades del bien, el trabajo sincero necesita preservarse contra el veneno que procede del servidor infiel.

Mientras los siervos leales se descubren, dedicados, en las obligaciones que le son aplazadas, los malos obreros procuran el reposo indebido, llamando a compañeros a la desertión y a la rebeldía en vez de cooperar, atendiendo a los compromisos asumidos, se entregan a la crítica jocosa o áspera, menospreciando a los colegas de lucha.

Estiman las apreciaciones desalentadoras.

Se fijan en los ángulos aún inseguros de la obra en ejecución, despreocupados de las realizaciones ya hechas.

Manosean textos legales a fin de observar cómo harán valer derechos con olvido de deberes.

Oyen las palabras ajenas con religiosa atención para extraer los conceptos verbales menos felices, para establecer perturbaciones.

Llaman cobardes a los cooperadores humildes, y aduladores a los eficientes o comprensivos.

Destacan los defectos de todas las personas, excepto los que le son peculiares.

Alinean frases brillantes y complacientes, remojándolas en el aceite de perversidades ocultas.

Siembran la duda, la desconfianza y la desidia, cuando perciben que el éxito está próximo.

Esparcen sospechas y calumnias, entre los que organizan y los que ejecutan.

Se hacen abogados para ser acusadores.

Se visten a la manera de ovejas, disimulando las formas de lobos.

Acostumbran lamentarse como víctimas para ser verdugos más completos.

“Guardaos de los malos obreros”.

El consejo del apóstol a los gentiles permanece lleno de oportunidad y significación.

ESPERANZA

“Porque todo lo que antes fue escrito, para nuestra enseñanza fue escrito, para que por la paciencia y consuelo de las Escrituras tengamos esperanza.” – Pablo (Romanos, 15:4)

La esperanza es la luz del cristiano.

No todos consiguen, por el momento, el vuelo sublime de la fe, pero la fuerza de la esperanza es un tesoro común.

No todos pueden ofrecer, cuando quieren, el pan del cuerpo y la lección espiritual, pero nadie en la Tierra está impedido de esparcir los beneficios de la esperanza.

El dolor acostumbra agitar a los que se encuentran en el “valle de la sombra y de la muerte”, donde el miedo establece atritos y donde la aflicción percibe el “rugir de dientes”, en las “tinieblas exteriores”, pero existe la luz interior que es la esperanza.

La negación humana declara falencias, labra atestados de imposibilidad, traza inextricables laberintos, no obstante, la esperanza viene de la cima, a la manera del Sol que ilumina desde lo alto y alimenta las sementeras nuevas, despierta propósitos diferentes, crea modificaciones reductoras y abre visiones más altas.

La noche espera el día, la flor el fruto, el gusano el porvenir... El hombre, aunque se sumerja en la incredulidad o en la duda, en la lágrima o en la dilaceración, será socorrido por Dios con la indicación del futuro.

Jesús, en la condición de Maestro Divino, sabe que los aprendices no siempre podrán acertar enteramente, que los errores son propios de la escuela evolutiva y, por eso mismo, la esperanza es uno de los cánticos sublimes de su Evangelio de Amor.

Hasta hoy, han sido muchas nuestras caídas, pero la confianza en Cristo es siempre mayor.

No nos perdamos en lamentaciones. Todo momento es instante para oír a Aquel que pronunció el “venid a mí”...

Levantémonos y prosigamos, convencidos de que el Señor nos ofreció la luz de la esperanza, a fin de que encendamos en nosotros mismos la luz de la santificación espiritual.

EN LA PROPAGANDA EFICAZ

“Es necesario que él crezca y que yo disminuya.” – Juan el Bautista (Juan, 3:30)

Hay siempre un deseo fuerte de propaganda constructiva en el corazón de los creyentes sinceros.

Consolados por el pan espiritual de Jesús, los nuevos discípulos se esfuerzan por extenderlo a los otros. Pero, no siempre aciertan en la tarea. Muchas veces, movidos por fuertes impulsos, se tornan exigentes o precipitados, reclamando cosechas prematuras.

Entretanto, el Evangelio está repleto de enseñanzas en ese sentido.

La asertiva de Juan el Bautista, en este pasaje, es significativa. Traza un programa a todos los que pretendan funcionar en servicio de precursores del Maestro, en los corazones humanos.

No vale imponer los principios de la fe.

La exigencia, aunque sea indirecta, sólo revela a sus autores. Las polémicas destacan a los polemistas... Las discusiones intempestivas acentúan la colaboración personal de los discutidores. Puras prédicas de palabras hacen bellos oradores, con preciosa fraseología y deslumbrantes ornatos de la forma.

Está claro que la orientación, el esclarecimiento y la enseñanza son tareas indispensables en la extensión del Cristianismo, entretanto, es de una importancia fundamental para los discípulos que el Espíritu de Jesús crezca en sus vidas. Revelar al Señor en la propia experiencia diaria es la propaganda más elevada y eficiente de los aprendices fieles.

Si realmente deseas extender las claridades de tu fe, acuérdate que el Maestro precisa crecer en tus actos, palabras y pensamientos, en convivencia con todos los que rodean tu corazón. Solamente en esa directriz es posible atender al Divino Administrador y servir a los semejantes, curándose la hipertrofia característica del “yo”.

SUFRIRÁ PERSECUCIONES

“Y también todos los que piadosamente quieren vivir en Cristo Jesús padecerán persecuciones.” – Pablo (II Timoteo, 3:12)

Incontestablemente, los códigos de las buenas maneras del mundo son siempre respetables, pero es preciso convenir que, por encima de ellos, prevalecen los códigos de Jesús, cuyos principios fueron grabados por Él con la propia ejemplificación.

Pero, el mundo, raramente tolera el código de buenas maneras del Maestro Divino.

Si te sientes herido y procuras la justicia terrestre, te considerarán un hombre sensato; sin embargo, si prefieres el silencio del Gran Martirizado de la Cruz, te lanzarán ironías a la cara.

Si reclamas la remuneración de tus servicios, hay leyes humanas que te amparan, considerándote prudente; pero si produces algo útil sin exigir recompensa, recordando al Divino Benefactor, te interpretarán como loco.

Si te defiendes contra los malos, haciendo valer tus razones, serás catalogado como un hombre digno; entretanto, si aplicas la humildad y el perdón del Señor, serás francamente acusado de cobarde y despreciable.

Si practicas la explotación individual, disfrazadamente, movilizándolo al prójimo al servicio de tus intereses pasajeros, te serán atribuidos admirables dotes de inteligencia y habilidad; mientras tanto, si te dispones al servicio general para beneficio de todos, por amor a Jesús, te considerarán idiota y servil.

Mientras oigas los dictámenes de las leyes sociales, dando para recibir, haciendo algo para buscar la admiración ajena, elogiando para ser elogiado, recibirás infinitas alabanzas de las criaturas, pero, en el momento en que, por fidelidad al Evangelio fueses obligado a tomar actitudes con el Maestro, muchas veces con pesados sufrimientos para tu corazón, serás clasificado como insensato.

Atiende, pues, a tu ministerio donde estuvieras, sin ninguna duda en ese particular, seguro de que, por mucho tiempo aún, el discípulo fiel de Jesús, en la Tierra, sufrirá persecuciones.

PURIFIQUÉMONOS

“De suerte que, si alguno se purificare de estas cosas, será vaso para honra, santificado e idóneo para el uso del Señor, y preparado para toda la obra buena.” – Pablo (II Timoteo, 2:21)

En cada día de lucha, es indispensable prestar atención para la utilización del vaso de nuestras posibilidades individuales.

En la Tierra, donde la mayoría de las almas encarnadas duermen aún el sueño de la indiferencia, es más que necesaria la vigilancia del trabajador de Jesús, en ese particular.

Quien no guarde los oídos puede ser utilizado por la justicia. Quien no vigile sobre la lengua puede convertirse fácilmente en vaso de la calumnia, por la liviandad o por la preocupación de sensacionalismo. Quien no ilumine los ojos puede convertirse en vaso de falsos juicios. Quien no se oriente por el espíritu cristiano, será naturalmente conducido a muchos disparates y perturbaciones, aun cuando la buena fe le inspire propósitos loables.

Los hombres y mujeres, de todas las condiciones, están siendo usados por las fuerzas de la vida, diariamente. Mientras tanto, la mayoría constituye material utilizado por la malicia y por el vicio. Vasos frágiles e imperfectos, se funden y se refunden todos los días, en medio de experiencias inquietantes y rudas.

Rarísimos son aquellos que, con el interior purificado pueden servir al Señor, habilitados para las buenas obras. Muchos ambicionan esa posición elevada, pero no se cuidan de sí mismos. Reclaman la situación de los grandes misioneros, exigen la luz divina, claman por revelaciones avanzadas, sin embargo, en cosa alguna se esfuerzan por liberarse de las bajas pasiones.

Observa, pues, amigo, a qué principios sirves en la lucha diaria. Recuerda que el vaso de tus posibilidades es sagrado. ¿Qué fuerzas de la vida lo utilizan? No olvides, por encima de todo, que necesitamos de la legítima purificación, a fin de que seamos vasos para la honra e idóneos para uso del Señor.

EN COMBATE

“Aún no resististeis hasta la sangre, combatiendo contra el pecado.” - Pablo (Hebreos, 12:4)

El discípulo sincero del Evangelio vive en silenciosa batalla en el campo del corazón.

Al principio, se desenvuelve el combate en un clima sereno, al dulce calor del hogar tranquilo. Los árboles de los afectos domésticos amenizan las experiencias más fuertes. Esperanzas de todos los matices pueblan el alma, no siempre atenta a la realidad.

Hablan los ideales en voz alta, en lo relativo a las victorias venideras.

El luchador domina los elementos materiales y, no pocas veces, supone consumado el verdadero triunfo.

Entretanto, el trabajo continúa.

La victoria del espíritu exige esfuerzo integral del combatiente. Y, más tarde, el luchador cristiano es convidado a testimonios más ásperos, obligado a batalla solitaria, sin el recurso de otros tiempos. La ley de renovación le modifica los derroteros, le sustrae las ilusiones, le selecciona los ideales. La muerte le desbasta el círculo íntimo, y lo somete al aislamiento, lo obliga a la meditación. El tiempo impone retiradas, cambios y rectificaciones...

Muchos se desaniman ante el intenso trabajo y vuelven, temerosos, a las sombras inferiores.

Sin embargo, los que perseveren, experimentarán la resistencia hasta la sangre. Pero, no se trata aquí, de la sangre de las matanzas y sí de los lazos consanguíneos que no solamente unen el espíritu al vaso corporal, sino que también lo enlazan a los compañeros del séquito familiar. Cuando el aprendiz recibiere el dolor en sí mismo, comprendiendo su santificante finalidad, y ejerciere la justicia o la aceptare, por encima de todas las preocupaciones de los hilos consanguíneos, estará alcanzando la sublime posición de triunfo en el combate contra el mal.

¿CÓMO SUFRES?

“Mas si padece como cristiano, no se avergüence, antes glorifique a Dios en esta parte.” – Pedro (I Pedro, 4:16)

No basta sufrir simplemente para ascender a la gloria espiritual. Es indispensable saber sufrir, extrayendo las bendiciones de luz que el dolor ofrece al corazón sediento de paz.

Mucha gente padece, pero ¿cuántas criaturas se complican, angustiosamente, por no saber aprovechar las pruebas rectificadoras y santificantes?

Vemos a los que reciben la calumnia, transmitiéndola a los vecinos; a los que son atormentados por acusaciones, arrastrando a compañeros a las perturbaciones que los asaltan; y los que pretenden eliminar enfermedades reparadoras, con la desesperación.

¿Cuántos corazones se transforman en pozos envenenados de odio y amargura, porque pequeños sufrimientos invadieron su círculo personal? No son pocos los que tocan a la puerta de la desilusión, de la incredulidad, de la desconfianza o de la revuelta injustificable, en razón de algunos caprichos desatendidos.

¿Sería útil sufrir con la voluptuosidad de extender el sufrimiento a los otros? ¿No será agravar la deuda el acto de agresión al acreedor, solamente porque resolvió él llamarnos a presentar cuentas?

Raros hombres aprenden a encontrar el provecho de las tribulaciones. La mayoría menosprecia la oportunidad de la edificación y, sobre todo, agrava los propios débitos, confundiendo al prójimo y precipitando a compañeros en zonas perturbadas del camino evolutivo.

Todas las criaturas sufren en el crisol de las experiencias necesarias, pero bien pocos espíritus saben padecer como cristianos, glorificando a Dios.

ESTEMOS EN LO CIERTO

**“Pondré mis leyes en sus corazones y las
escribiré en sus entendimientos.” - Pablo
(Hebreos, 10:16)**

Las instituciones humanas viven llenas de códigos y escrituras.

Los templos permanecen repletos de prédicas.

Los núcleos de naturaleza religiosa alinean innumerables compendios doctrinarios.

El Evangelio, entretanto, no oculta los propósitos del Señor.

Toda la movilización de páginas rasgables, portadoras de vocabulario restringido, representa una fase de preparación espiritual, porque el objetivo de Jesús es inscribir sus enseñanzas en nuestros corazones e inteligencias.

Podremos adherirnos de modo intelectual a los más variados programas religiosos, navegar a pleno mar de la filosofía y de la cultura meramente verbalista, con cierto provecho a nuestra posición individual, delante del prójimo; pero, delante del Señor, el problema fundamental de nuestro espíritu es la transformación hacia el bien, con la elevación de todos nuestros sentimientos y pensamientos.

El Maestro escribirá en las páginas vivas de nuestra alma sus estatutos divinos.

Tengamos la certeza de eso. Y no estemos menos convencidos que, a veces, por acrecimiento de misericordia nos concederá los recursos precisos para que lavemos nuestro libro íntimo con el agua de las lágrimas, eliminando los residuos de ese trabajo con el fuego purificador del sufrimiento.

SIN DESFALLECIMIENTOS

“Y no nos cansemos de hacer bien, porque a su tiempo segaremos, si no hubiésemos desfallecido.” – Pablo (Gálatas, 6:9)

Hay personas de singulares disposiciones en materia de servicio espiritual.

Hoy creen, mañana no creen.

Ayer, se entregaron a las manifestaciones de la fe; entretanto, porque alguien no se curó de una jaqueca, hoy pierden la confianza, entrando en el largo camino de la negación.

Inician la práctica del bien, pero si aparece una espina de ingratitud de los semejantes, proclaman la falencia de los propósitos de hacer el bien.

Son niños que ensayen el aprendizaje en la escuela de la vida, distantes aún de la posición de discípulos del Maestro.

El ejercicio del amor verdadero no puede cansar el corazón.

Quien ama en Cristo Jesús, guarda confianza en Dios, es feliz en la renuncia y sabe alimentarse de esperanza.

El mal extenúa el espíritu, pero el bien robustece siempre.

Por tanto, el aprendiz sincero del Evangelio, no se irrita ni conoce la derrota en las luchas edificantes, porque comprende el desánimo como pérdida de oportunidad.

Los problemas del alma no se circunscriben a cuestiones de días y semanas terrestres, ni pueden vivir condicionados a deficiencias físicas. Son problemas de vida, renovación y eternidad.

No te canses, pues, de hacer el bien, convencido, sin embargo, que la cosecha, por tus propias manos, depende de proseguir en el sacerdocio del amor, sin desfallecimientos.

EXAMINAD

**“Si alguno viene a vosotros y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa.”
- Juan (II Juan, 10)**

Es razonable que nadie impida al prójimo hablar lo que mejor le parezca; pero, es justo, que el oyente, sólo retenga lo que reconozca útil y mejor. En todos los sectores de la actividad terrestre y en el curso de todas las tareas diarias, se aproximan hermanos que vienen a vosotros, trayendo sus mensajes personales.

Ese es portador de invitación a la insumisión, aquel otro es un vaso de quejas enfermizas.

Es indispensable que la casa terrestre no se abra a los fantasmas.

¿Tocan a la puerta?

La prudencia aconseja vigilancia.

El corazón es un recinto sagrado, donde no se deben amontonar residuos inútiles.

Es imprescindible examinar las solicitudes que avanzan.

Si el mensajero no trae las características de Jesús, conviene negarle guarida, de carácter absoluto, en la casa íntima, proporcionándole, sin embargo, algo de las preciosas bendiciones que conseguimos recoger, en nuestro beneficio, en el sector de las utilidades esenciales.

Innumerables curiosos que se aproximan a los discípulos sinceros nada poseen, más allá de la presunción de buenos habladores. Son, casi siempre, grandes necesitados bajo la vestidura falaz de la teoría. Sin herirlos, ni escandalizarlos, es justo que el aprendiz devoto de Jesús les prodigue algún motivo de reflexión seria. De ese modo, los que creen conducir un estandarte de supuesta redención pasan a conducir consigo el mensaje del bien, verdaderamente salvador.

El problema no es informarnos si alguien está hablando en nombre del Señor; ante todo, importa saber si el portador posee algo de Cristo para dar.

SOMOS DE DIOS

“Nosotros somos de Dios.” – Juan (1 Juan, 4:6)

No nos es fácil desatarnos de los lazos que nos imantan a los círculos menos elevados de la vida, a los cuales aún pertenecemos.

A pesar de nuestro origen divino, mil obstáculos nos prenden a la idea de separación de la Paternidad Celeste.

Nos ciega el orgullo para la universalidad de la vida.

El egoísmo nos encarcela el corazón.

La vanidad nos levanta falso trono de favoritismo indebido, buscando alejarnos de la realidad.

La ambición inferior nos precipita en abismos de fantasía destructora.

La revuelta forma tempestades de odio sobre nuestras cabezas.

La ansiedad nos hiere el ser.

Y creemos, en esos viejos conflictos del sentimiento, que pertenecemos al cuerpo físico, al prejuicio multiseccular y a la convención humana, cuando todo el patrimonio material que nos circunda representa un préstamo de fuerzas y posibilidades para descubrirnos a nosotros mismos, enriqueciendo el propio valor.

La mayoría de las veces, nos demoramos en la sombría cárcel de la separación, distraídos, engañados, ciegos...

Sin embargo, la vida continúa, segura y fuerte, sembrando luz y oportunidad para que no nos falten los frutos de la experiencia.

Poco a poco, el trabajo y el dolor, la enfermedad y la muerte, nos obliga a reconsiderar los caminos recorridos impulsándonos la mente hacia zonas más altas. No desprecies, pues, a esos admirables compañeros de la jornada humana, porque, casi siempre, en compañía de ellos, es que llegamos a comprender que somos de Dios.

SUSTITUTOS

**“Para alumbrar a los que están sentados en las tinieblas y sombra de muerte, a fin de dirigir a nuestros pies por el camino de la paz.”
- (Lucas, 1:79)**

Es razonable que el administrador distribuya servicio y responda por el cargo que le fue confiado.

Detentando cargos de dirección, el hombre es obligado a movilizar gran número de personas.

Orientará a sus dirigidos, educará a los subalternos, les dará responsabilidades que esmeren sus cualidades en el servicio.

Aún así, el dirigente no se exime de las obligaciones fundamentales que le corresponden.

Si hubo alguien que podía movilizar a millones de sustitutos para el testimonio en la Corteza de la Tierra, ese alguien fue Jesús.

El Señor disponía de legiones de emisarios esclarecidos, mantenía incalculables reservas a su disposición. Podía enviar al mundo iluminados filósofos para renovar el entendimiento de las criaturas, médicos sabios que curasen a los ciegos y a los locos, conductores fieles, dedicados a enseñar el camino del bien.

En verdad, desde los comienzos de la organización humana el Señor moviliza a la multitud de sus cooperadores directos, a nuestro favor, porque, en sus mismas manos divinas reúne el poder administrativo de la Tierra, pero urge reconocer que, en el momento juzgado esencial para el lanzamiento del Reino de Dios entre los hombres, Él mismo, vino, a nuestra esfera de sombras y conflictos.

No envió sustitutos o representantes. Asumió la responsabilidad de sus enseñanzas y, Él sólo, soportó la incompreensión y la cruz.

Inspirémonos en Cristo y atendamos personalmente al deber que la vida nos confiere.

Ante el Supremo Señor, todos tenemos un servicio intransferible.

SEPAMOS CONFIAR

**“No andéis, pues, inquietos.” - Jesús
(Mateo, 6:31)**

Jesús no recomienda la indiferencia o la irresponsabilidad.

El Maestro, que recomendó la oración y la vigilancia, no aconsejaría la despreocupación del discípulo ante el acerbo del servicio a hacer.

Sólo pide combate al pesimismo crónico.

Claro que nos hallamos en pleno trabajo, en la labor del Señor, dentro del orden natural que nos rige la propia ascensión.

Aún nos enfrentaremos, innumerables veces, con pantanos y desiertos, zarzales y animales dañinos.

Sin embargo, urge renovar actitudes mentales en la obra a que fuimos llamados, aprendiendo a confiar en el Poder Divino que nos dirige.

En todos los lugares, hay derrotistas intransigentes.

Se sienten en las tinieblas, aun cuando el Sol fulgura en el zenit.

Divisan bajezas en las criaturas más dignas.

Marchan atormentados por desconfianzas atroces. Y, por sospechar de todos, acaban inhabilitados para la colaboración productiva en cualquier servicio noble.

Afligidos y angustiados, se desorientan a propósito de mínimos obstáculos, se inquietan, con respecto a frivolidades de toda suerte y, si pudiesen, pintarían el firmamento de color negro para que la mente del prójimo comparta su sombra interior.

En la Tierra, Jesús es el Señor que se hizo siervo de todos, por amor, y ha esperado nuestra contribución en el taller de los siglos. La confianza de Él comprende las eras, su experiencia abarca las civilizaciones, su devoción nos envuelve hace milenios...

En razón de eso, ¿cómo adoptar la aflicción y la desesperación, si apenas estamos comenzando a ser útiles?

MIRAD

“Mirad, vigilad y orad, porque no sabéis cuando llegará el tiempo.” – Jesús (Marcos, 13:33)

Marcos registra una determinada fórmula de vigilancia que revela nuestra necesidad de movilizar todos los recursos de reflexión y análisis.

Muchas veces, nos referimos al “orad y vigilad”, sin meditar en su complejidad y en su extensión.

Es indispensable guardar los caminos, es imprescindible movilizar posibilidades en la esfera del bien, entretanto, esa actitud nos dispensa la visión con el entendimiento.

El imperativo colocado por Marcos, al principio de la recomendación de Jesús, es de un valor inestimable a la perfecta interpretación del texto.

Es preciso mirar, esto es, examinar, ponderar, reflexionar, para que la vigilancia no sea incompleta.

Discernir es la primera preocupación del centinela.

El discípulo no puede guardarse, defendiendo simultáneamente el patrimonio que le fue confiado, sin extender la visión psicológica, buscando comprender la intimidad esencial de las situaciones y de los acontecimientos.

Mirad el trabajo de cada día.

El servicio común permanece repleto de mensajes provechosos.

Fijaos en las relaciones afectivas. Son portadoras de consejos necesarios para vuestro equilibrio.

Fiscalizad las circunstancias observando las sugerencias que os lanzan al centro del alma.

En la casa sentimental, se reúnen las inteligencias invisibles que intercambian impresiones con vosotros, en silencio.

Deteneos en la apreciación del día; sus campos constituidos de horas y minutos son depósitos de profundas enseñanzas y valiosas oportunidades.

¡Mirad, reflexionad, ponderar!... Después de eso, naturalmente, estaréis listos para vigilar y orar con provecho.

TÚ Y TU CASA

“Y ellos dijeron: Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa” - (Hechos, 16:31)

Generalmente, encontramos discípulos nuevos del Evangelio que se sienten profundamente aislados en el centro doméstico, en el capítulo de la creencia religiosa.

Se afirman absolutamente solos, bajo el punto de vista de la fe. Y algunos, desapercibidos del examen serio, tocan a destacar el endurecimiento y la indiferencia de los corazones que los rodean. Ese reporta la burla de la que es víctima, aquel otro acusa a familiares ausentes.

Tal incompreensión, mientras tanto, demuestra que los principios evangélicos adornan su zona intelectual, sin comprenderles lo íntimo del corazón.

¿Por qué destacar los defectos ajenos, olvidando, por nuestra parte, el buen trabajo de rectificación que nos corresponde, en el plan de la bondad oculta?

El consejo apostólico es profundamente expresivo.

El en hogar donde exista una sola persona que crea sinceramente en Jesús y se adapte a sus enseñanzas redentoras, pavimentando el camino por los patrones del Maestro, permanecerá ahí la suprema claridad hacia la elevación.

No importa que los progenitores sean incrédulos, que los hermanos se demoren endurecidos, ni interesan la ironía, la discusión áspera o la observación ingrata.

El cristiano, donde estuviere, se encuentra en el domicilio de sus convicciones regeneradoras, para servir a Jesús, perfeccionándose e iluminándose.

Basta una estaca para sujetar muchos ramos.

Una piedra angular equilibra un edificio entero.

No te olvides, pues, de que si verdaderamente aceptas a Cristo y te amoldas a Él, serás conducido hacia Dios, tú y tu casa.

EN LA INTIMIDAD DEL SER

“Vosotros, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de entrañas de misericordia, de benignidad, humildad, mansedumbre, entereza.” – Pablo (Colosenses, 3:12)

Indudablemente, no basta apreciar los sentimientos sublimes que el Cristianismo inspira.

Es indispensable revestirnos de ellos.

El apóstol no se refiere a raciocinios.

Habla de profundidades.

El problema no es de puro juicio.

Es de intimidad del ser.

Alguien que posea la ruta cierta del camino a seguir, entre multitudes que la desconocen, es naturalmente elegido para administrar la orientación.

Obteniendo tan copioso bagaje de conocimientos, acerca de la eternidad, el cristiano legítimo es la persona indicada para proteger los intereses espirituales de sus hermanos en la jornada evolutiva; no obstante, es preciso recomendar el testimonio, que no se limita a la fraseología brillante.

Es imprescindible que estemos revestidos de “entrañas de misericordia” para enfrentarnos, con éxito, a los peligros crecientes del camino.

El mal, para ceder terreno, sólo comprende el lenguaje del verdadero bien; el orgullo, a fin de renunciar a sus propósitos infelices no entiende sino de humildad. Sin espíritu fraternal, es imposible romper el oscuro estilete del egoísmo. Es necesario dilatar siempre las reservas del sentimiento superior, de modo que avancemos, victoriosamente, en la senda de la ascensión.

Los espiritistas sinceros encontrarán luminoso estímulo en las palabras de Pablo. Algunos compañeros por cierto observarán en nuestro recuerdo un simple problema de la fe religiosa, según su modo de entender; sin embargo, entre explotar el psíquico por algunos días y solucionar cuestiones para la vida eterna, hay siempre una considerable diferencia.

DE CORAZÓN PURO

**“Amaos ardientemente unos a los otros
con un corazón puro” - (I Pedro, 1:22)**

Espíritus livianos, en todas las ocasiones, dieron preferencia a las interpretaciones maliciosas de los textos sagrados.

El “amaos los unos a los otros” no escapó al sistema despreciativo. La esfera superior, entretanto, siempre observa la ironía a cuenta de la ignorancia o infantilismo espiritual de las criaturas humanas.

La sublime exhortación constituye una poderosa síntesis de las teorías de fraternidad.

El entendimiento y la aplicación del “amaos” es la meta luminosa de las luchas en la Tierra. Y a cuantos experimentan dificultad, para interpretar la recomendación divina tenemos la adecuada indicación de Pedro, cuando se refiere al corazón puro.

Los hombres conocen algunos rayos del amor que no pasan de ser ristas fugitivas, luciendo a través de las murallas de los intereses egoístas, porque la mayoría de las aproximaciones de criaturas, en la Corteza de la Tierra, se inspiran en móviles oscuros y mezquinos, en el terreno de los placeres fáciles o de las asociaciones que se dirigen hacia el lucro inmediato.

El amor al que se refiere el Evangelio es ante todo, la divina disposición de servir con alegría, en la ejecución de la voluntad del Padre, en cualquier región donde permanezcamos.

Mucha gente afirma que ama, sin embargo, inmediatamente que surgen circunstancias contra sus caprichos, pasa a detestar.

Gestos que aparentaban dedicación se convierten en actitudes del interés inferior.

Sin embargo, en lo relativo al asunto, el apóstol suministra la nota dominante de la lección. Amémonos unos a los otros, ardientemente, pero guardemos el corazón elevado y puro.

MIGAJA Y MULTITUD

“Y habiendo mandado que la multitud se sentase sobre la hierba, tomó los cinco panes y los dos peces y, levantando los ojos al cielo, los bendijo, y, partiendo los panes, los dio a los discípulos, y los discípulos a la multitud.”- (Mateo, 14:29)

Ante el cuadro de la legión de hambrientos, cualquier hombre experimentaría un invencible desánimo, considerando la migaja de cinco panes y de dos peces.

Pero Jesús emplea el inmenso poder de la bondad y consigue alimentar a todos sobradamente.

Sin embargo, observemos que para eso toma a los discípulos como intermediarios.

La enseñanza del Maestro, en ese pasaje del Evangelio, es altamente simbólica.

Quien identifica el aluvión de males creados por nosotros mismos, por los desvíos de la voluntad, en la sucesión de las existencias sobre la Tierra, le cuesta creer en la migaja de bien que poseemos en nosotros mismos.

Aquí, corroe la enfermedad, más allá, surge el fracaso, allí, se manifiestan expresiones múltiples del crimen.

¿Cómo atender las complejas necesidades?

Muchos aprendices retroceden ante la extensión de la tarea.

Entretanto, si el servidor fiel camina hacia el Señor, la migaja de sus luces es inmediatamente suplida por el milagro de la multiplicación, ya que Jesús, considerando la oferta espontánea, le bendecirá el pequeñito patrimonio, permitiéndole alimentar a verdaderas multitudes de necesitados.

La masa de nuestras imperfecciones aún es invaluable.

En todas partes, hay molestias, deficiencias, ruinas...

Es imprescindible, no obstante no dudar de nuestras posibilidades mínimas en el bien.

Nuestras migajas de buena voluntad en la disposición de servir santamente, cuando son conducidas a Cristo, valen más que toda la multitud de males del mundo.

OBJETIVO DE LA FE

“Alcanzando el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas” – Pedro (I Pedro, 1:9)

“¿Cuál es la finalidad del esfuerzo religioso en mi vida?” Esta es la interrogación que todos los creyentes deberían formularse, frecuentemente.

El trabajo de auto-esclarecimiento abriría nuevos caminos para la visión espiritual.

El hombre raramente se entrega a los ejercicios de la fe, sin espíritu de comercialismo inferior. Comúnmente, se busca el templo religioso con la preocupación de ganar alguna cosa para el día que pasa.

Sin embargo, raciocinios elementales conducirán el pensamiento a más vastas consecuencias.

¿Sería la creencia tan solo un recurso para facilitar ciertas operaciones mecánicas o rudimentarias de la vida humana? ¿Los irracionales, a caso, no las realizan sin mayor esfuerzo? alimentarse, reposar, multiplicar la especie, son características de los propios seres embrionarios.

El objetivo de la fe constituye una realización más profunda. Es la “salvación” a la que se refiere la Buena Nueva, por excelencia. Y como Dios no nos creó para la perdición, salvar, según el Evangelio, significa elevar, purificar y sublimar, intensificándose la iluminación del espíritu para la Vida Eterna.

No hay victoria de la claridad sin expulsión de las sombras, ni elevación sin el sudor de la subida.

La fe representa la brújula, la lámpara encendida orientándonos los pasos a través de los obstáculos; localizarla en los ángulos inferiores del camino es un engaño de consecuencias desastrosas, porque, muy lejos de ser una palanca de impulso hacia abajo, es la liberadora conduciendo hacia la cima.

CANES Y COSAS SANTAS

**“No deis a los canes las cosas santas.” –
Jesús (Mateo, 7:6)**

Cierto, el cristiano sincero nunca se recordará de transformar un can en partícipe del servicio evangélico, pero, de ningún modo, Jesús se refería a la forma literal de la sentencia.

El Maestro, al lanzar el llamado, buscaba preservar amigos y compañeros del futuro contra los peligros de la imprevisión.

El Evangelio no es solamente un escriño celestial de sublimes palabras. Es también el tesoro de dádivas de la Vida Eterna.

Si es reprobable el desperdicio de recursos materiales, ¿qué no decir de la irresponsabilidad en la aplicación de las riquezas sagradas?

El aprendiz inquieto en la comunicación de dones de la fe a las criaturas de proyección social, puede ser generoso, pero no deja de ser imprudente. Porque un hombre esté bien trajeado o posea una gran expresión de dinero, porque se muestre revestido de autoridad temporal o se destaque en las posiciones representativas de la lucha terrestre, esto no demuestra la habilitación de él para con el banquete de Cristo.

El Señor recomendó que el Evangelio fuese predicado por todas las criaturas; entretanto, con semejante advertencia no espera que los seguidores se conviertan en demagogos contumaces, sino en manantiales activos del bien a todos los seres, a través de acciones y enseñanzas, cada cual en la posición que le es debida.

Nadie se confíe a la aflicción para imponer los principios evangélicos, en ese o en aquel sector de la experiencia que le corresponda. Muchas veces, lo que parece amor no pasa de ser un simple capricho, y, en consecuencia de esa liviandad, es que encontramos verdaderas manadas de canes avanzando en cosas santas.

ESCRITURA INDIVIDUAL

**“Pero todo esto aconteció para que se cumplan las escrituras de los profetas. Entonces, todos los discípulos, dejándolo, huyeron.”
- (Mateo, 26:56)**

El designio a cumplirse no constituye característica exclusiva para la misión de Jesús.

Cada hombre tiene el mapa de la orden divina en su existencia, a ser ejecutado con la colaboración del libre albedrío, en el gran plano de la vida eterna.

Por encima de todo, en ese sentido, toda criatura pensante no ignora que será obligada a restituir el cuerpo de carne a la tierra.

Los compañeros menos educados saben, intuitivamente, que comparecerán al examen de cuentas, que enfrentarán paisajes nuevos, más allá del sepulcro, y que recogerán, ni más ni menos, el fruto de las acciones que hubiesen sembrado en el seno de la colectividad terrestre.

Pero, en general, al hombre común ese contrato, entre el siervo encarnado y el Supremo Señor, parece extremadamente impreciso, y prosigue, experiencia afuera, de rebeldía en rebeldía.

Ni por eso, mientras tanto, la escritura, principalmente en los párrafos de la muerte, dejará de cumplirse. El momento, en ese particular, surge siempre, con múltiples pretextos, para que las determinaciones divinas se realicen. En el minuto exacto, familiares y amigos viajan en diferentes mundos de ideas, a través de las esferas de la perplejidad, del temor, de la tristeza, de la duda, de la interrogación dolorosa y, a pesar de la presencia tangible de los amigos, en el cuadro de testimonios que les corresponden, el hombre atiende, solito, en el capítulo de la muerte, a los ítems de la escritura grabada por él mismo, delante de las Leyes del Eterno Padre, con sus hechos, palabras y pensamientos de cada día.

PROCUREMOS

“Sino, viniendo él a Roma, con mucho cuidado me buscó y me halló.” – Pablo (II Timoteo, 1:17)

Todas las sentencias evangélicas permanecen signadas de belleza y sabiduría ocultas. Es indispensable meditar, establecer comparaciones en el silencio y examinar experiencias diarias para descubrirlas.

Aquel gesto de Onesíforo, buscando al apóstol de los gentiles, con mucho cuidado, en la vida cosmopolita de Roma, representa una enseñanza expresiva sobre manera.

La anotación de Pablo designa una ocurrencia común, mientras el aprendiz aplicado traspasa la letra para recoger la lección.

¿Cuántos amigos de Jesús y de sus seguidores directos esperan su visita, ansiosos e impacientes? ¿Cuántos se fijan, inmóviles, en las actitudes inferiores, reclamando providencias que nada hicieron por merecer? Hay creyentes presuntuosos que buscan imponerse a los Designios Divinos, formulando exigencias al Cielo, en espinosas bases de ingratitud y atrevimiento. Otros se lamentan, amargados, como voluntariosos niños, porque el Maestro no atendió sus deseos absurdos e inconvenientes.

Raros son los aprendices que reflexionan en los inmensos servicios de Cristo.

¿Estaría Jesús, vagando y desocupado, en la Vida Superior? ¿Respirarían sus colaboradores directos, estancados en la ociosidad beatífica?

Es imprescindible meditar en la magnitud del trabajo y de la responsabilidad de los obreros divinos.

Recordemos que si Pablo era un prisionero a los ojos del mundo, era ya, en sí mismo, una luz viva y brillante, en la condición de apóstol que el propio Jesús glorificara. No era, ante la visión del espíritu, un encarcelado, sino un triunfador. A pesar de eso, Onesíforo, a fin de verlo, fue constreñido a buscarlo con mucho cuidado.

Semejante impositivo aún es el mismo, en los días que pasan. Para encontrar a Jesús y a aquellos que lo sirven, se hacen menester buscarlos celosamente.

DIVERSIDAD

“Y hay diversidad de operaciones, pero es el mismo Dios el que opera todo en todos.” – Pablo (I Corintios, 12:6)

Sin luz espiritual en el camino, la experiencia humana se reduce a un complicado cúmulo de acontecimientos sin sentido.

Distantes de la comprensión legítima, los corazones débiles interpretan la vida como mera penitencia expiatoria, mientras los cerebros fuertes observan en la lucha planetaria una desordenada aventura.

La peregrinación terrena, mientras tanto, es un curso preparatorio para la vida más completa. Cada espíritu se ejercita en el campo que le es propio, aumentando la herencia celestial de la que es portador.

La Fuerza Divina está operando en todas las inteligencias y llevando la administración a todos los trabajos.

Es indispensable, por tanto, que guardemos mucho sentido de la obra evolutiva que preside a los fenómenos del Universo.

No existen milagros de construcción repentina en el plano del espíritu, como es imposible improvisar, de un momento para otro, cualquier edificación de valor en la zona de la materia.

El servicio de iluminación de la mente, con la elevación de los sentimientos y raciocinios, demanda tiempo, esfuerzo, paciencia y perseverancia. De ahí, la multiplicidad de caracteres perfeccionándose en el taller de la vida humana, y, por esto mismo, la organización de clases, patrones y esferas en número infinito, obedeciendo a los designios superiores del Padre.

Es necesario, pues, que los discípulos de la Nueva Revelación, con el Cristianismo revivido, aprendan a valorar la oportunidad del servicio de cada día, sin inquietudes, sin aflicciones. Todas las actividades terrestres, encuadradas en el bien, proceden de la orientación divina que aprovecha a cada uno de nosotros, según la posición en que nos colocamos en la ascensión espiritual.

Toda tarea respetable y edificante es de origen celestial. Cada hombre y cada mujer, pueden funcionar en campos diferentes, no obstante, en circunstancia alguna deberemos olvidar la indiscutible afirmación de Pablo, cuando asevera que “hay diversidad de operaciones, pero es el mismo Dios el que opera todo en todos.”

EL VERBO ES CREADOR

“Mas lo que sale de la boca procede del corazón, y eso contamina al hombre.” - Jesús (Mateo, 15:18)

La enseñanza del Maestro, bajo el velo de la letra, consolida una profunda advertencia.

Es indispensable cuidar del corazón, como fuente emisora del verbo, para que no perdamos la armonía necesaria para la propia felicidad.

Lo que sale del corazón y de la mente, por la boca es fuerza viva y palpitante, envolviendo a la criatura para el bien o para el mal, conforme sea la naturaleza de la emisión.

De lo íntimo de los tiranos, por ese proceso, se origina el movimiento inicial de la guerra, movimiento destructor que torna a la fuente en que nació, lanzando ruina y aniquilamiento.

Del alma de los calumniadores, parten los venenos que atormentan a los espíritus generosos, pero que vuelven a ellos mismos, oscureciendo sus horizontes mentales.

Del corazón de los malos, de los perversos y de los inconscientes, surgen, a través del poder verbalista, los comienzos de las caídas, de los crímenes y de las injusticias; mientras tanto, tales elementos perturbadores no se articulan de balde para los propios autores, porque llegará el día en que recogerán los frutos amargos de la actividad infeliz a la que dieron impulso.

También, de este modo, la alegría sembrada, por intermedio de las palabras saludables y constructivas, crece y da sus resultados.

El auxilio fraterno esparce infinitos beneficios, y el perfume del bien, aun cuando sea derramado sobre los ingratos, vuelve en ondas invisibles a consolar la frente que lo emite.

El acto de bondad es invariable fuerza benéfica, alrededor de quien lo moviliza. Existen imponderables energías edificantes, en torno de aquellos que mantienen viva la llama de los buenos pensamientos iluminando el camino ajeno, por intermedio de la conversación estimulante y sana.

Los elementos psíquicos que exteriorizamos por la boca son potencias actuantes en nuestro nombre, factores activos que actúan bajo nuestra responsabilidad, en plano próximo o remoto, de acuerdo con nuestras intenciones más secretas.

Es imprescindible vigilar la boca, porque el verbo crea, insinúa, modifica, renueva o destruye, como dilatación viva de nuestra personalidad.

En todos los días y acontecimientos de la vida, recordemos con el Divino Maestro de que la palabra procede del corazón y, por eso mismo, contamina al hombre.

LA ORACIÓN RECOMPONE

“Y, habiendo orado, tembló el lugar en que estaban reunidos.” - (Hechos, 4:31)

En la construcción de simples casas de piedra, hay que gastar un gran esfuerzo para ajustar un ambiente apropiado, removiendo obstáculos, eliminando asperezas y mejorando el paisaje.

Cuando no es necesario adaptar el suelo escabroso, es preciso, muchas veces, aterrizar el terreno, formando un lecho seguro, a la base fuerte.

Variados instrumentos se movilizan, metódicos, en el trabajo renovador.

Así también en la esfera de reflexiones de orden espiritual.

En la edificación de la paz doméstica, en la realización de los ideales generosos, en el desdoblamiento de servicios edificantes, urge asignar recursos al entendimiento general, con vistas a la cooperación, a la responsabilidad, al proceso de acción imprescindible. Y, sin duda, la oración representa la indispensable palanca renovadora, removiendo obstáculos en el terreno duro de la incomprensión.

La oración es divina voz del espíritu en el gran silencio.

No siempre se caracteriza por sonidos articulados en el concepto verbal, sino, invariablemente, es un prodigioso poder espiritual comunicando emociones y pensamientos, imágenes e ideas, deshaciendo obstáculos, limpiando caminos, reformando concepciones y mejorando el cuadro mental en el que nos corresponde cumplir la tarea a la que el Padre nos convoca.

Muchas veces, en las luchas del discípulo sincero del Evangelio, la mayoría de los aliados no entienden sus propósitos, los amigos desertan, los familiares ceden a la sombra y a la ignorancia; entretanto, basta que él se refugie en el santuario de la propia vida, emitiendo las energías benéficas del amor y de la comprensión, para que se mueva, en dirección a las alturas, el lugar en que se demora con los suyos.

La oración tejida de inquietud y angustia no puede distanciarse de los gritos desordenados de quien prefiere la aflicción y se entrega a la imprudencia, pero la oración tejida de armonía y confianza es fuerza imprimiendo dirección a la brújula de la fe viva, recomponiendo el paisaje en que vivimos y trazando rumbos nuevos hacia la vida superior.

EN LOS DIVERSOS CAMINOS

**“Examinaos a vosotros mismos, si permanecéis en la fe; probaos a vosotros mismos.”
– Pablo (II Corintios, 13:5)**

Diversas actitudes caracterizan a los estudiantes de la Nueva Revelación.

Los que permanecen en la periferia de las enseñanzas exigen nuevas demostraciones fenomenológicas, sin ningún propósito de renovación interior.

Aquellos que se demoran en la región de la letra estiman las largas discusiones sin provecho real.

Cuantos prefieren la zona del sectarismo, se lanzan a las luchas de separatismos lamentables y crueles.

Todos los que se estancan en el “yo” duermen en los petitorios interminables, y reclaman protección indebida, aplazando la solución de sus problemas espirituales.

Los que se retardan en los desvaríos personales, ruegan alimento para las emociones, manteniéndose distantes del entendimiento legítimo.

Los que se lanzan a las corrientes negativas gastan el tiempo en lamentaciones estériles.

Aquellos que se consagran al culto de la duda pierden la oportunidad de la edificación divina en sí mismos, convirtiéndose en críticos gratuitos, hiriendo a compañeros y destrozando reputaciones.

Cuantos se prenden a la curiosidad crónica, deambulan aquí y allí, lejos del trabajo serio y necesario.

Aquellos que se regocijan en la presunción, pasan el día azotando al prójimo, como si fuesen inquisidores permanentes del mundo.

Pero, los que viven en la fe, acompañan a Cristo, se examinan a sí mismos y experimentan a sí mismos, convirtiéndose en reflectores de la Voluntad Divina, cumpliéndola, fielmente en el camino de la redención.

¿QUÉ HACEMOS DEL MAESTRO?

“¿Qué haré entonces de Jesús, llamado Cristo?” – *Pilatos (Mateo, 27:22)*

En los círculos del Cristianismo, la pregunta de Pilatos se reviste de singular importancia.

¿Qué hacen los hombres del Divino Maestro, en el campo de las lecciones diarias?

Los ociosos intentan convertirlo en oráculo que les satisfaga las aspiraciones de menor esfuerzo.

Los vanidosos procuran transformarlo en galería de exhibición, a través de la cual hagan un muestrario permanente de personalismo inferior.

Los insensatos lo llaman indebidamente a la aprobación de los desvaríos a que se entregan, a distancia del trabajo digno.

Grandes filas le siguen los pasos, como la multitud que lo acompañaba, en el monte, sólo interesada en la multiplicación de los panes para el estómago.

Otros se acercaban a Él, buscando atormentarlo, a la manera de los fariseos maliciosos, rogando “señales del cielo”.

Numerosas personas lo visitaban, imitando el gesto de Jairo, suplicando bendiciones, creyendo y no creyendo al mismo tiempo.

Diversos aprendices oyen sus enseñanzas, al modo de Judas, examinando el mejor camino de establecer la propia dominación.

Varios corazones lo observan, con simpatía, pero, en la primera oportunidad, indagan, como la esposa de Zebedeo, sobre la distribución de los lugares celestes.

Otros muchos lo acompañan, por el camino, al igual que innumerables admiradores de Galilea, que estimaban sus beneficios y sus consuelos, detestando sus verdades cristalinas.

Algunos imitan a los beneficiarios de Judea, a levantar manos unidas en el instante de las ventajas, y a huir, desfavoridos, del sacrificio y del testimonio.

Gran mayoría procede a la moda de Pilatos que pregunta solamente en cuanto a lo que hará de Jesús y acaba crucificándolo, con despreocupación del deber y de la responsabilidad.

Pocos imitan a Simón Pedro que, después de la iluminación en el Pentecostés, lo sigue sin condiciones hasta la muerte.

Raros son los que copian a Pablo de Tarso que se levanta, en la senda del error, colocándose

camino de la redención, a través de impedimentos y pedradas, hasta el fin de la lucha.

No basta hacer de Cristo Jesús el benefactor que cura y protege. Es indispensable transformarlo en patrón permanente de la vida, como ejemplo y modelo de cada día.

¿OÍSTEIS?

“Os he hablado estas cosas, para que no os escandalicéis.” – Jesús (Juan, 16:1)

Antes de retornar a las Esferas Resplandecientes, el Divino Maestro no nos dejó desamparados, en cuanto a las advertencias en el trabajo a hacer.

Cuando el espíritu maduro en la comprensión de la obra redentora se entrega al campo de servicio evangélico, no prescinde de las informaciones previas del Señor.

Es indispensable oírlos para que no se escandalice en el cuadro de las obligaciones comunes.

La palabra del Maestro nos esclareció que, mientras perdurase la dominación de la ignorancia en el mundo, los legítimos cultivadores de los principios de la renovación espiritual, traídos por Él, no serían observados con simpatía. Serían perseguidos sin treguas por las fuerzas de la sombra. Comparecerían a tribunales condenatorios para enterarse de las falsas acusaciones de los que se encuentran aún incapacitados de mayor entendimiento. Soportarían indirectas de familiares, extraños a la iluminación interior. Sufrirían la expulsión de los templos organizados por la pragmática de las sectas literarias. Escucharían difamaciones gratuitas de las inteligencias, elegidas al escarnio de las verdades divinas. Vivirían al modo de ovejas pacíficas entre lobos hambrientos. Sustentarían una guerra incesante contra el mal. Caerían en torpes celadas. Contemplantarían el crecimiento de la cizaña al lado del trigo. Identificarían el progreso efímero de los impíos. Cargarían consigo las marcas de la cruz. Experimentarían la incompreensión de muchos. Sentirían soledad en las horas graves. Verían, de cerca, la calumnia, la pedrada, la ingratitud...

El Divino Maestro, pues, no dejó a los compañeros y continuadores desprevenidos.

No ofrecía a ningún aprendiz, en la Tierra, la corona de rosas sin espinas. Les prometió lucha edificante, trabajo educativo, situaciones rectificadoras, oportunidades de iluminación, a través de la grandeza del sacrificio que produce elevación y del espíritu de servicio que establece luz y paz.

Es importante, de ese modo, para cuantos maduraron los raciocinios en la lucha terrestre, el vivo recuerdo de las advertencias de Cristo, en el sector de la edificación evangélica, para que no se escandalicen en los testimonios difíciles del plano individual.

ATRIBULADOS Y PERPLEJOS

“En todo somos atribulados, pero no angustiados; perplejos, pero no desanimados.”

– Pablo (II Corintios, 4:8)

Desde los primeros tiempos del Evangelio, los leales seguidores de Jesús conocen tribulaciones y perplejidades, por permanecer en la fe.

Cuando se reunían en Jerusalén, recordando al Maestro en los servicios del Reino Divino, conocieron la lapidación, la tortura, el exilio y la confiscación de los bienes; cuando instituyeron los trabajos apostólicos de Roma, enseñando la verdad y el amor fraternal, fueron confiados a los leones del circo, a los espectáculos sangrientos y a los postes de martirio.

Desde entonces, experimentan dolorosas sorpresas en todas partes del mundo.

La edad medieval, envuelta en sombras, intentó desconocer la misión de Cristo y les encendió hogueras, conduciéndolos, además de eso, a tormentos inesperados y desconocidos, a través de los tribunales políticos y religiosos de la Inquisición.

Y, aún hoy, mientras oran confiados, ejemplificando el amor evangélico, observa el progreso de los impíos y sufren la dominación de los vanidosos de todos los matices. Mientras triunfan los malos y los indiferentes, en las facilidades terrestres, ellos son relegados a dificultades y tropiezos, frente a las situaciones más simples.

A pesar de la evolución innegable del derecho en el mundo, aún son llamados a cuentas por el bien que hacen y vigilados, con rudeza, debido a la verdad consoladora que enseñan.

Pero todos los discípulos fieles saben, con Pablo de Tarso, que “en todo serán atribulados y perplejos”, sin embargo, jamás se entregarán a la angustia y al desánimo. Saben que el Divino Maestro fue el Gran Atribulado y aprendieron con Él, que de la perplejidad, de la aflicción, del martirio y de la muerte, el alma se transfiere hacia la Resurrección Eterna.

DELANTE DE LA MULTITUD

“Y otros, burlándose, decían: Están llenos de mosto.” – (Hechos, 2:13)

La lección recibida por los discípulos de Jesús, en el Pentecostés, aún es un símbolo vivo para todos los aprendices del Evangelio, delante de la multitud.

La revelación de la vida eterna continúa en todas las direcciones.

Aquel “ruido como de un viento vehemente e impetuoso” y “aquellas lenguas de fuego” a que se refiere la descripción apostólica, descienden hasta hoy sobre los continuadores de Cristo, entre los hijos de todas las naciones.

Las expresiones del Pentecostés se dilatan, en todos los países, no obstante las vibraciones antagónicas de las tinieblas.

Mientras tanto, para millares de oyentes y observadores apenas funcionan algunos raros apóstoles, encargados de preservar la divina luz.

Realmente, son innumerables aquellos que, consciente o inconscientemente, reciben los beneficios de la celeste revelación; entretanto, no son pocos los burladores de todos los tiempos, dispuestos a la irreverencia y a la ironía, delante de la verdad.

Para eso, los leales seguidores del Maestro están embriagados y locos. No comprenden la humildad que se consagra al bien, la fraternidad que da sin exigencias inoportunas y la fe que confía siempre, no obstante las tempestades.

Es indispensable no extrañar el asedio de esos pobres inconscientes, si te dispones, efectivamente, a servir al Señor de la Vida. Te cercarán el trabajo, acusándote de borracho; te criticarán las actitudes, llamándote cobarde; escucharán tus palabras de amor, conservando la ironía en la boca. Para ellos, tu abnegación será envilecimiento, y tu renuncia significará incapacidad, tu fe será interpretada en forma de locura.

Pero, no vaciles, en el espíritu de servicio. Permanece, como los primeros apóstoles, en las grandes plazas, donde se codeaban hombres y mujeres, ignorantes y sabios, viejos y niños...

Perfecciona tus cualidades de recepción, donde estuvieres porque el Señor te llamó para intérprete de Su Voz, aunque los malos se burlen de ti.

EN LOS MISMOS PLATOS

“Y él, respondiendo, dijo: El que mete conmigo la mano en el plato, ese me ha de traicionar.” - (Mateo, 26:23)

Todo acontecimiento, en la misión de Jesús, se reviste de una profunda expresión simbólica.

Difícilmente el ataque de extraños podría provocar el doloroso Calvario. Los jueces del Sinedrín, personalmente, no se hallaban habilitados a movilizar el siniestro asunto, ni los acusadores gratuitos del Maestro podrían, por sí mismos, efectuar el proceso infamante.

Se clamaba a alguien que flaquease y traicionase a sí mismo.

La ingratitud no es una planta del campo contrario.

El infractor más temible, en todas las buenas obras, es siempre el amigo desviado, el compañero liviano y el hermano indiferente.

No obstante el respeto que debemos a Judas redimido, conviene recordar la lección, a favor del servicio de vigilancia, no solamente para los discípulos en aprendizaje, a fin de que no fracasen, sino también para los discípulos en testimonio para que ejemplifiquen con el Señor, comprendiendo, actuando y perdonando.

En las líneas del trabajo cristiano, no está demás aguardar grandes luchas y grandes pruebas, considerándose, sin embargo, que las mayores angustias no procederán de los círculos adversos, sino justamente de la esfera más íntima, cuando la inquietud y la revuelta, la liviandad y la imprevisión invaden el corazón de aquellos que más amamos.

De modo general, la calumnia y el error, la defección y la hiel no parten de nuestros opositores declarados, sino de aquellos que se alimentan con nosotros, en los mismos platos de la vida. Consérvese cada discípulo plenamente informado, con respecto a semejante verdad, a fin de que sepamos imitar al Señor, en los grandes días.

PAZ DEL MUNDO Y PAZ DE CRISTO

“La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy como el mundo la da.” – Jesús (Juan, 14:27)

Es indispensable no confundir la paz del mundo con la paz de Cristo.

La calma del plano inferior puede no pasar del estancamiento.

La serenidad de las esferas más altas significa trabajo divino, a camino de la Luz Inmortal.

El mundo consigue proporcionar muchos recuerdos y arreglos en ese terreno, pero solamente el Señor puede otorgar al espíritu la verdadera paz.

En los círculos de la carne, la paz de las naciones acostumbra a representar el silencio provisorio de las bayonetas; la de los acomodados inconscientes es la pereza improductiva e incapaz; la de los que se rebelan, en el cuadro de luchas necesarias, es la manifestación de la desesperación enfermiza; la de los ociosos sistemáticos, es la fuga al trabajo; la de los arbitrarios, es la satisfacción de los propios caprichos; la de los vanidosos, es el aplauso de la ignorancia; la de los vengativos, es la destrucción de los adversarios; la de los malos, es la victoria de la crueldad; la de los negociantes sagaces, es la explotación inferior; la de los que se agarran a las sensaciones de bajo tenor, es la perversión de los sentidos; la de los comilones, es el festín opulento del estómago, aunque haya hambre espiritual en el corazón.

Hay muchos impíos, calumniadores, criminales e indiferentes que disfrutan de la paz del mundo. Se sienten triunfantes, venturosos y dominadores en el siglo. La ignorancia adinerada, la vanidad bien vestida y la pereza inteligente siempre dirán que andan muy bien.

No te olvides, con todo eso, que la paz del mundo puede ser, muchas veces, el sueño enfermizo del alma. Busca, de ese modo, aquella paz del Señor, paz que excede el entendimiento, porque ha nacido y ha sido cultivada, puertas adentro del espíritu, en el campo de la conciencia y en el santuario del corazón.

¿CÓMO COOPERAS?

“Pero nosotros no recibimos el espíritu del mundo, sino el espíritu que proviene de Dios.”- Pablo (I Corintios, 2:12)

Leyendo la afirmativa de Pablo, reconocemos que, en todos los tiempos, el discípulo sincero del Evangelio es enfrentado por el gran conflicto entre las sugerencias de la región inferior y las inspiraciones de las esferas superiores de la vida.

El “espíritu del mundo” es el acerbo de todas nuestras acciones delictuosas, en siglos de experiencias incesantes; el “espíritu que proviene de Dios” es el constante llamado de las Fuerzas del Bien, que nos renuevan la oportunidad de progresar cada día, a fin de que descubramos la gloria eterna a la que la Infinita Bondad nos destinó.

Dios es el Padre de la Creación.

Todo, fundamentalmente, pertenece a Él.

Todo campo de trabajo es del Señor, todo servicio que se hiciera será entregado al Señor, pero no todas las acciones que se procesan en la actividad común provienen del Señor.

Coexisten en los talleres terrestres, cuales quiera que sean, la creación divina y la colaboración humana. Y surgen cooperadores que se valen del cargo para ejercen la cruel dominación, que se aprovechan de la inteligencia para intensificar la ignorancia ajena o que se estiman la azada servicial, no para cultivar el campo, sino para utilizarla en el crimen.

El científico, en el confort del laboratorio, y el marinero rudo, bajo la tempestad, están trabajando para el Señor; entretanto, para la felicidad de cada uno, es importante saber cómo están trabajando.

Recordemos que hay servicio divino dentro de nosotros y fuera de nosotros. A favor de nuestra propia redención, es justo indagar si estamos cooperando con el espíritu inferior que nos domina hasta ayer o si ya nos consagramos al espíritu renovador del Padre Eterno.

CIZAÑAS

“Dejad crecer a ambos juntos hasta la siega y, en ocasión de la siega, diré a los segadores: Recoged primero la cizaña y atadla en manojos para quemarla.” – Jesús (Mateo, 13:30)

Cuando Jesús recomendó el crecimiento simultáneo de la cizaña y del trigo, sólo quiso demostrar la sublime tolerancia celestial, en el cuadro de las experiencias de la vida.

El Maestro nunca sustrajo las oportunidades de crecimiento y santificación del hombre y, en ese sentido, el propio mal, oriundo de las pasiones poco dignas, es examinado pacientemente por su infinito amor, sin ser destruido de pronto.

Importa considerar, por tanto, que la cizaña no crece por la relajación del Divino Labrador, sino porque el optimismo del Sembrador Celeste nunca pierde la esperanza en la victoria final del bien.

El campo de Cristo es una región de actividad incesante e intensa. Tareas espantosas movilizan falanges heroicas; sin embargo, a pesar de la dedicación y de la vigilancia de los trabajadores, la cizaña surge, amenazando el servicio.

Jesús, sin embargo, manda aplicar procesos defensivos con base en la iluminación y en la misericordia. El tiempo y la bendición del Señor actúan despacio y los propósitos inferiores se transforman.

El hombre común aún no dispone de una visión adecuada para identificar la obra renovadora. Muchas plantas espinosas o estériles son modificadas en su naturaleza esencial por los filtros amorosos del Administrador de la Mies, que usa nuevas aficiones, diferentes situaciones, estímulos inesperados o responsabilidades tiernas que hablen al corazón; entretanto, si llega la época de la siega, después del tiempo de expectativa y observación, entonces se hace necesaria la eliminación de la cizaña en manojos.

La cosecha no es igual para todas las simientes de la tierra. Cada especie tiene su día y su estación.

Es porque, apareciendo el tiempo justo, de cada hombre y cada colectividad se exige la extinción de la cizaña, cuando los procesos transformadores de Jesús fueron recibidos en vano. En ese instante, vemos la individualidad o el pueblo agitándose a través de aflicciones y diversas hecatombes, en gritos de alarma y socorro, como si estuviesen en las sombras de un naufragio inevitable. No obstante, se verifica sólo la destrucción de nuevas adquisiciones ruinosas o inútiles. Y, en vista de la cizaña ser atada, a los manojos, un dolor nunca viene solo.

OPEREMOS EN CRISTO

“Y cuando hiciereis, por palabras o por obras, haced todo en nombre del Señor Jesús, dando por Él gracias a Dios y Padre.” - Pablo (Colonenses, 3:17)

La espera de resultados, después de expresiones y acciones reconocidamente elevadas, puede provocar enormes perjuicios en nuestra romería hacia la Suprema Luz.

Mientras aguardamos manifestaciones ajenas de gratitud o mejoría, somos susceptibles de paralizar nuestras propias obligaciones, desviándonos hacia el terreno oscuro de la maledicencia o del juicio precipitado. Distribuyamos el bien, cuanto sea posible, entregando nuestras actividades a Cristo, divino donador de los beneficios terrestres.

Es peligroso establecer patrones de reconocimiento para los corazones ajenos, aun cuando sean preciosas joyas de nuestro joyero espiritual. En nuestra expectativa ansiosa por divisar la suma de nuestros gestos nobles, podemos parecer egoístas, ingratos y maldicientes.

Copiemos al horticultor sensato.

Preparemos la tierra, auxiliándola y abonándola. A continuación, lancemos al suelo simientes y mudas valiosas.

El servicio más importante corresponderá al Señor de la Vida. Él cuidará de las circunstancias favorables en el espacio y en el tiempo, desarrollándonos la sementera, o nos anulará el servicio, a través de procesos naturales, aplazando la realización de nuestros deseos, en virtud de las razones que desconocemos.

El horticultor equilibrado trabaja con títulos de sincera confianza en el Cielo, ignorando, de manera absoluta, si recogerá flores o frutos de sus obras, en el cuadro de la intermediación humana.

Se ampara, sin embargo, en la Providencia Divina y trabaja siempre, a beneficio de todos.

Cumplamos, de este modo, nuestra tarea, por más alta o más humilde, actuando invariablemente en nombre de Jesús.

Junto a Él, sean para nosotros la gloria de amar y el placer de servir.

EN ESTO CONOCEREMOS

“En esto conoceremos el espíritu de la verdad y el espíritu del error.” - (I Juan, 4:6)

Cuando sepamos conservar la unión con la Paz Divina, a pesar de todas las perturbaciones humanas, perdonando cuantas veces fuesen necesarias al compañero que nos disgusta; olvidando el mal para construir el bien; amparando con sinceridad a los que nos aborrecen; cooperando espiritualmente, a través de la acción y de la oración, a beneficio de los que nos persiguen y calumnian; olvidando nuestros deseos particulares para servir a favor de todos; guardando la fe en el Supremo Poder como luz inapagable en el corazón; perseverando en la bondad constructiva, aunque mil golpes de la maldad nos asedien; negándonos para que la bendición divina resplandezca en torno de nuestros pasos; cargando nuestras dificultades como dádivas celestes; recibiendo adversarios como instructores; bendiciendo las luchas que nos perfeccionan el alma, al frente de la Esfera Mayor; convirtiendo la experiencia terrena en graneros de alegría para la Eternidad; descubriendo ocasiones de servir en todas partes; comprendiendo y auxiliando siempre, sin la preocupación de ser entendidos y ayudados; amando a nuestros semejantes como hemos sido amados por el Señor, sin expectativa de recompensa; entonces, conoceremos el espíritu de la verdad en nosotros, iluminándonos el camino para la redención divina.

CARIDAD ESENCIAL

“Y la caridad es esta: que andemos según sus mandamientos. Este es el mandamiento, como ya desde el principio oísteis; que andéis en él.” – Juan (II Juan, 6)

En todos los lugares y situaciones de la vida, la caridad será siempre la fuente divina de las bendiciones del Señor.

Quien da el pan al hambriento y agua al sediento, remedio al enfermo y luz al ignorante, está colaborando en la edificación del Reino Divino, en cualquier sector de la existencia o de la fe religiosa a que fue llamado.

La voz compasiva y fraternal que ilumina el espíritu es hermana de las manos que alimentan el cuerpo.

Asistencia, medicación y enseñanza constituyen modalidades santas de la caridad generosa que ejecuta los programas del bien. Son vestiduras diferentes de una virtud única. Se conjugan y completan en un todo noble y digno.

Nadie puede asistir a otro, con eficiencia, si no procuró la edificación de sí mismo; nadie medicará, con provecho, si no adquirió el espíritu de buena voluntad para con los que necesitan, y nadie enseñará, con seguridad, si no posee a su favor los hechos de amor al prójimo, en lo que se refiere a la comprensión y al auxilio fraternal.

En razón de eso, las menores manifestaciones de caridad, nacidas de la sincera disposición de servir con Jesús, son actividades sagradas e indiscutibles. En todos los lugares, serán siempre sublimes las luces de fraternidad, diseminando alegría, esperanza, gratitud, consuelo e intercesiones benditas.

Pero, antes de la caridad que se manifiesta exteriormente en los variados sectores de la vida, practiquemos la caridad esencial, sin la que no podremos efectuar la edificación y la redención de nosotros mismos. Se trata de la caridad de pensar, hablar y actuar, según las enseñanzas del Divino Maestro, en el Evangelio. Es la caridad de vivir verdaderamente en Él para que Él viva en nosotros. Sin esta, podremos llevar a efecto grandes servicios externos, alcanzar intercesiones valiosas, en nuestro beneficio, diseminar notables obras de piedra, pero, dentro de nosotros mismos, en los instantes de supremo testimonio en la fe, estaremos vacíos y desolados, en la condición de mendigos de la Luz.

SUBLIME RECOMENDACIÓN

“Pero, Jesús no lo permitió, sino que le dijo: Ve para tu casa, a los tuyos y anúnciales cuán grandes cosas el Señor te hizo, y cómo tuvo misericordia de ti.” – (Marcos, 5:19)

Eminentemente expresiva la palabra de Jesús al endemoniado que recupera el equilibrio, al toque de su divino amor:

Aquel enfermo que, después de la curación, se sentía atormentado de incompreensión, rogaba al Señor le permitiese demorar a su lado, para gozar de su sublime compañía.

Pero, Jesús, no lo permite le recomienda que busque a los suyos, para anunciarles los beneficios recibidos.

¡Cuántos discípulos copian la actitud de ese enfermo que se hacía acompañar por una legión de genios perversos!

Ojos abiertos a la verdad, corazón tocado de nueva luz, a la primera dificultad del camino pretenden huir del mundo, hambrientos de reposo al lado del Nazareno, olvidándose de que el Maestro trabaja sin cesar.

El problema del aprendiz de Cristo no es el de conquistar fiestas celestes, sino de atender a los servicios activos, a los que fue convocado, en cualquier lugar, situación, edad y tiempo.

Si recibiste la luz del Señor, amigo mío, ve a servir al Maestro junto a los tuyos, de los que se prenden a tu caminata. Si no tienes la familia directa, posees la indirecta. Si no cuentas con parentela, tienes vecinos y compañeros. Anuncia los beneficios del Salvador, exhibiendo la propia curación. Quien demuestra la renovación de sí mismo, en Cristo, se habilita a cooperar en la renovación espiritual de los demás. En cuanto al bienestar propio, serás llamado a él, en el momento oportuno.

CIENCIA Y TEMPERANCIA

**“Y a la ciencia, la temperancia; a la temperancia, la paciencia; a la paciencia, la piedad.”
– (II Pedro, 1:6)**

Quien sabe precisa ser sobrio.

No vale saber para destruir.

Mucha gente, a los primeros contactos con la fuente del conocimiento, asume actitudes contradictorias. Imponiendo ideas, golpeando aquí y allá, semejantes expositores del saber sólo realizan la perturbación.

Es por eso que la ciencia, en sus diversas expresiones, da mano fuerte a conflictos ruinosos o inútiles en política, filosofía y religión.

Casi todos los desequilibrios del mundo se originan de la intemperancia en aquellos que aprendieron alguna cosa.

No lo olvidemos. Toda ciencia, desde el rincón más humilde hasta el más elevado de la Tierra, exige ponderación. El hombre del servicio de higiene necesita temperancia, a fin de que su escoba no sea un objeto de tropiezo, tanto como el hombre de gobierno necesita sobriedad en el lanzamiento de las leyes, para no perturbar al espíritu de la multitud. Y no olvidemos que la intemperancia, para surtir el éxito deseado, no puede eximirse de la paciencia, como la paciencia, para demostrarse bien, no puede huir de la piedad, que es siempre comprensión y concurso fraternal.

Si algo sabes en la vida, no te precipites a enseñar como quien tiraniza, menospreciando conquistas ajenas. Examina las situaciones características de cada uno y procura, primeramente, entender al hermano de lucha.

Saber no lo es todo. Es necesario hacer. Y para hacer bien, hombre alguno dispensará la calma y la serenidad, imprescindibles para el éxito, ni desdeñará la cooperación, que es compañera directa del amor.

LA FUGA

“Y orad para que vuestra fuga no acontezca en el invierno; ni en el sábado.” - Jesús (Mateo, 24:20)

La permanencia en los círculos más bajos de la naturaleza instituye para el alma un segundo modo de ser, en que el vicio se hace obsesor e imperioso. Para que alguien se retire de semejantes charcos del espíritu es imprescindible que huya.

Pero, raramente, la víctima conseguirá liberarse, sin la disciplina de sí misma.

Muchas veces, es preciso violentar el propio corazón. Solamente así demandará nuevos planos.

Es justo, pues, recurrir a la imagen del Maestro cuando se reportó al Planeta en general, destacando las necesidades del individuo.

Es conveniente a todo aprendiz la fuga provechosa de la región lodosa de la vida, mientras no llega el “invierno” a los últimos recursos de tiempo, recibidos para el servicio humano.

Cada hombre posee, con la existencia, una serie de estaciones y una relación de días, estructuradas en precioso cálculo de probabilidades. Es razonable que el trabajador aproveche la primavera de la mocedad, el verano de las fuerzas físicas y el otoño de la reflexión, para el gran viaje de lo inferior hacia lo superior; entretanto, la mayoría aguarda el invierno de la vejez o del sufrimiento irremediable en la Tierra, cuando la ocasión de trabajo está finalizando.

Las posibilidades para determinada experiencia yacen agotadas. No es el fin de la vida, sino el término de una preciosa concesión. Y, naturalmente, el servidor descuidado, que dejó para el sábado el trabajo que debería ejecutar el lunes, será obligado a recapitular la tarea, ¡sabe Dios cuándo!

EL PIZARRÓN

“Pero os he dicho esto, a fin de que, cuando llegue aquella hora, os acordéis de que ya os lo había dicho.” – Jesús (Juan, 16:4)

Jesús se refería a los propios testimonios, entretanto, podemos igualmente aplicarle los divinos conceptos a nosotros mismos, desencarnados y encarnados.

Cada discípulo tendrá su hora de revelaciones del aprovechamiento individual.

Las escuelas primarias no dispensan el habitual pizarrón destinado a las demostraciones individuales del alumno.

Al frente del profesor concienzudo, el aprendiz mostrará cuánto ganó, sin los recursos del plagio afectuoso, entre compañeros.

Sobre la zona oscura, la tiza clara definirá, fielmente, la posición firme o insegura del estudiante.

¿Y no será esto mismo lo que se repite en la gran escuela del mundo? El hombre, en las luchas vulgares, podrá socorrerse, indefinidamente, de los buenos amigos. El Padre permite semejantes contactos para que las oportunidades de aprender se le tornen limitadas; no obstante, allá viene “aquella hora” en que la criatura debe tomar la tiza blanca y pura de las realizaciones espirituales, colocándose junto al pizarrón de las pruebas edificantes.

Algunos aprendices fracasan porque no saben multiplicar los bienes, ni dividirlos. Ignoran cómo sustraer la luz de las tinieblas, suman los conflictos y forman ecuaciones de odio y venganza. Se olvidan que Jesús destacó el amor, como máxima gloria, en todas las situaciones del apostolado evangélico y que, aun en la cruz, después de recibir los factores de la injuria, de la persecución, de la ironía y del desprecio, los sumó en la tabla del corazón, extrayendo la divina ecuación de serenidad, entendimiento y perdón.

¡Oh! ¡Vosotros, que vais al pizarrón de las actividades terrestres, abandonad la tiza oscura de la desesperación! ¡Escribid en caracteres de luz lo que aprendisteis del Divino Maestro! ¡Revelad vuestro propio valor! ¡Recordaos que instructores benevolentes y sabios os inspiran las manos! ¡Benedicid el pizarrón que os pide la tiza del sudor y lágrimas, porque junto a él podréis conquistar el curso mayor!...

ARMAOS

“Por tanto tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo y, habiendo hecho todo, quedar firme.” - Pablo (Efesios, 6:13)

El movimiento de la fe no proporciona consuelos tan sólo. Buscar sus fuentes sublimes para retirar apenas confort, sería proceder a la manera de los niños que nada divisan sino golosinas.

Es indispensable tomar las armaduras de Dios en las casas consagradas a la labor divina.

Es ilógico que se aproxime el hijo adulto a la presencia paterna con la exclusiva preocupación de recibir cariño. La mente juvenil necesita aceptar la educación constructiva que le es ofrecida, revistiéndose de poderes benéficos, en la acción incesante del bien, a fin de que los progenitores se sientan correspondidos en su heroica dedicación.

La sed de ternura palpita en todos los seres, sin embargo, no se debe olvidar el trabajo que fortifica las energías comunes, la responsabilidad que define la posición justa y el esfuerzo propio que ennoblece el camino.

En todos los tempos del pensamiento religioso elevado, el Padre está ofreciendo armaduras a sus hijos.

Los creyentes, en un impulso loable, pueden entregarse naturalmente a las mejores expansiones afectivas, pero no se olviden que el Señor les ofrece instrumentos espirituales para la fortaleza que necesitan, dentro de la lucha redentora; solamente en posición de semejantes armaduras puede el alma resistir, en los días malos de la experiencia terrestre, sustentando la propia serenidad, en los instantes dolorosos y guardándose en la coraza de la firmeza de Dios.

NO SÓLO

“Y esto pido: que vuestra caridad abunde más y más en ciencia y en todo conocimiento” – Pablo (Filipenses, 1:9)

La caridad es, invariablemente, sublime en las menores manifestaciones, mientras tanto, muchas veces, innumerables personas procuran limitarla, ocultándole el espíritu divino.

Muchos aprendices creen que practicarla es sólo ofrecer dádivas materiales a los necesitados de pan y techo.

Caridad, sin embargo, representa mucho más que eso para los verdaderos discípulos del Evangelio.

En su carta a los filipenses, Pablo ofrece una valiosa asertiva, con referencia al asunto.

Es indispensable que la caridad del cristiano fiel abunde en conocimiento elevado.

Cierto benefactor distribuirá mucho pan, pero si permanece deliberadamente en las sombras de la ignorancia, del sectarismo o de la auto-adoración ¿no estará faltando con el deber de asistencia a sí mismo?

Esparcir el bien no es solamente transmitir facilidades de naturaleza material. Muchas máquinas, en los tiempos modernos, distribuyen energía y poder, automáticamente.

Caridad esencial es intensificar el bien, bajo todas las formas respetables, sin olvidarnos del imperativo de auto-sublimación, para que otros se renueven para la vida superior, comprendiendo que es indispensable conjugar, en el mismo ritmo, los verbos *dar* y *saber*.

Muchos creyentes prefieren sólo dar y otros se limitan simplemente a saber; las actividades de todos los benefactores de esa especie son útiles, pero incompletas.

Ambas clases pueden sufrir una presunción venenosa.

Bondad y conocimiento, pan y luz, amparo e iluminación, sentimiento y conciencia son arcos divinos que integran los círculos perfectos de la caridad.

No sólo recibir y dar, sino también enseñar y aprender.

PARA ESTO

“Porque para esto sois llamados; pues también Cristo padeció por nosotros, dejándonos el ejemplo.” – Pedro (I Pedro, 2:21)

Un elevado porcentaje de creyentes se consideran inmunes de todos los sufrimientos, porque, en el concepto de gran parte de aquellos que aceptan la fe cristiana, entregarse a las fórmulas religiosas es sustraerse a la lucha, aspirando a la beatitud imperturbable.

En la apreciación de mucha gente, los que oran no deberían conocer el dolor.

El socorro divino se asemejaría a la protección de un monarca terrestre, donador de favores según las adulaciones recibidas.

La situación del aprendiz de Jesús es, sin embargo, muy diferente.

Los títulos de Cristo no son los de la inactividad, con exención de responsabilidad y esfuerzo.

Todos los llamados al trabajo evangélico no pueden olvidar las necesidades del servicio.

El Maestro, naturalmente, precisa compañeros que confíen en Él, pero no prescindirá de los que se muestren colaboradores fieles de su obra.

¿Sería justo situarse indefinidamente el deudor, ante la generosidad del acreedor, confiando siempre, sin la mínima señal de solución al débito adquirido?

No sólo los hombres viven en la ley de intercambio.

Las Fuerzas Divinas basan la movilización del bien en el mismo principio.

El Maestro Celestial enseña a todos, en verdad, las sublimes lecciones de la vida; entretanto, no es razonable que todos los siglos señalen en los bancos escolares de la experiencia humana los mismos alumnos perezosos e inquietos.

Es indispensable que los grupos de los buenos obreros se dirijan a las zonas de servicio, preparados para los testimonios de las enseñanzas recibidas.

Simón Pedro sintetiza el trabajo de los cristianos de manera magistral.

Sois llamados para eso – asevera el apóstol.

La simple afirmativa indica que los discípulos leales fueron convocados a sufrir por el bien.

QUEJAS

“Hermanos no os quejéis unos contra los otros, para que no seáis condenados.” – (Santiago, 5:9)

La queja nunca resolvió problemas de orden evolutivo, entretanto, si los aprendices del Evangelio sumasen los minutos malgastados en ese falso sistema de desahogo, se admirarían del volumen de tiempo perdido.

Realmente, muchos trabajadores valiosos no se refieren al sufrimiento y servicio, con espíritu de repulsa a la tarea que les fue encomendada.

La amistad y la confianza siempre autorizan confidencias; aun en ese particular, sin embargo, vale disciplinar la conversación.

La palabra lastimosa desfigura muchos cuadros nobles del camino, además de anular grandes cuotas de energía, inútilmente.

El discípulo del Evangelio debería, antes de cualquier alusión amarga, tranquilizar el mundo interno y preguntarse: “¿Quejarme por qué?” ¿No será la esfera de lucha el campo de aprendizaje? ¿Acaso, no es la sombra la que pide luz, el dolor el que reclama alivio? ¿No es el mal el que requiere el concurso del bien?

La queja es un vicio imperceptible que distrae a las personas bien intencionadas de la ejecución del deber justo.

Existen obligaciones pequeñas y milagrosas que, llevadas al efecto, beneficiarían a grupos enteros; sin embargo, basta un momento de queja para que sean irremediamente olvidadas.

Si alguien o algún acontecimiento te ofrecen ocasión al concurso fraterno, haz el bien que pudieres sin reparar en la gratitud ajena y, por más duro que te parezca el servicio común, aprende a cooperar con Cristo, en la solución de las dificultades.

La queja no atiende a la realización cristiana, en parte alguna, y complica todos los problemas. Acuérdate de que si le dieres la lengua, te conducirá a la ociosidad, y, si, le dieres los oídos, te encaminará a la perturbación.

FORTALEZA

“Sabido que la tribulación produce fortaleza.” - Pablo (Romanos, 5:3)

¿Queréis fortaleza? No os esquivéis a la tempestad.

Mucha gente pretende fortalecerse al precio de rogativas para evitar el servicio áspero. Llegada la preciosa oportunidad de testimoniar la fe, los creyentes se internan, de manera general, por los largos caminos de la fuga, creyéndose seguros. Entretanto, día más día menos, surge la dolorosa ocasión en que caen en la equivocación de sí mismos.

Entonces, se creen perseguidos y abandonados.

Semejantes impresiones, sin embargo, nacen de la ausencia de la preparación interna.

Los imprevisores se olvidan de que la tempestad posee ciertas funciones generadoras y educativas que es imprescindible no menospreciar.

La tribulación es la tormenta de las almas. Nadie debería olvidar sus beneficios.

Cuando la verdad brille, en el camino de las criaturas, se verá que obstáculos y sufrimientos no representan espantajo para los hombres, sino cuadros preciosos de lecciones sublimes que los aprendices sinceros nunca pueden olvidar.

¿Qué sería del niño sin la experiencia? ¿Qué será del espíritu sin la necesidad?

Aflicciones, dificultades y luchas son fuerzas que obligan a la dilatación de poder, al alargamiento de camino.

Es necesario que el hombre, a pesar de las descargas aparentemente destructoras del destino, se conserve de pie, decidido, marchando, firme, al encuentro de los sagrados objetivos de la vida. Nueva luz le felicitará, entonces, la esfera íntima, conduciéndolo desde la Tierra, a la gloriosa resurrección en el plano espiritual.

¡Escuchemos las palabras de Pablo y vivámoslas!

¡Hay de aquellos que se echen bajo la tempestad! Los detritos proyectados del monte por las corrientes del aguacero podrán sofocarlos, arrastrándolos hacia el fondo del abismo.

HEREDEROS

“Y si nosotros somos hijos, luego, somos herederos también, herederos de Dios y coherederos de Cristo.” – Pablo (Romanos, 8:17)

Incomprensiblemente, muchas escuelas religiosas, a través de sus expositores, relegan al hombre a la esfera de la miseria absoluta.

Púlpitos, tribunas, plazas, libros y periódicos están repletos de tremendas acusaciones.

Los hijos de la Tierra son catalogados como reos de la última pena.

Nadie contesta que el hombre, en la condición de alumno en crecimiento en la Sabiduría Universal, ha errado en todos los tiempos; nadie ignora que el crimen aún obceca, muchas veces, el pensamiento de las criaturas terrestres; entretanto, es indispensable establecer la verdad esencial. Si muchas almas permanecen caídas, Dios les renueva, diariamente, la oportunidad de levantarse.

Más allá de eso, el Evangelio es la ruta del optimismo divino.

Pablo, en su epístola a los romanos, confiere a los hombres, con justicia, el título de herederos del Padre y coherederos de Jesús.

¿Por qué razón se dilata la paciencia del Cielo para con nosotros, si nosotros, los trabajadores encarnados y desencarnados de la Tierra, no pasásemos de seres desventurados e inútiles? ¿Sería justa la renovación de la oportunidad de perfeccionamiento a criaturas irremediabilmente malditas?

Es necesario fortalecer la fe sublime que elevamos a lo Alto, sin olvidarnos de que lo Alto deposita santificada fe en nosotros.

Que la Humanidad no desprecie la esperanza.

No somos fantasmas de penas eternas, sino herederos de la Gloria Celestial, no obstante nuestras antiguas imperfecciones. El imperativo de la felicidad, sin embargo, exige que nos eduquemos, convenientemente, habilitándonos a la posesión eterna de la herencia divina.

Olvidemos el desperdicio de la energía, los caprichos de la infancia espiritual y crezcamos, para ser, con el Padre, los tutores de nosotros mismos.

AMISTAD Y COMPRENSIÓN

“Con leche os crié, y no con manjar, porque aún no podíais, ni todavía ahora podéis.” – Pablo (I Corintios, 3:2)

Muchos compañeros de lucha exigen cooperadores esclarecidos para las tareas que les corresponden, amigos valiosos que entiendan sus propósitos y valoren los trabajos, olvidados de que los afectos, como las plantas, reclaman un cultivo adecuado.

La comprensión no se improvisa. Es obra de tiempo, colaboración y armonía.

El propio Cristo, primeramente, sembró el ideal divino en el corazón de los continuadores, antes de recogerles el entendimiento. Sufrió sus negaciones, toleró sus flaquezas y disculpó sus exigencias para formar, por fin, el colegio apostólico.

En ese particular, Pablo de Tarso nos suministra una juiciosa lección, declarando a los corintios que los criara con *leche*. Tan pequeña afirmativa contiene una gran sabiduría. El apóstol generoso, gigante en el conocimiento y en la fe viva, edificara a los compañeros de su misión evangélica en Corintio, no con el alimento complejo de las tesis difíciles, sino con las enseñanzas sencillas de la verdad y las puras demostraciones de amor en Cristo Jesús. No les conquistó la confianza y la estimación exhibiendo cultura o imponiendo principios, sino orando y sirviendo, trabajando y amando.

Existe una ciencia de cultivar la amistad y construir el entendimiento. Como le ocurre al trigo, en el campo espiritual del amor, no será posible recoger sin sembrar.

Examina, pues, diariamente, tu labor afectiva. Observa si estás exigiendo flores prematuras o frutos anticipados. No te olvides de la atención, del abono, del riego. Colócate en la posición de la planta en jardín ajeno y, reparando los cuidados que exiges, no desdeñes rescatar tus deudas de amor para con los otros.

Imita al labrador prudente y devoto, si deseas lograr la cosecha de grandes y preciosos resultados.

HOY, DONDE ESTUVIÉREMOS

“Porque el salario del pecado es la muerte, mas el don gratuito de Dios es la vida eterna en Cristo Jesús Nuestro Señor.” – Pablo (Romanos, 6:23)

Para los que permanecen en la carne, la muerte significa el fin del cuerpo denso; para los que viven en la esfera espiritual, representa el inicio de la experiencia.

Pero, de cualquier modo, el término lleno de dolor o la recapitulación repleta de dificultades constituyen el salario del error.

¿Cuántas veces hemos vuelto a los círculos carnales en obligaciones expiatorias, sintiendo, de nuevo, la sofocación dentro de los vehículos fisiológicos para tornar a la vida verdadera?

Muchos aprendices estiman las largas repeticiones, entretanto, por lo que hemos aprendido, somos obligados a considerar que vale más un día bien vivido con el Señor que cien años de rebeldía en nuestras creaciones inferiores.

Pero, desgraciadamente, tantos lazos groseros inventamos para nuestras almas que nuestro vivir, en la mayoría de las ocasiones, en la condición de encarnados o desencarnados, aún es el cautiverio de milenarias pasiones.

El Señor nos concedió la Vida Eterna, pero no hemos sabido vivirla, transformándola en enfermedad experimental. De ahí procede nuestro paisaje de sombra, al desencarnar en la Tierra o regresar a sus umbrales.

La prueba complicada es consecuencia del error; la perturbación es el fruto del olvido del deber.

Renovémonos, pues, en el día de Hoy, donde estuviéremos. Olvidemos las líneas curvas de nuestras indecisiones y hagamos de nuestro esfuerzo la línea recta hacia el bien con la Voluntad del Señor.

Los puntos minúsculos forman las figuras gigantescas.

Las cosas mínimas construyen las grandiosas edificaciones. Retirémonos de las regiones oscuras de la muerte en la práctica del mal, para que nos tornemos dignos de la vida eterna, que es un don gratuito de Dios.

AMARGURA

“Teniendo cuidado de que ninguno se prive de la gracia de Dios y de que ninguna raíz de amargura, brotando, os perturbe y por ella muchos se contaminen.” – Pablo (Hebreos, 12:15)

Para servir bien al Señor, no es razonable que marchemos a lo largo del trabajo honroso a la manera de cooperadores lagrimosos y descontentos.

La amargura, muchas veces, traduce desconfianza y deslealtad.

El corazón laborioso y confiante nunca pierde el optimismo, colocándose, ante todo, al frente del Infinito y de la Eternidad.

¿Hay dificultades y problemas?

Prosigamos en servicio y el Divino Maestro nos ofrecerá la solución.

¿Hay sombras?

Recordémonos que no existen nubes eternas, porque el Centro de la Creación es Luz Impecible.

¿Hay caídas?

Estemos convencidos que el levantarse no se hará esperar.

El deber del trabajador es continuar la tarea que le fue conferida, tanto como la obligación del servidor fiel es marchar en la realización del programa de quien le concedió la bendición del servicio edificante.

Tengamos en mente que, a favor del éxito general de nuestro esfuerzo, es imprescindible el incesante combate a las raíces de amargura en el corazón. Si brotaren libremente, serán venenosos arbustos, perjudicando la movilización de los intereses colectivos de elevación y paz.

Guardemos reflexión y prudencia, pero destruyamos la amargura injustificable, para que no perturbemos la obra del Maestro y para que nuestros amados no se priven de la gracia de Dios.

EL SONIDO

“Porque, si la trompeta diere sonido incierto, ¿quién se preparará para la batalla?” – Pablo (I Corintios, 14:8)

Nadie crea que sean necesarios grandes cataclismos para que se efectúe la modificación de planos de la criatura.

El hombre puede cambiarse de esfera, sin alarido cósmico, y las zonas superiores e inferiores representan escalones de vida, en la escalera del Infinito.

Elevación y caída, delante de la propia conciencia, constituyen un impulso hacia la cima o hacia abajo, en el campo ilimitado de manifestaciones del espíritu imperecible.

Toda modificación para mejor reclama lucha, tanto como cualquier ascensión exige esfuerzo.

Es imprescindible la preparación de cada uno para la subida espiritual.

Es natural, por tanto, que los que marchan a la vanguardia sean portavoces a todos aquellos que acompañan el trabajo de mejoría, aglomerados en multitud.

He aquí por qué, personificando en el discípulo del Evangelio la trompeta viva de Cristo, de ella debemos esperar avisos seguros.

En casi todos los lugares, observamos los instrumentos de sonidos inciertos que dan noticia del servicio a hacer, pero no muestran caminos justos.

En la mayoría de los núcleos del Cristianismo renaciente, se nos deparan trabajadores altamente dotados de luz espiritual, que dudan de sí mismos, compañeros valientes cuya fe solamente vibra en discontinuas fulguraciones.

Es necesario comprender, sin embargo, que el sonido incierto no atiende a la ruta exacta. Sirve para desertar, pero no suministra orientación.

Los aprendices de la Buena Nueva constituyen la instrumentalidad del Señor. Sabemos que, colectivamente, permanecen todos empeñados en servirlo, entretanto, nadie olvide la necesidad de afinar la trompeta de los sentimientos y pensamientos por la diapason del Divino Maestro, para que la interferencia individual no sea una nota disonante en el sublime concierto del servicio redentor.

EL SEÑOR MOSTRARÁ

“Y yo le mostraré cuanto debe padecer por mi nombre.” – Jesús (Hechos, 9:16)

El diálogo entre el Maestro y Ananías, relativo al socorro que Pablo necesitaba, se reviste de significación especial para todos los aprendices del Evangelio.

Digna de nota es la observación de Jesús, recomendando al apóstol de los gentiles que ingresase en Damasco, donde le revelaría cuanto convenía hacer, y muy importante la determinación a Ananías para que atendiese al famoso verdugo traído a la fe.

El llamado del Cielo al cooperativismo desborda de la lección. Perseguidor y perseguido, se reúnen en el altar de la fraternidad y del trabajo útil. El viejito de Damasco presta socorro al ex rabino. Pablo, en cambio, le prodiga una enorme alegría al corazón.

Sin embargo, hay que destacar que Jesús llamó de este modo a la tarea de revelar al recién convertido cuanto le competía luchar y sufrir por amor al Reino Divino.

Semejantes operaciones espirituales se repiten, cada día, en las actividades terrestres.

Bajo la inspiración de Cristo, diariamente hay movimientos de aproximación entre cuantos se candidatean al buen entendimiento, ante la vida eterna. Algunos traen la mano confortadora y amiga de la existencia fraternal, otros el júbilo sagrado de la esperanza sublime. Se establecen nuevos acuerdos. Se trazan nuevas directrices.

Pero, es imperioso reconocer, que el Señor mostrará a cada trabajador el contenido de servicio y testimonio que le compete suministrar en el ministerio del Amor Infinito.

OBEDIENCIA CONSTRUCTIVA

“Y así os ruego yo, el preso del Señor, que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados.” – Pablo (Efesios, 4:1)

En la lectura del Evangelio, es necesario fijar el pensamiento en las lecciones divinas, para que bebamos su contenido de sabiduría.

En el versículo bajo nuestra atención, observamos en Pablo de Tarso el ejemplo de la suprema humildad, ante los designios de la Providencia.

Escribiendo a los efesios, se declara el apóstol prisionero del Señor.

Aquel hombre sabio y vigoroso, que se rindiera a Jesús, incondicionalmente, a las puertas de Damasco, revela a la comunidad cristiana la sublime cualidad de su fe.

No se afirma detenido de los romanos, ni comenta la situación que resultaba de la intriga judaica. No nombra a los verdugos, ni se refiere a los centinelas que lo acompañan de cerca.

No examina servicios prestados.

No relaciona lamentos.

Comprendiendo que permanece al servicio de Cristo y consciente de los deberes sagrados que le competen, se da como prisionero de la Orden Celestial y continúa tranquilamente su propia misión.

Una simple frase le demuestra la elevada concepción de obediencia.

Anotándole la noble actitud, convendría recordar nuestra necesidad de dar prioridad a la voluntad de Jesús, en nuestras experiencias.

Cuando predominaren, en los cuadros de la evolución terrestre, los discípulos que se sienten administradores del Señor, operarios del Señor y cooperadores del Señor, la Tierra alcanzará una expresiva posición en el seno de las esferas.

Imitando el ejemplo de Pablo, seamos fieles servidores de Cristo, en todas partes. Solamente así, abandonaremos la caverna de la impulsividad primitiva, colocándonos camino del mundo mejor.

TU DON

**“No desprecies el don que hay en ti.” -
Pablo (I Timoteo, 4:14)**

En todos los sectores de reorganización de la fe cristiana, en los cuadros del Espiritismo contemporáneo, hay siempre compañeros dominados por nocivas inquietudes.

El problema de la mediumnidad, principalmente, es de los más ventilados, olvidándose, por lo general, el impositivo esencial del servicio.

Adquisiciones psíquicas no constituyen realizaciones mecánicas.

Es indispensable aplicar noblemente las bendiciones ya recibidas, a fin de que podamos solicitar concesiones nuevas.

En todas partes, hay una incalmable ansiedad por recoger dones de Cielo, sin ninguna disposición sincera de esparcirlos, a beneficio de todos, en nombre del Divino Donador. Entretanto, el campo de luchas y experiencias terrestres es la obra extensa de Cristo, dentro de la cual a cada trabajador se impone cierta particularidad de servicio.

Diariamente, habrá más abundante distribución de luz espiritual a favor de cuantos utilizan la luz que ya les fue concedida, en el engrandecimiento y en la paz de la comunidad.

Pero, no es razonable, conferir instrumentos nuevos a manos ociosas azadas a la herrumbre.

Recuerda, pues, amigo mío, que puedes ser el intermediario del Maestro, en cualquier parte.

Basta que comprendas la obligación fundamental, en el trabajo del bien, y atiendas a la Voluntad del Señor, actuando, incesantemente, en el logro de los Designios Celestes.

No te aflijas si aún no recibiste la credencial para el intercambio directo con el plano invisible, bajo el punto de vista fenoménico. Si suspiras por la comunicación franca con los espíritus desencarnados, recuérdate que también eres un espíritu inmortal, temporalmente en la Tierra, con el deber de aplicar el sublime don de servicio que hay en ti mismo.

LIBERTAD

“Pero no uséis, de la libertad para dar ocasión a la carne, sino servíos unos a los otros por la caridad.” – Pablo (Gálatas, 5:13)

En todos los tiempos, la libertad fue utilizada por los dominadores de la Tierra. En variados sectores de la evolución humana, los administradores del mundo la aprovechan para el ejercicio de la tiranía, la usan los siervos en explosiones de revuelta y descontento.

Casi todos los habitantes del Planeta pretenden la exoneración de toda y cualquier responsabilidad, para sumergirse en la esclavitud a los delitos de toda suerte.

Sin embargo, nadie, debería recurrir al Evangelio para menospreciar el sublime principio.

La palabra del apóstol a los gentiles es bastante expresiva. El mayor valor de la independencia relativa de que disfrutamos reside en la posibilidad de servirnos unos a los otros, glorificando el bien.

El hombre gozará siempre de la libertad condicional y, dentro de ella, puede alterar el curso de la propia existencia, por el buen o mal uso de semejante facultad en las relaciones comunes.

Es forzoso reconocer, sin embargo, que son muy raros los que se deciden a la aplicación dignificante de esa virtud superior.

En casi todas las ocasiones, el perseguido, con oportunidad de disculpar, mentaliza represalias violentas; el calumniado, con oportunidad de perdón divino, recurre a la venganza; el incomprendido, en el instante adecuado de revelar fraternidad y benevolencia, reclama reparaciones.

¿Dónde se hallan aquellos que se valen del sufrimiento, para intensificar el aprendizaje con Jesucristo? ¿Dónde están los que se sienten suficientemente libres para convertir espinas en bendiciones? No obstante, el Padre concede relativa libertad a todos los hijos, observando su conducta.

Rarísimas son las criaturas que saben elevar el sentido de la independencia a expresiones de vuelo espiritual hacia el Infinito. La mayoría de los hombres caen, desastrosamente, en la primera y nueva concesión del Cielo, transformando, a veces, hilos de velludo en cadenas de bronce.

SERVICIO DE SALVACIÓN

“Y acontecerá que todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo.” – (Hechos, 2:21)

Los espíritus más renuentes en el crimen serán salvados de las garras del mal, si invocaren verdaderamente el amparo del Señor.

Y es forzoso observar que llega siempre un instante, en la experiencia individual, en que somos constreñidos a recurrir a lo que poseemos de más precioso, en el terreno de la creencia.

Los propios materialistas no escapan a semejante impositivo de la lucha humana; como ocurre a los demás, en las contingencias dilacerantes requieren el socorro del dinero, de la ciencia provisoria, de las posiciones convencionalistas, que, además, en buena tesis, auxilian pero no salvan.

Se hace indispensable recurrir a Jesús para la solución de nuestras cuestiones fundamentales.

Invoquemos la compasión de Él y no nos faltará el recurso adecuado. No bastará, sin embargo, aprender a rogar solamente. Estudiemos también el arte de recibir.

A veces, surgen diferencias superficiales entre pedido y respuesta. El trabajo salvador del Cielo vendrá a nuestro encuentro, pero no obedecerá, en gran número de ocasiones, a la expectativa de nuestra visión imperfecta. En muchos casos, la Providencia Divina nos visita en forma de dolencia, escasez y contrariedad.

La miopía terrena, mientras tanto, de modo general, sólo interpreta la palabra “salvación” como “ventaja inmediata” y, por eso, un leve disgusto o una desilusión útil provocan torrentes de lamentaciones improductivas. Pero, a pesar de todo, Cristo nunca deja de socorrer y aliviar y su sublime esfuerzo de redención asume variados aspectos tanto como son diversas las necesidades de cada uno.

AMAOS

“No amemos de palabra, ni de lengua, sino por obras y en verdad.” – Juan (I Juan, 3:18)

Como norma de fraternidad pura y sincera, recomienda la palabra Divina: “Amaos unos a los otros.”

No determina selecciones.

No exalta conveniencias.

No impone condiciones.

No desfavorece a los infelices.

No menoscaba a los débiles.

No hace privilegios.

No pide el alejamiento de los malos.

No desconsidera a los hijos del hogar ajeno.

No destaca la parentela consanguínea.

No menosprecia a los adversarios.

Y el apóstol añade: “No amemos de palabra, sino a través de las obras, con todo el fervor del corazón.”

El Universo es nuestro domicilio.

La Humanidad es nuestra familia.

Aproximémonos a los peores, para ayudar.

Aproximémonos a los mejores, para aprender.

Amarnos, sirviendo unos a los otros, no de boca, sino de corazón, constituye para todos nosotros el glorioso camino de la ascensión.

CONCIENCIA

“Guardando el misterio de la fe en una conciencia pura.” – Pablo (I Timoteo, 3:9)

La curiosidad o el sufrimiento ofrecen puertas a la fe, pero no representan el vaso divino destinado a su manutención.

En todos los lugares, observamos personas que, a continuación de las grandes calamidades de la suerte, corren apresuradas a los templos o a los oráculos nuevos, manifestando esperanza en el remedio de las palabras.

El fenómeno, entretanto, muchas veces, es sólo verbal. Lo que les vibra en el corazón es el capricho insatisfecho o herido por los latigazos de experiencias crueles...

Está claro que semejante recurso puede constituir un camino para la edificación de la confianza, sin ser, con todo, la providencia ideal.

Pablo de Tarso, en sus recomendaciones a Timoteo, esclarece el problema con trazo firme.

Es imprescindible guardar la fe y la creencia en sentimientos puros. Sin eso, el hombre oscilará, en la intranquilidad, por la inseguridad del mundo íntimo.

La conciencia oscura y tiznada se inclina, invariablemente, hacia las rectificaciones dolorosas, en cuyo servicio pueden nacer nuevos débitos, cuando la criatura se caracteriza por la voluntad frágil y enfermiza.

Los aprendices del Evangelio deben recordar el consejo paulino que se reviste de profunda importancia para todas las escuelas del Cristianismo.

El divino misterio de la fe viva es problema de conciencia cristalina. Trabajemos, por tanto, por presentar al Padre la rectitud y la pureza de los pensamientos.

VIGILANCIA

“Vigilad, pues, porque no sabéis a qué hora vendrá vuestro Señor.” – Jesús (Mateo, 24:42)

Nadie alegue el título de aprendiz de Jesús para hurtarse al vicio activo en la lucha del bien contra el mal, de la luz contra la sombra.

La determinación de vigilancia partió de los propios labios del Divino Maestro.

¿Cómo es posible preservar algún patrimonio precioso sin vigilarlo atentamente? El hombre de conciencia recta, en todas las épocas, será obligado a participar en el esfuerzo de conservación, dilatación y defensa del bien.

Es una verdad indiscutible que marchamos todos hacia la fraternidad universal, para la realización concreta de las enseñanzas cristianas, por tanto, mientras no alcancemos la época en que el Evangelio se materializará en la Tierra, no será justo entregar al mal, al desorden o a la perturbación la parte de servicio que nos compete.

Para defenderse de las intemperies, de rigores climatológicos, el hombre edificó el hogar y se vistió, convenientemente.

Semejante ley de preservación fortalece en toda esfera de trabajo en el mundo. Las colectividades exigen instituciones que les garanticen el bienestar y el trabajo digno, sin aflicciones de cautiverio. Las naciones requieren “casas” de principios ennoblecedores, en que se refugien contra las tormentas de la ignorancia o de la agresividad, de la desesperación o de la decadencia.

Y en el servicio de construcción cristiana del mundo futuro, es imprescindible vigilar el campo que nos compete.

El apostolado es de Jesús; la obra le pertenece. Él vendrá en el momento oportuno, a todos los departamentos de servicio, orientando las particularidades del ministerio de purificación y sublimación de la vida, con todo, nadie se olvide de que el Señor no prescinde de la colaboración de centinelas.

CASA ESPIRITUAL

“Vosotros, también, como piedras vivas sois edificados casa espiritual.” – Pedro (I Pedro, 2:5)

Cada hombre es una casa espiritual que debe estar, por deliberación y esfuerzo del morador, en continua modificación para lo mejor.

Valiéndonos del símbolo, recordamos que existen casas al abandono, caminando hacia la ruina, y otras que se muestran sofocadas por la hiedra entrelazada o transformadas en reductos de seres traicioneros y venenosos de las sombras, aparecen, de cuando en cuando, edificaciones relajadas, cuyos inquilinos jamás se animan a remover la inmundicia despreciable y se observan las moradas fantasiosas, que ostenta una fachada soberbia con visible desorganización interior, tanto como las que se encuentran empeñadas por grandes hipotecas, siendo justo acrecentar que son raras las residencias completamente libres, en constante renovación hacia lo mejor.

El aprendiz del Evangelio precisa, pues, reflexionar en las palabras de Simón Pedro, porque la lección de Jesús no debe ser tomada sólo como caricia envolvente, sino como material de construcción y reconstrucción de la reforma integral de la casa íntima.

Muchas veces, es imprescindible que las bases de nuestro santuario interior sean removidas y renovadas.

Cristo no es solamente una imaginación filosófica o religiosa en los altiplanos del pensamiento universal. Es también el restaurador de la casa espiritual de los hombres.

El cristiano sin reforma interna dispone sólo de las pantas de servicio. Pero, el discípulo sincero, es el trabajador devoto que alcanza la luz del Señor, no en beneficio de Jesús, sino, sobre todo, a favor de sí mismo.

ALHAJAS

“En aquel día, quien estuviere en el tejado, teniendo sus alhajas en casa, no descienda a tomarlas.” – Jesús (Lucas, 17:31)

La palabra del Maestro no deja margen a dudas.

Naturalmente, todo aprendiz vive en la organización que le es propia. Cada cual permanece en casa, esto es, en la creación individual o en el campo de testimonio a que el Señor lo condujo.

Pero, generalmente, jamás está solo.

Reducido o extenso, hay siempre un séquito de amigos acompañándolo. Muchas veces, no obstante, la compañera, el padre y el hijo no consiguen moverse más allá de las zonas inferiores de comprensión, cuando el discípulo, por los nobles esfuerzos gastados, se equilibra, victorioso, en la parte más alta del entendimiento. Llegados a semejante situación, muchos trabajadores aplicados experimentan dificultades de importancia.

No saben separar las alhajas de adorno de los vasos esenciales, las frivolidades de los deberes justos y sufren dolorosas conmociones en el corazón.

Es indispensable que se percaten contra ese peligro común.

Cúmplase la obligación sagrada, atiéndase, ante todo, al programa de la Voluntad Divina, ejemplifíquese la fraternidad y la tolerancia, encendiéndose la lámpara del esfuerzo propio, pero que no se perjudique el servicio divino de la ascensión, por recelo a las susceptibilidades personales y a las convenciones puramente exteriores.

Un hogar no vive simplemente en razón de las alhajas que lo pueblan, transitoriamente, sino por los fundamentos espirituales que le construyeron las bases. Un hombre no será superior porque satisfaga las opiniones pasajeras, sino porque sabe cumplir, en todo, los designios de Dios.

PADRES

“Y vosotros, padres, no provoquéis la ira a vuestros hijos, sino criadlos en la doctrina y amonestación del Señor.” – Pablo (Efesios, 6:4)

Asumir compromisos en la paternidad y en la maternidad constituye engrandecimiento del espíritu, siempre que el hombre y la mujer comprendan su carácter divino.

Infelizmente, el Planeta aún presenta un enorme porcentaje de criaturas mal informadas en lo relativo a esos sublimes atributos.

Gran número de hombres y mujeres buscan placeres envenenados en ese particular. Sin embargo, los que se localizan, en la persecución a la fantasía ruinosa, aún viven lejos de las verdaderas nociones de humanidad y deben ser colocados al margen de cualquier apreciación.

Urge reconocer, además, que el Evangelio no habla a los embriones de la espiritualidad, sino a las inteligencias y corazones que ya se muestran susceptibles de recibirle el concurso.

Los padres de mundo, admitidos a las asambleas de Jesús, necesitan comprender la complejidad y grandeza del trabajo que les asiste. Es natural que se interesen por el mundo, por los acontecimientos vulgares, sin embargo, es imprescindible no perder de vista que el hogar es el mundo esencial, donde se debe atender a los designios divinos, en lo tocante a los servicios más importantes que les fueron conferidos. Los hijos son las obras preciosas que el señor les confía a las manos, solicitándoles cooperación amorosa y eficiente.

Recibir encargos de ese tenor es alcanzar nobles títulos de confianza. Por eso, criar a los hijitos y perfeccionarlos no es un servicio tan fácil.

La mayoría de los padres humanos viven desviados, a través de varios modos, sea en los excesos de ternura o en la demasía de exigencia, pero a la luz del Evangelio caminarán todos en el rumbo de la nueva era, comprendiendo que, si para ser padre o madre son necesarios profundas dotes de amor, al frente de esas cualidades debe brillar el divino don del equilibrio.

HIJOS

**“Vosotros hijos, sed obedientes a vuestros padres, en el Señor, porque esto es justo.”
– Pablo (Efesios, 6:1)**

Si el derecho es campo de elevación, abierto a todos los espíritus, el deber es una zona de servicio peculiar a todos los seres de la Creación.

No solamente los padres humanos están rodeados de obligaciones, sino los hijos igualmente, que necesitan vigilarse a sí mismos, con singular atención.

Casi siempre la juventud sufre de extraño olvido. Estima crear rumbos caprichosos, desdiciendo sagradas experiencias de quien la precedió, en el desdoblamiento de las realizaciones terrestres, para volver, más tarde, desanimado, al punto de partida, cuando el sufrimiento o la madurez de los años le restauren la comprensión.

Los hijos están marcados por divinos deberes, junto a aquellos a los cuales fueron confiados por el Supremo Señor, en la senda humana.

Es indispensable prestar obediencia a los progenitores, dentro del espíritu de Cristo, porque semejante actitud es justa.

Si muchas veces los padres se apartan de la claridad del progreso espiritual, escogiendo el estacionamiento en zonas inferiores, ni aun en las circunstancias de ese orden sería razonable relegarlos al propio infortunio. Claro está que los hijos no deben descender al drenaje de la insensatez o del crimen por atender sus venenosos caprichos, pero encontrarán siempre el recurso adecuado para retribuir a los benefactores los inestimables dones que les deben.

No nos olvidemos de que el hijo descuidado, ocioso o perverso es el padre inconsciente de mañana y el hombre inferior que no disfrutará de la felicidad doméstica.

VIDA CONYUGAL

“Así también vosotros, cada uno en particular, ame a su propia mujer como así mismo, y la mujer respete a su marido” - Pablo (Efesios, 5:33)

Las tragedias de la vida conyugal acostumbran poblar la senda común. Explicando el desequilibrio, se invoca la incompatibilidad de los temperamentos, los desencantos de la vida íntima y las excesivas aflicciones domésticas.

El marido disputa compañías perjudiciales, mientras que, en muchos casos, se abre la mente femenina al imperio de las tentaciones, entrando en falso rumbo.

Semejante situación, sin embargo, será siempre extraña en los hogares formados sobre las escuelas de la fe, en los círculos del Cristianismo.

Los cónyuges, con Cristo, acogen, por encima de todo, las dulces exhortaciones de la fraternidad.

Es posible que los sueños, muchas veces, se deshagan al toque de pruebas salvadoras, dentro de los nidos afectivos, contruidos en el árbol de la fantasía. Muchos hombres y mujeres exigen, por tiempo indefinido, flores celestes sobre espinas terrenas, reclamando de los demás actitudes y directrices que ellos, por lo pronto, son incapaces de adoptar, y el matrimonio se les convierte en una institución detestable.

Sin embargo, el cristiano, no puede ignorar la transitoriedad de las experiencias humanas. Con Jesús, es imposible destruir los divinos fundamentos de la amistad real. Búsquese el lado útil y santo de la tarea y que la esperanza sea la lámpara encendida en el camino...

¿Tu esposa se mantiene en un nivel inferior a tu expectativa? Recuerda que ella es la madre de tus hijos y sierva de tus necesidades. ¿Tu esposo es ignorante y cruel? No olvides que él es el compañero que Dios te concedió...

ILUMINEMOS EL SANTUARIO

“Pues nosotros somos un santuario del Dios vivo.” – Pablo (II Corintios, 6:16)

El esfuerzo individual establece la necesaria diferencia entre las criaturas, pero la distribución de las oportunidades divinas es siempre la misma para todos.

Indiscriminadamente, todas las personas reciben posibilidades idénticas de crecimiento mental y elevación al campo superior de la vida.

Todos somos, pues, de acuerdo a la sentencia de Pablo, santuarios del Dios vivo. A pesar de eso, innumerables personas se declaran alejadas de la luz eterna, desheredadas de la fe. Mientras disponen de la salud y del tesoro de las posibilidades humanas, hacen anécdotas superficiales e irónicas. Pero, al apagar las luces terrestres, inhabilitados al movimiento en el campo de la fantasía, se rebelan contra la Divinidad y se precipitan en los abismos de la desesperación. Son compañeros invigilantes que ocuparon el santuario del espíritu con material inadecuado. Absorbidos por las preocupaciones inmediatas de la esfera inferior, transformaron esperanzas en ambiciones criminales, expresiones de confianza en fanatismo ciego, aspiraciones de lo Alto en intereses de la zona más baja.

En balde se hace oír la palabra delicada y pura del Señor, en el santuario interno, cuando la criatura, obcecada por las ilusiones del plano físico, pierde la facultad de escuchar. Entre sus oídos y la sublime advertencia, se levantan espesas fronteras de egoísmo endurecido y de viciosa aflicción. Y, poco a poco, el hijo de Dios encarnado en la Tierra, de rico en ideales humanos y de realizaciones transitorias, pasa a la condición de mendigo de luz y paz, en la vejez y en la muerte...

El Señor continúa enseñando y amando, orientando y dirigiendo, pero, porque la sordera prosigue siempre, llegan a tiempo las bombas renovadoras del sufrimiento, invitando a la mente desviada y oscura al descubrimiento de los valores que le son propios, reintegrándola en el santuario de sí misma para el reencuentro sublime con la Divinidad.

ES LA SANTIFICACIÓN

“Santificalos en la verdad.” – Jesús (Juan, 17:17)

No podemos olvidar que, dirigiéndose al Padre, en los postreros momentos del apostolado, Jesús le rogó que santificase a los discípulos que quedarían en el plano carnal.

Es significativo observar que el Maestro no pidió regalías ni facilidades para los continuadores. No recomendó al Supremo Señor situar a los amigos en palacios encantados de placer, ni aislarlos en privilegios particulares. En vez de eso, suplicó al Padre para que los santificase en la condición humana.

Es comprensible, por tanto, que los discípulos sinceros reciban de la Providencia mayores porciones de elementos purificadores en trabajos y testimonios benéficos. En la Tierra, casi siempre, el deber y la responsabilidad parecen abrumarlos, no obstante, la palabra del Evangelio es bastante clara en el terreno de las conquistas eternas.

No nos referimos a recompensas banales de periferia.

Destacamos el engrandecimiento espiritual, la iluminación divina y la perfección redentora, inaccesible aún al entendimiento común.

En verdad, el Señor anunció sacrificios y sufrimientos a los seguidores, acentuando, sin embargo, que no los dejaría huérfanos.

Serían convocados a interrogatorios humillantes, sin embargo, no les faltaría la Sublime Inspiración.

Seguirían atribulados, pero no angustiados; perseguidos, pero nunca desamparados.

Recibirían golpes y decepciones, pero no les serían negados la esperanza y el consuelo.

Soportarían la incompreensión humana, mientras los designios superiores actuarían en favor de ellos.

Sufrirían flagelaciones en el mundo, no obstante, sus dolores abastecerían los graneros de la gracia y de la consolación para los afligidos.

Muchas veces, participarían de los últimos lugares entre las criaturas terrestres, para ser de los primeros en la cooperación con el Divino Trabajador.

Serían detenidos en las cárceles, pero dispondrían de la presencia de los ángeles bajo cánticos de glorificación.

Cargarían cicatrices como señales celestes.

Tolerarían sarcasmos en el honroso servicio a la Verdad.

Perseguidos y torturados, representarían las cartas palpitantes de Cristo a la Humanidad.

Siervos sufrientes y humillados en el campo carnal, marcharían marcados por la luz imprecible.

Escalarían calvarios de dolor, soportando cruces, encontrando, después, la resurrección, coronados de gloria.

Efectivamente, pues, los colaboradores del Evangelio son, de modos generales, anónimos y despreciados en las esferas convencionalistas de la Tierra; sin embargo, para ellos, el Maestro repite en todos los tiempos, las sublimes palabras: “sois mis amigos porque todo cuanto oí de mi Padre os lo di a conocer”

EL YELMO

“Tomad también el yelmo de la salvación.” – Pablo (Efesios, 6:17)

Si es justa la salvaguarda de miembros importantes del cuerpo, con mucha más propiedad es imprescindible defender la cabeza, en los momentos de lucha.

Además, es razonable considerar que los brazos y las piernas no siempre son requeridos a mayores gastos de energía.

La cabeza, sin embargo, no descansa.

La sede del pensamiento es un vivero de trabajo incesante.

Se hace necesario resguardarla, defenderla.

En los movimientos bélicos, el soldado la preservará, a través de recursos especiales.

En la lucha diaria mantenida por el discípulo de Jesús, igualmente no podemos olvidar el consejo del apóstol a los gentiles.

Es indispensable que todo aprendiz del Evangelio tome el yelmo de la salvación, simbolizado en la cobertura mental de ideas sólidas y actitudes cristianas, estructuras en las concepciones del bien, de la confianza y del optimismo sincero.

Tejamos, pues, nuestro capacete espiritual con los hilos del coraje inquebrantable, de la fe pura y del espíritu de servicio. En posesión de él enfrentaremos cualquier combate moral de grandes proporciones.

Ningún discípulo de la Buena Nueva olvide su condición de luchador.

Las fuerzas contrarias al bien, amigo mío, te atacarán el mundo íntimo, a través de todos los flancos. Defiende tu morada interior. Examina el revestimiento defensivo, que vienes usando, en materia de deseos y creencias, de propósitos e ideas, para que los proyectiles de la maldad no te alcancen por dentro.

EL ESCUDO

“Embrazando, sobre todo, el escudo de la fe, con el cual podréis apagar todos los dardos inflamados del maligno.” – Pablo (Efesios, 6:16)

Nadie se decide a la lucha sin los instrumentos necesarios.

No nos referimos aquí a los choques sanguinolentos.

Tomemos, para ejemplificar, las realizaciones económicas. ¿Quién garantizará éxito a la producción, sin articular elementos básicos, imprescindibles a la industria? La agricultura requiere instrumentos del campo, la fábrica pide maquinaria adecuada.

En la batalla de cada uno, es también indispensable la preparación de sentimientos.

Se requiere un intenso trabajo de sembradura, de cuidado, esfuerzo propio y disciplina.

Pablo de Tarso, que conoció tan profundamente los asedios del mal, que soportó las embestidas permanentes, dentro y fuera del él mismo, recomendó que usemos el escudo de la fe, por encima de todos los elementos de la defensiva.

Solamente la confianza en el Poder Mayor, en la Justicia Victoriosa, en la Sabiduría Divina, consigue anular los dardos invisibles, inflamados en el veneno que intoxica los corazones. Todo trabajador sincero de Cristo frente de larga y porfiada lucha en la Tierra. Golpes de la sombra y estiletos de la incomprensión lo rodean en todos los lugares. Y, si la bondad consuela y la esperanza ameniza, es imprescindible no olvidar que sólo la fe representa un escudo bastante fuerte para conservar el corazón inmune a las tinieblas.

TRIBULACIONES

“También nos gloriamos en las tribulaciones.” – Pablo (Romanos, 5:3)

Comentando Pablo de Tarso los favores recibidos del Plano Superior, con mucha propiedad no se olvidaba de acrecentar su júbilo en las tribulaciones.

El Cristianismo está repleto de enseñanzas sublimes para todos los tiempos.

Muchos aprendices no recuerdan al apóstol de la gentilidad sino en su encuentro divino con el Mesías, a las puertas de Damasco, fijándole la transformación bajo el hálito renovador de Jesús, y muchos compañeros se le dirigen al corazón, ideándolo con la corona de espíritu redimido y de trabajador glorificado en la casa del Padre Celestial.

La palabra del gran operario de Cristo, entretanto, no deja margen a ninguna duda, en cuanto al precio que le costó la redención.

Muchas veces, se reporta a las dilaceraciones del camino, destacando las estaciones educativas y restauradoras, entre la primera claridad de la fe y el supremo testimonio. Después de la bendición consoladora que le reforma la vida, helo entre azotes, desesperanzas y pedradas. Entre la gracia de Jesús que fuera a su encuentro y el esfuerzo que le competía efectuar, por reencontrarlo, son indispensables pesados años de servicio áspero y continua renunciación.

Veamos en nosotros mismos, frente a la luz evangélica.

No todos nacen en la Tierra, con tareas definidas en la autoridad, en la eminencia social o en el gobierno del mundo, pero podemos asegurar que todos los discípulos, en cualquier situación o circunstancia, pueden disponer de fuerza, posición y control de sí mismos.

Recordemos que la tribulación produce fortaleza y paciencia, en verdad, nadie encuentra el tesoro de la experiencia, en el pantano de la ociosidad. Es necesario despertar con el día siguiendo su brillante curso de servicio, en las oportunidades de trabajo que él nos muestra.

La existencia terrestre es pasaje hacia la luz eterna. Y proseguir con Cristo es acompañar sus pisadas, evitando el desvío insidioso.

En el examen, pues, de las consideraciones paulinas, no olvidemos que si Jesús vino hasta nosotros, nos corresponde marchar valerosamente a su encuentro, comprendiendo que, para eso, el gran servicio de preparación a de comenzar en la maravillosa y desconocida “tierra de nosotros mismos”.

CARTAS ESPIRITUALES

“Cuando esta epístola hubiere sido leída entre vosotros, haced que también lo sea en la iglesia de los laodicenses, y la que vino de Laodicea leedla vosotros también.” – Pablo (Colosenses, 4:16)

El correo del Cielo nunca se interrumpió.

Desde que la inteligencia se colocó en condiciones de recibir la vibración de los planos más altos, el Padre no cesó de enviarle llamados, a través de todos los recursos.

En razón de eso, la inspiración edificante nunca faltó a las criaturas. Y, en la actualidad, con la intensificación del intercambio entre los círculos visibles e invisibles, a la vista del Espiritismo evangélico que restaura en el mundo el Cristianismo, en su pureza esencial, las cartas espirituales son más directas, más tangibles.

Gran parte de los estudiantes, sin embargo, siguiendo la vieja corriente de la indiferencia, observando en esa o en aquella página edificadora, procura ávidamente los nombres de aquellos a quien son dirigidas.

Si hay consejos sabios, deben ser para los otros; si surgen advertencias amigas o severos llamados, deben ser igualmente para los otros. Y compacta asamblea de compañeros demuestra singular ansiedad para recibir mensajes particulares, con anotaciones individuales. Para prevenir tales extremos, recomendaba Pablo que las epístolas dedicadas a determinada iglesia fuesen leídas y comentadas en diferentes santuarios para la necesaria fusión y dilatación de los conocimientos elevados.

Las cartas espirituales de hoy deben observar idéntico proceso. Somos obligados a reconocer que todos somos, individualmente, portadores de un templo interno. Sepamos extinguir las solicitudes egoístas y busquemos en cada mensaje del Plano Superior el consuelo, el remedio, el consejo y la advertencia de que carecemos.

Cuando sepamos comprender las pequeñas experiencias de cada día con la luz del Evangelio, concluiremos que todas las epístolas del bien proceden de Dios para la comunidad general de sus hijos.

EN MEDIO DE LOBOS

“¡Id! He que os envío como corderos en medio de lobos.” – Jesús (Lucas, 10:3)

Naturalmente Jesús, pronunciando semejante recomendación se refería a corderos fuertes que consiguiesen respirar en plano superior a los lobos voraces.

¿Sería razonable enviar ovejas frágiles a bestias violentas? Sería lo mismo que ayudar a la matanza.

El Maestro, indudablemente, deseaba las cualidades de ternura y magnanimidad de los continuadores, pero no les endosaría las vacilaciones y flaquezas.

Además, para el servicio de tal envergadura, desdoblado en verdaderas batallas espirituales, Él necesitaba de cooperadores fieles, bondadosos, prudentes, pero valerosos. Enviaba a los discípulos al centro del conflicto áspero, no en el gesto de quien manda carneros al matadero, sino a la tierra del servicio, donde pudiesen sembrar nuevos y sublimados dones espirituales, entre los lobos hambrientos, a través de la ejemplificación en el bien incesante.

Entretanto, hay compañeros, aún hoy, que se creen colaboradores de Cristo sólo porque levantan a los cielos las manos unidas, en actitud de súplica. Se olvida de que Jesús afirmó, concluyente: “¡Id! ¡He que yo os mando!...”

En tal determinación, vemos claramente que existen trabajos a efectuar, acciones beneméritas a instruir.

El mundo es el campo, donde el trabajador encontrará su cuota de colaboración.

Es preciso realmente ir a los lobos. Sería peligroso esperarlos. Muchos lidiadores, sin embargo, reclaman contra la cruz y el martirio, olvidado que el Señor y sus valientes sucesores encontraron en ellos la resurrección y la eternidad a través de la resistencia constructiva contra el mal.

Si los maderos y los leones retornasen, deberían encontrar al trabajador en el esfuerzo que le corresponde y nunca en actitud de inercia, a distancia del ministerio que le fue confiado.

El llamado de Cristo resuena, aun ahora...

Es imprescindible caminar en dirección de los lobos, no en la condición de fiera contra fiera, sino en la posición de corderos embajadores; no como emisarios de la muerte, sino como donadores de la vida eterna.

DEMOSTRACIONES

“Y salieron los fariseos y comenzaron a disputar con él, pidiéndole, para tentarle una señal del cielo.” - (Marcos, 8:11)

En el Espiritismo cristiano, de cuando en cuando aparecen aprendices del Evangelio sumamente interesados en atender a ciertas requisiciones, en el capítulo de la fenomenología psíquica.

Exigen señales del cielo, tangibles, incontestables.

En la mayoría de las veces, sin embargo, la movilización no pasa de simple retención del gesto de los fariseos antiguos.

Médiums y otros compañeros, en gran número, no se percatan que los pedidos de demostraciones celestes son formulados, casi invariablemente, en obediencia a propósitos inferiores.

Hay consecuencias lógicas en el asunto, que importa no despreciar. Si un espíritu permanece encarnado en la Tierra, ¿cómo podrá suministrar señales de Júpiter? Si las solicitudes de esa naturaleza, dirigidas al propio Cristo, fueron situadas en el ámbito de las tentaciones, ¿con qué argumento podrán imponerlas los discípulos nuevos a sus amigos de lo invisible?

Además, en vez de eso, los aprendices fieles deben estar preparados para el trabajo demostrativo de Jesús, en la Tierra.

Es obvio que el cristiano no pueda provocar una tela mágica sobre las nubes errantes, pero puede revelar cómo se ejerce el ministerio de la fraternidad en el mundo. No podrá desdoblar el paisaje total donde se mueven las criaturas desencarnadas, en otro campo vibratorio; entretanto, está habilitado a prestar colaboración intensiva en el esclarecimiento de los hombres del presente y del futuro.

Quien reclama señales del Cielo será tal vez ignorante o portador de mala fe; sin embargo, el seguidor de la Buena Nueva que procura satisfacer al insensato es distraído o loco.

Si te piden demostraciones exóticas, replica, decidido, que no fuiste designado para la producción de maravillas y esclarece a tu hermano que permaneces determinado a aprender; con el Maestro, la ciencia de la Vida Abundante, a fin de ofrecer a la Tierra tu señal de amor y luz, inquebrantable en la fe, para no sucumbir a las tentaciones.

QUIEN SIGUE

“Y otra vez les habló Jesús, diciendo: Yo soy la luz del mundo; quien me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.” - (Juan, 8:12)

Hay creyentes que no se esquivan a las imposiciones del culto exterior:

Reclaman la genuflexión y el público estruendoso, de momento a momento.

Otros prefieren el comentario liviano, acerca de las actividades generales de la fe religiosa, confiándose a querellas inútiles o abaratando los recursos divinos.

La multitud de los seguidores, de ese tipo, acostumbran a declarar que las actitudes externas y las discusiones enfermizas representan para ella sacrosanto poder; sin embargo, tan pronto surgen inesperados golpes de sufrimiento o de la experiencia en el camino vulgar, se precipita en sombría desesperación, recogéndose en abismos sin esperanza.

En esas horas cenicientas, los aprendices se sienten abandonados y oprimidos, mostrando la insuficiencia interna. Muchos se relajan en las obligaciones, afirmándose sin protección de Jesús u olvidados del Cielo.

Pero, eso ocurre, porque no oyeron la revelación divina, como se hace necesario.

El Maestro no prometió claridad a la senda de los que sólo hablan y creen. Asignó, no obstante, real compromiso de asistencia continua a los discípulos que lo siguen. En ese paso, es importante considerar que Jesús no se refiere a lámparas de naturaleza física, cuyas irradiaciones hieren los ojos orgánicos. Aseguró la donación de luz de la vida. Quien efectivamente se dispone a acompañarlo, no encontrará tiempo para gastar con exámenes individualizados de nubes negras y espesas, porque sentirá la claridad eterna, dentro de sí mismo.

Cuando hicieres, pues, el balance acostumbrado de tu fe, ve, con honestidad imparcial, si estás hablando sólo de Cristo o si procuras seguir sus pasos, en el camino común.

EN LOS CORAZONES

**“Recibidnos en vuestros corazones.” –
Pablo (II Corintios, 7:2)**

Los creyentes y trabajadores del Evangelio usan diversos medios para fijarles las ventajas, pero son raros los que abren las puertas de la vida.

Las palabras de Pablo, de Pedro, de Mateo o de Juan son comúnmente utilizadas en largos y porfiados duelos verbales, a través de contiendas inútiles, incapaces de producir cualquier acción noble. Otros reciben las advertencias y luces evangélicas, a la manera de negociantes ambiciosos, buscando convertirlas en fuentes económicas de gran volumen. Aun otros procuran los avisos divinos, haciendo valer principios ególatras en polémicas laboriosas e infecundas.

En el inmenso conflicto de las interpretaciones se debería, acatar el pedido de Pablo de Tarso en su segunda epístola a los corintios.

El apóstol de la gentilidad ruega para que él y sus compañeros de ministerio sean recibidos en los corazones.

Muy diversa surgirá la comunidad cristiana, si los discípulos atendieren a la solicitud.

Cuando el aprendiz de la Buena Nueva recibe la visita de Jesús y de los emisarios divinos, en el plano interno, entonces la discordia y el sectarismo habrán desaparecido del continente sublime de la fe.

En razón de eso, amigo mío, aunque la mayoría de los hermanos de ideal conserve cerrada la puerta íntima, haz lo posible para no aplazar la propia tranquilidad.

Registra la lección del Evangelio en lo íntimo del ser. No te descuides, relegándola al mundo externo, al sabor de la maledicencia, de la perturbación y del desentendimiento. Abrígala, dentro de ti, preservando la propia felicidad. Engalánate con el brillo que brota de su grandeza y el Cielo se comunicará con la Tierra, a través de tu corazón.

MIEMBROS DIVINOS

“Vosotros pues sois el cuerpo de Cristo y sus miembros en particular.” – Pablo (I Corintios, 12:27)

No es admisible que alguien entregue el espíritu a la dirección de Cristo y la vestidura corporal a los adversarios de la Luz Divina.

Muchos creyentes extraviados realizan estaciones de placer, en los continentes del crimen, y exclaman, inconscientes:

- “Hoy, mi cuerpo atiende a la fatalidad del mundo, pero, mañana, estaré en la iglesia con Jesús.”

Otros, después de confiar la juventud a la tutela del vicio, aguardan la decrepitud, a fin de examinar los magnos problemas espirituales.

Existen, igualmente, los que flagelan la carne, a través de mortificaciones absurdas, suponiendo cooperar en el perfeccionamiento del alma, empleando, para eso, tan sólo algunos fenómenos de epidermis.

Todos los aprendices de esa clase desconocen que la vida en Cristo es justo equilibrio, encarnándole los sentimientos y los designios, en todas las líneas del servicio terrestre. Pablo de Tarso asevera que somos los miembros del Maestro, “en particular”.

Donde estuviéremos, atendamos al impositivo de nuestras tareas, convencidos de que nuestras manos sustituyen a las del trabajador Celeste, aunque en condición precaria.

El Señor actúa en nosotros, a favor de nosotros.

Es indiscutible que Jesús lo puede todo, pero, para hacerlo todo, no prescinde de la colaboración del hombre que le procura las determinaciones. Los cooperadores fieles del Evangelio son el cuerpo de trabajo en su obra redentora.

Haya, pues, entre el siervo y el orientador, legítimo entendimiento.

Jesús reclama instrumentos y compañeros. Quien pudiere satisfacer el imperativo sublime, recuerde que debe comparecer delante de Él, demostrando armonía de vistas y objetivos, en primer lugar.

ESCAMAS

“E inmediatamente le cayeron de los ojos como unas escamas, y recuperó la vista.” - (Hechos, 9:18)

La visita de Ananías a Pablo de Tarso, en la aflictiva situación de Damasco, sugiere elevadas consideraciones.

¿Qué hemos sido en las sombras del pretérito sino criaturas recubiertas de escamas pesadas bajo todos los puntos de vista? No solamente los ojos se cubrieron de semejantes excrescencias. Todas las posibilidades confiadas a nosotros han sido eclipsadas por nuestra incuria, a través de los siglos. Manos, pies, lengua, oídos, todos los poderes de la criatura, desde milenios permanecen bajo el venenoso revestimiento de la pereza, del egoísmo, del orgullo, de la idolatría y de la insensatez.

El socorro concedido a Pablo de Tarso ofrece, sin embargo, una profunda enseñanza. Antes de recibirlo, el ex perseguidor se rinde incondicionalmente a Cristo; entra a la ciudad, derrotado y solo, mostrando una extrema renuncia, en obediencia a la recomendación divina, donde fuera aplaudido triunfador. Acogido en un hospedaje sencillo, abandonado de todos los compañeros, confió en Jesús y recibió de Él la sublime cooperación.

Es importante notar, que el Señor, utilizando a Ananías como instrumento, no le cura sino los ojos, restituyéndole el don de ver. Pablo siente que le caen escamas de los órganos visuales y, desde entonces, ofreciéndose al trabajo de Cristo, entra en el camino del sacrificio, a fin de extraer, por sí mismo, las demás escamas que le oscurecían las otras zonas del ser.

¿Cuánto luchó y sufrió Pablo, a fin de purificar los pies, las manos, la mente y el corazón?

Se trata de una pregunta digna de ser meditada en todos los tiempos. No te olvides, pues, que en la lucha diaria podrás encontrar a los Ananías de la fraternidad, en nombre del Maestro; se aproximarán, compasivos, a tus necesidades, pero no olvides que el Señor sólo permite que te devuelvan los ojos, a fin de que, viendo claramente, rectifiques la vida por ti mismo.

DEUDA DE AMOR

“Por tanto, dad a cada uno lo que debéis; a quien tributó, tributo; a quien impuesto, impuesto; a quien temor, temor; a quien honra, honra.” - Pablo (Romanos, 13:7)

Todos nosotros guardamos la deuda general de amor unos para con los otros, pero ese amor y ese débito se subdividen, a través de innumerables manifestaciones.

A cada ser, a cada cosa, paisaje, circunstancia y situación, debemos algo de amor en expresión diferente.

La criatura que desconoce semejante impositivo no encontró aún la verdadera noción de equilibrio espiritual.

Valiosas oportunidades iluminativas son relegadas, por las almas descuidadas, a la oscuridad y a la perturbación.

¡Qué prodigioso edén sería la Tierra si cada hombre concediese al prójimo lo que le debe por justicia!

El hombre común, mientras tanto, gravitando en torno del propio “yo”, en un clima de egoísmo feroz, cierra los ojos a las necesidades de los demás. Se olvida de que respira en el oxígeno del mundo, que se alimenta del mundo y recibe de él, el material imprescindible para el perfeccionamiento y para la redención. A cualquier exigencia del campo externo, se aflige y se irrita, creyéndose acreedor de todos.

Muchos saben recibir, raros son los que saben dar.

¿Por qué esquivarse alguien a los pedidos del fragmento de tierra que nos acoge el espíritu?
¿Por qué negar respeto al que comanda, o atención al que necesita?

Rescata los títulos de amor que te prenden a todos los seres y cosas del camino.

Cuanto mayor sea la comprensión de un hombre, más alto es el débito de él para con la Humanidad; cuanto más sabio es, más rico para satisfacer a los impositivos de cooperación en el progreso universal.

No te iludas. Siempre debes alguna cosa al compañero de lucha, tanto como al camino que pisas despreocupadamente. Y cuando rescates tus obligaciones, caminarás en la Tierra recibiendo el amor y la recompensa de todos.

RESUCITARÁ

**“Jesús le dijo: Tu hermano ha de resucitar.” –
(Juan, 11:23)**

Hace muchos siglos, las escuelas religiosas del Cristianismo revistieron el fenómeno de la muerte de paisajes deprimentes.

Padres que asumen actitudes hieráticas, ministros que comentan las flagelaciones del infierno, catafalcos negros y paños de luto.

¿Qué podría crear todo eso sino el pavor instintivo y el constreñimiento obligatorio?

Nadie niega el sufrimiento de la separación, espíritu alguno se hurtará al plantío de la nostalgia en el jardín interior. El propio Cristo se emocionó junto al sepulcro de Lázaro. Entretanto, la conmoción del Celeste Amigo se edificaba en la esperanza, despertando la fe viva en los compañeros que lo oían. La promesa de Él, al cariño fraternal de Marta, es bastante significativa.

“Tu hermano ha de resucitar” – aseveró el Maestro.

De ahí a instantes, Lázaro era restituido a la experiencia terrestre, sorprendiendo a los observadores del inesperado acontecimiento.

Gesto que se transformó en vigoroso símbolo, sabemos hoy que el Señor nos levanta, de nuevo en todas partes, en las esferas variadas de la vida. Hay resurrección victoriosa y sublime en las zonas carnales y en los círculos diferentes que se dilatan al infinito.

El espíritu más ennegrecido en el sepulcro del mal y el corazón más duro son arrancados de las tinieblas psíquicas para la luz de la vida eterna.

El Señor no se sensibilizó tan sólo por Lázaro. Amigo Divino, su mano cariñosa se extiende a todos nosotros.

Repongamos la muerte en su lugar en el proceso renovador y henchíos de confianza en el futuro, multiplicando las sementeras de afectos y servicios santificantes.

Cuando perdieres temporalmente la compañía directa de un ser amado, recordad las palabras de Cristo; aquella reducida familia de Betania, es la miniatura de la inmensa familia de la Humanidad.

CUIDADOS

**“No os inquietéis, pues, por el día de mañana,
porque el día de mañana cuidará de sí mismo.” –
Jesús (Mateo, 6:34)**

Los perezosos de todos los tiempos nunca perdieron la ocasión de interpretar falsamente las afirmativas evangélicas.

La recomendación de Jesús, referente a la inquietud, es de aquellas que más se prestaron a los argumentos de los discutidores ociosos.

Después de referirse Cristo a los lirios del campo, no fueron pocos los que se conocieron a sí mismos en la condición de flores, cuando no pasan de ser, aún, plantas espinosas.

Decididamente, el lirio no hila, ni teje, de acuerdo con la enseñanza del Señor, pero cumple con la voluntad de Dios. No solicita la admiración ajena, florece en el jardín o en la tierra silvestre, da su perfume al viento que pasa, adorna la alegría o consuela la tristeza, es útil a la enfermedad y a la salud, no se rebela cuando fenece el brillo que le es propio o cuando manos egoístas lo separan de la cuna en que nació.

¿Aceptaría el hombre inerte el Patrón del lirio, en relación a la existencia en la comunidad?

Jesús recomendó que no guarde el alma ningún ansia nociva, relativa a la comida, a la vestimenta o a las cuestiones accesorias del campo material; aseveró que el día, constituyendo la resultante de leyes generales del Universo, se atendería a sí mismo.

Para el discípulo fiel, albergarse, y alimentarse con verbos de fácil conjugación y el día representa oportunidad sublime de colaboración en la obra del bien. Pero, basarse en esas simples realidades para afirmar que el hombre deba marchar, sin cuidado consigo, sería menoscabar el esfuerzo de Cristo, convirtiendo su plataforma salvadora en campaña de irresponsabilidad.

El hombre no puede nutrir la pretensión de rectificar al mundo o sus semejantes de un día para otro, atormentándose en aflicciones injustas, sino debe tener cuidado de sí, mejorándose, educándose e iluminándose, siempre más.

Realmente, el ave canta, feliz, pero construye su propia casa.

La flor se adorna, tranquila; entretanto, obedece a los designios del Eterno.

Sin embargo, el hombre debe vivir confiante, siempre atento, en engrandecerse en la sabiduría y en el amor para la obra divina de la perfección.

AFLICCIÓN

“Ahora me gozo, no porque fuisteis desconsolados, sino porque fuisteis desconsolados para el arrepentimiento; pues fuisteis desconsolados según Dios.” – Pablo (II Corintios, 7:9)

¿Cuántas veces se agitan familias, agrupaciones o actividades para que la tormenta no les alcance el ambiente común? ¿Cuántas veces la criatura contempla el cielo, suplicando, para que el dolor no le visite la senda o para que la adversidad huya, procurando otros rumbos? Entretanto, la realidad llega siempre, inevitable e inflexible.

En el torbellino de sombras de la aflicción, el hombre, por lo general, se siente vencido y abandonado.

Mientras tanto, lo que parece infortunio o derrota puede representar demostraciones salvadoras del Todo-Compasivo.

En muchas ocasiones, cuando las criaturas terrestres lloran, sus amigos de la Esfera Superior se alegran, a la manera de los agricultores que descansan, tranquilos, después del campo bien podado.

Lágrimas, en los hogares de la carne, frecuentemente expresan júbilos de hogares celestiales. Pero, los orientadores divinos, no gozan porque sus tutelados sean detentores de padecimientos, sino justamente porque semejante situación indica posibilidades renovadoras en el trabajo de perfeccionamiento.

Todo campo debe conocer el tiempo de siega o de limpieza necesarios.

Cuando estuviereis desconsolados, a la vista de faltas que cometisteis sin pensarlo, es razonable que sufráis el paso de las nubes pesadas y negras que amontonasteis sobre el corazón; sin embargo, cuando la prueba y la lucha sorprendieren vuestra casa o el espíritu, en circunstancias independientes de vuestra voluntad, entonces ha llegado la hora de la aflicción según Dios, la cual os eleva espiritualmente y que, por esto mismo, provoca la alegría de los ángeles que velan por nosotros.

¿POR QUÉ DESDEÑAS?

**“Examinad todo. Retened lo bueno.” –
Pablo (I Tesalonicenses, 5:21)**

El cristiano no debe perder el buen ánimo por más inquietantes que se presenten las perplejidades del camino. No solamente en lo que respecta al dolor, sino también en lo que se refiere a costumbres, acontecimientos, cambios, perturbaciones...

Hay compañeros excesivamente preocupados con la extensión de los errores ajenos, sin percatarse contra las propias faltas. Señalan casas sospechosas, huyen al movimiento social, acusan hechos o reprueban a personas, antes de cualquier examen serio de las situaciones. Y en ese complejo emocional que los distancia de la realidad, dilatan desentendimientos con pretendidas actitudes de salvadores improvisados, que sólo acentúan la esterilidad del fanatismo.

Lejos de prestar beneficios reales, constituyen material neutro del movimiento renovador.

El Evangelio de Cristo, sin embargo, no instituyó aposentos de aislamiento; procura establecer, además, fuentes de Vida Abundante, en todas partes.

Examinar con imparcialidad es buscar esclarecimiento.

¿Por qué la condenación apresurada o la crítica destructiva? Cuando Pablo dirigió la célebre recomendación a los tesalonicenses no se refería sólo a libros y ciencias de la Tierra. Se refería a todo, incluyendo a los propios impulsos de la opinión popular, con alusión a los fenómenos máximos y mínimos del camino vulgar.

En todas las ocurrencias de los pueblos y de las personalidades, en todos los hechos y realizaciones humanas, el aprendiz fiel de la Buena Nueva debe analizar todo y retener lo bueno.

¿Por qué alejarte del trabajo y de la lucha en común? ¿Por qué desalentar a los que cooperan en la lid purificadora con tu impensado desdén? Si te sietes unido a Cristo, acuérdate de que el Señor a nadie abandona, ni aun a los seres aparentemente venenosos del suelo.

TRANQUILIDAD

“Os he dicho estas cosas, para que en mí tengáis paz.” – Jesús (Juan, 16:33)

La palabra de Cristo está siempre basada en el espíritu de servicio, a fin de que los discípulos no se engañen en el capítulo de la tranquilidad.

De manera general, los aprendices del Evangelio aguardan la paz, donde la calma reinante nada significa más allá de estacionamiento a veces delictuoso. En el concepto de la mayoría, la seguridad reside en garantía financiera, en relaciones prestigiosas en el mundo, en salarios astronómicos. Eso, no obstante, es secundario. Tempestades de la noche acostumbran sanear la atmósfera del día, angustias de la muerte renuevan la falsa visión de la experiencia terrestre.

Vale más permanecer al día con la lucha que guardarse alguien en el descanso provisorio y encontrarla, mañana, con dolorosa sorpresa de quien vive enfrentado por fantasmas.

La Tierra es una escuela de trabajo incesante.

Obstáculos y sufrimientos son orientadores de la criatura.

Es indispensable, por tanto, renovar la concepción de la paz, en la mente del hombre, para ajustarlo a la misión que fue llamado a cumplir en la obra divina, a favor de sí mismo.

Conservar la paz, en Cristo, no es detener la paz del mundo. Es encontrar el tesoro eterno de bendiciones en las obligaciones de cada día. No es huir al servicio; es aceptarlo dónde, cómo y cuándo determine la voluntad de Aquel que prosigue en acción redentora, junto a nosotros, en toda la Tierra.

Muchos hombres acostumbran buscar la tranquilidad de los cadáveres, pero el discípulo fiel sabe que posee deberes a cumplir en todos los instantes de la existencia. Alcanzando semejante zona de comprensión, conoce el secreto de la paz en Jesús con el máximo de luchas en la Tierra. Para él, continúan batallas, atritos, trabajo y testimonios en el Planeta, entretanto, ninguna situación externa modifica su serenidad interior, porque alcanzó el luminoso camino de la tranquilidad fundamental.

EL VASO

“Que cada uno de vosotros sepa poseer su vaso en santificación y honra.” - Pablo (I Tesalonicenses, 4:4)

La recomendación de pablo de Tarso a los tesalonicenses aún se reviste de plena actualidad.

El vaso de la criatura es el cuerpo que le fue confiado.

El hombre común, en su falsa visión del camino evolutivo, inadvertidamente procura saturarlo de enfermedad, lodo y sombra y, en todas partes se observan consecuencias funestas de semejantes desvíos.

Aquí, aparecen abusos de la alimentación; más allá, surgen excesos inconfesables. Numerosas existencias chocan en el túmulo, a la manera de vehículos preciosos atropellados o abollados por la imprevisión.

Entretanto, no faltan recursos de la Bondad Divina para que el patrimonio se mantenga íntegro, en las manos del beneficiario que es nuestra alma inmortal.

La higiene, la temperancia, la medicina preventiva, la disciplina jamás deberán ser olvidadas.

El Padre Compasivo no se despreocupa de las necesidades de los hijos, sino que son los propios hijos quienes menoscaban los valores que la Sabiduría Infinita les presta por amor. Algunos sobrecargan el vaso sagrado con bebidas tóxicas y aturdidoras, otros lo transforman en máquina de la gula carnívoras, cuando no lo despedazan en los choques del placer delictivo.

En obedecer a los imperativos de equilibrio, en la Ley Divina, reside la magnífica prueba para todos los hijos de la inteligencia y de la razón. Raros son los que salen de ella totalmente victoriosos. La mayoría espera milagros para exonerarse de los compromisos asumidos, olvidando que el problema del rescate y del reajuste compete a cada uno.

El mejor padre terrestre no conseguirá preservar el cuerpo de los hijos, sino transmitiéndoles las directrices del recto proceder. Fuera, pues, de la lección de la palabra y del ejemplo, es imprescindible reconocer que cada criatura debe saber poseer el propio cuerpo en santificación y honra para Dios.

EL REMEDIO SALUDABLE

“Confesad vuestras culpas unos a los otros, y orad unos por los otros para que sanéis.” – (Santiago, 5:16)

La dolencia siempre constituye un fantasma temible en el campo humano, como si la carne fuese tocada de maldición; entretanto, podemos afianzar que el número de enfermedades, esencialmente orgánicas, sin interferencias psíquicas, es positivamente diminuto.

La mayoría de las molestias proceden del alma, de las profundidades del ser. No reportándonos al inmenso caudal de pruebas expiatorias que invaden numerables existencias, en sus expresiones fisiológicas, nos referimos tan sólo a las molestias que surgen, de pronto, con raíces en el corazón.

¿Cuántas enfermedades pomposamente bautizadas por la ciencia médica no pasan de ser estados vibratorios de la mente en desequilibrio?

Cualquier desarmonía interior atacará naturalmente al organismo en su zona vulnerable. Uno sufrirá los efectos en el hígado, otro, en los riñones y, aun otro, en la propia sangre.

En tesis, todas las manifestaciones mórbidas se reducen a desequilibrio, desequilibrio ese cuya causa reposa en el mundo mental.

El gran apóstol del Cristianismo naciente fue médico sabio, cuando aconsejó la aproximación recíproca y la asistencia mutua con remedio saludable. El ofensor que revela sus propias culpas, ante el ofendido, lanza fuera detritos psíquicos, aliviando el plano interno; cuando oramos unos por los otros, nuestras mentes se unen, en el círculo de la intercesión espiritual, y, aunque no se verifique el registro inmediato, en nuestra conciencia común, hay conversaciones silenciosas por el “sin hilo” del pensamiento

La curación jamás llegará sin el reajuste íntimo necesario, y quien desee mejoras positivas, en la senda de elevación, aplique el consejo de Santiago; en él, poseemos un remedio saludable para que sanemos en la cualidad de enfermos encarnados o desencarnados.

TRANSFORMACIÓN

“En la verdad, no todos dormiremos; pero todos seremos transformados.” – Pablo (I Corintios, 15:51)

El apóstol de los gentiles se refiere a una de las más bellas realidades de la vida espiritual.

En los problemas de la muerte, las escuelas cristianas, trabajadas por las reflexiones teológicas de todos los tiempos, erigieron diversas teorías, definiendo la situación de la criatura, después del desprendimiento carnal. Es justo que semejante situación sea la más versificada posible. Nadie penetra el círculo de la vida terrena en proceso absolutamente uniforme, como no existen fenómenos de desencarnación con analogía integral. Cada alma posee su puerta de “entrada” y “salida”, conforme a las conquistas propias.

Se habla demasiado de las zonas purgatorias, de tinieblas exteriores, de regiones de sueño psíquico.

Todo eso efectivamente existe en un plano grandioso y sublime que, por lo pronto, trasciende el limitado entendimiento humano.

Todos los que se embeben en las fuentes puras de la verdad, con Cristo, debe guardar siempre el optimismo y la confianza.

“No todos dormiremos” – dice Pablo. Esto significa que no todas las criaturas caminarán a tontas, en las regiones mentales de la semi-inconsciencia, ni todas serán arrebatadas a esferas purgatorias y, aunque tales acontecimientos sucediesen, oigamos, aún, al abnegado amigo del Evangelio, cuando nos asevera – “pero todos seremos transformados”.

Pablo no promete sufrimiento inagotable ni reposo sin fin. Promete transformación.

Nadie parte al llamado de la Vida Eterna sino para transformarse.

La muerte del cuerpo es crecimiento espiritual.

El túmulo en una esfera es una cuna en otra.

Y, como la función de la vida es renovar hacia la perfección, transformémonos para el bien, desde hoy.

BRILLAR

“Así resplandezca vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los Cielos.” – Jesús (Mateo, 5:16)

Muchos aprendices admiten que brillar será adquirir destacada posición en los servicios de inteligencia, en el campo de la fe.

Realmente, excluir la cultura espiritual en sus diversos ángulos, de la posición luminosa a que todos debemos aspirar, sería rematada insensatez.

Aprender siempre para conocer mejor y servir es el destino de quien se consagra fielmente al Divino Maestro.

No obstante, urge comprender, en lo inmediato de la experiencia humana, que si el Salvador recomendó a los discípulos que brillasen, delante de los hombres, no se olvidó de añadir que esa claridad debería resplandecer, de tal manera, que ellos nos vean las buenas obras, rindiendo gracias al Padre, en forma de alegría con nuestra presencia.

Nadie se ilusione con los fuegos fatuos del intelectualismo artificioso.

Enseñemos el camino de la redención, tracemos programas salvadores donde estuviéremos; brille la luz del Evangelio en nuestra boca o en nuestra frase escrita, pero permanezcamos convencidos de que si esas claridades no descubren nuestras buenas obras, seremos invariablemente recibidos en el oído ajeno, y en el entendimiento ajeno, entre la expectación y la desconfianza, porque solamente fundido pensamiento, verbo y acción, en la enseñanza de Jesucristo, habrá en torno a nosotros glorificación constructiva a Nuestro Padre que está en los Cielos.

HIJOS DE LA LUZ

*“Andad como hijos de la luz.” - Pablo
(Efesios, 5:8)*

Cada criatura da siempre noticias de su propio origen espiritual.

Los hechos, palabras y pensamientos constituyen informaciones vivas de la zona mental de la que procedemos.

Los hijos de la inquietud acostumbran asfixiar a quien los oye, en mantos oscuros de aflicción.

Los brotes de la tristeza esparcen la niebla del desánimo.

Los cultivadores de la irritación fulminan el espíritu de la gentileza con los rayos de la cólera.

Los portadores de intereses mezquinos ensombrecen la senda por la que transitan, estableciendo un oscuro clima en las mentes ajenas.

Los corazones endurecidos generan nubes de desconfianza, por donde pasan.

Los aficionados a la calumnia y a la maledicencia distribuyen venenosas porciones de tinieblas con que se improvisan grandes males y grandes crímenes.

Los cristianos, sin embargo, son hijos de la luz.

Y la misión de la luz es uniforme y clara.

Beneficia a todos sin distinción.

No formula exigencias para dar.

Aleja las sombras sin alarde.

Esparce alegría y revelación creciente.

Siembra esperanzas renovadas.

Esclarece, enseña, ampara y se irradia.

CRISTIANOS

“Si vuestra justicia no excediere la de los escribas y fariseos, de modo alguno entraréis en el Reino de los Cielos.” – Jesús (Mateo, 5:10)

Los escribas y fariseos no eran criminales, ni enemigos de la Humanidad.

Cumplían deberes públicos y privados.

Respetaban las leyes establecidas.

Reverenciaban la Revelación Divina.

Atendían a los preceptos de la fe.

Ayudaban.

Pagaban impuestos.

No explotaban al pueblo.

Naturalmente, en casa, debían ser excelentes administradores del bienestar familiar.

Entretanto, para el Emisario Celeste la justicia de ellos dejaba que desear.

Adoraban al Padre Eterno, pero no vacilaban en humillar al hermano infeliz. Repetían fórmulas verbales en el culto a la oración, sin embargo, no oraban exponiendo el corazón. Eran correctos en la posición exterior, con todo, no sabían descender del pedestal de falso orgullo en que se erguían, para ayudar al prójimo y disculparlo hasta el propio sacrificio. Razonaban perfectamente en el cuadro de sus intereses personales, no obstante, eran incapaces de sentir verdadera fraternidad, susceptible de conducir a los vecinos al regazo del Supremo Señor.

He aquí que Jesús traza a los aprendices un nuevo patrón de vida.

El cristiano no surgió en la Tierra para circunscribirse a la morada humilde de la personalidad; apareció, con el Maestro de la Cruz, para transformar vidas y perfeccionarlas con la propia existencia que, bajo la inspiración del Divino Mentor, será siempre un cántico de servicio a los semejantes, exaltando el amor glorioso y sin fin, en la dirección del Reino de los Cielos que comienza, invariablemente, dentro de nosotros mismos.

LA LUZ INEXTINGUIBLE

***“La caridad jamás se acaba.” – Pablo
(I Corintios, 13:8)***

Permaneces en el campo de la experiencia humana, en plena actividad transformadora.

Todas las situaciones de las que te envanece, comúnmente, sólo son ángulos necesarios pero inestables de tu lucha.

La fortuna material, si no la basas en el trabajo edificante y continuo, es un patrimonio inseguro.

La familia humana, sin lazos de verdadera afinidad espiritual, es un encuentro de almas, experimentando la fraternidad, de la cual te apartarás, un día, con extremas desilusiones.

La eminencia directiva, cuando no es consolidada en bases robustas de justicia y sabiduría, de trabajo y consagración al bien, es antecámara del desencanto.

La posición social es siempre un juego transitorio.

Las emociones de la esfera física, en su mayor parte, se apagan como la llama de una vela.

La juventud del cuerpo denso es una floración pasajera.

La fama y la popularidad acostumbran ser procesos de tortura incesante.

La tranquilidad mentirosa es una introducción a tormentos morales.

La fiesta desequilibrante es víspera de una laboriosa reparación.

El abuso de cualquier naturaleza compele al reajuste apresurado.

Todo, alrededor de tus pasos, en la vida exterior, es oscuro y problemático.

Pero, el amor, es la luz inextinguible.

La caridad jamás se acaba.

El bien que practiques, en algún lugar, es tu abogado en todas partes.

A través del amor que nos eleva, el mundo se perfecciona.

Ama, pues, en Cristo, y alcanzarás la gloria eterna.

EL HERMANO

“La caridad es sufridora, es benigna; la caridad no es envidiosa, no trata con liviandad, no se enorgullece.” - Pablo (I Corintios, 13:4)

Quien da para mostrarse es vanidoso.

Quien da para torcer el pensamiento de los otros, doblándolo a los puntos de vista que le son peculiares, es tirano.

Quien da para librarse del sufridor es displicente.

Quien da para exhibir títulos efímeros es tonto.

Quien da para recibir con ventajas es ambicioso.

Quien da para humillar es compañero de las obras malignas.

Quien da para sondear la extensión del mal es desconfiado.

Quien da para afrentar la posición de los otros es soberbio.

Quien da para situar el nombre en la galería de los bienhechores y de los santos es envidioso.

Quien da para prender al prójimo y explotarlo es delincuente potencial.

En todas esas situaciones, en la mayoría de los casos, quien da se revela un tanto mejor que todo aquel que no da, con la mente endurecida en la indiferencia o en la sequedad; sin embargo, para aquel que da, irradiando el amor silencioso, sin propósitos de recompensa y sin mezcla de personalismo inferior, reserva el Plano Mayor el título de Hermano.

ENCIMA DE NOSOTROS

“Porque está escrito: Destruiré la ciencia de los sabios y aniquilaré la inteligencia de los inteligentes” – Pablo (I Corintios, 1:19)

Pasaron decenas de siglos sobre el Planeta, renovando la estructuración de todos los conceptos humanos.

La ciencia de la guerra multiplicó los Estados, entretanto, todos los gabinetes administrativos que le trazan los oscuros caminos sucumben, a través del tiempo, por las garras de los monstruos que ellos mismos crearon.

La ciencia religiosa estableció muchos templos venerables, con todo, toda vez que esos santuarios se confían al confort material desordenado, sobre el pedestal del dogma y del despotismo, caen, poco a poco, envenenados por el virus del separatismo y de la persecución que decretan para los demás.

La ciencia filosófica erige sistemas sobre sistemas, sin embargo, cuando procura instalarse en el negativismo absoluto, ante la Divinidad del Señor, sufre humillaciones y reveses, dentro de los cuales alcanza fines integralmente contrarios a los que se proponía realizar.

En todas partes de la Historia, vemos triunfadores de ayer arrojados al polvo de la Tierra, científicos que siembran la vanidad y recogen los frutos de la muerte, filósofos alabados por la turba descuidada, que plantan audaces teorías de raza y economía, conduciendo al pueblo al hambre, a la ignorancia y la destrucción.

Busca, pues, la fe y actúa, de conformidad a la ley de amor que ella te muestra al corazón, porque, encima de nosotros, infinito es el Poder del Señor y día vendrá en que toda la mentira y toda la vanidad serán confundidas.

ASÍ COMO

“Así como el Padre me envió, también yo os envío a vosotros.”- Jesús (Juan, 20:21)

Todo cristiano sincero sabe como el Supremo Señor envió a la Tierra al Divino Embajador.

Lo hizo nacer en el pesebre sencillo.

Le dio trabajo constructivo en la infancia.

Le confió deberes pesados, en la preparación, con oración y ayuno en el desierto.

Le inspiró una vida frugal y sencilla.

No le permitió el estacionamiento en alegrías artificiales.

Lo condujo al servicio activo en el bien de todos.

Le inclino el corazón hacia los enfermos y necesitados.

Lo envió al círculo de pecadores contumaces.

Lo indujo a banquetearse con personas consideradas de mala vida, para que su amor no fuese una joya de lujo, sino el clima bendito para la salvación de muchos.

Lo hizo enseñar el bien y practicarlo entre los paralíticos y ciegos, leprosos y locos, de modo a beneficiarlos.

Y, al término de su sublime misión, le dio la muerte en la cruz, entre ladrones, con el abandono de los amigos, bajo persecución y desprecio, para que las criaturas aprendiesen el proceso de sacrificio personal, como garantía de felicidad, camino de la resurrección del hombre interior en la vida eterna.

Fue así que el Supremo Padre envió a la Tierra al Divino Hijo y, en ese patrón, podemos entender lo que Jesús deseaba decir cuando aseveró que expediría mensajeros al mundo en las mismas normas.

Así, pues, el cristiano que aspira movilizarse entre facilidades terrestres, ciertamente aún no despertó para la verdad.

RESPUESTAS DE LO ALTO

“Y ¿cuál padre entre vosotros que, si el hijo le pide pan, le dará una piedra? – Jesús (Lucas, 11:11)

En los círculos de la fe, encontramos diversos corazones extenuados y desilusionados. Se refieren a la oración, a la manera de enfermos desengañados en cuanto a la eficacia del remedio, alegando que no reciben respuestas de lo Alto.

Entretanto, la meditación más profunda les conferirá más elevada noción de los Designios Divinos, entendiendo, en fin, que el Señor jamás ofrece piedras al hijo que le pide pan.

No siempre es posible comprender, de pronto, la respuesta celestial en nuestro camino de lucha, no obstante, nunca está demás reflexionar para percibir con sabiduría.

En muchas ocasiones, la amarga contrariedad es un aviso benéfico y la enfermedad es un recurso de salvación.

No pocas veces, las flores de la compasión de Cristo visitan a la criatura en forma de espinas y, en muchas circunstancias de la experiencia terrestre, las bendiciones de la medicina celestial se transforman temporalmente en heridas santificantes.

En muchas fases de la lucha, el Señor decreta la abrogación de tiempo al círculo del servidor, para que él no llene los días con la repetición de graves delitos y, no es raro, darle fealdad al cuerpo físico para que su alma se ilumine y progrese.

Si la paternidad terrena, imperfecta y deficiente, vela a favor de los hijos, ¿qué decir de la Paternidad de Dios, que sustenta al Universo al precio de inagotable amor?

El Todo-Compasivo nunca lanza piedras a las manos suplicantes que le ruegan auxilio.

Si te demoras, pues, en el seno de las inhibiciones provisorias, permanece convencido de que todos los impedimentos y dolores te fueron concedidos como respuestas de lo Alto a tus pedidos de socorro amparo y lección, con vistas a la vida eterna.

NUESTROS HERMANOS

**“Y de él tenemos este mandamiento: que quien ama a Dios, ame también a su hermano.”
- Juan (I Juan, 4:21)**

En verdad, amamos a Dios, en todos los motivos de júbilo dentro de nuestra marcha evolutiva. El Evangelio, entretanto, es abundante en recomendaciones, en el sentido de amar también a nuestros hermanos, entre las piedras y sombras de la escabrosa subida.

Cierto, la palabra de la Buena Nueva no se refiere a los compañeros amados y felices que ya solucionaron con nosotros las cuestiones de armonía mental, sino a los que respiran en nuestra atmósfera, exigiendo auxilio fraterno y seguro.

Ellos son:

Nuestros hermanos enfermos que reclaman remedio.

Los infortunados que piden consuelo.

Los débiles que esperan defensa.

Los ignorantes que anhelan el esclarecimiento.

Los desajustados que necesitan de comprensión.

Los criminales distantes del socorro y de la luz.

Los insumisos que nos desafían la tolerancia.

Los desequilibrados que nos inducen a vigilar para el bien.

Los demolidores que nos ofrecen la ocasión de reconstruir.

Los revolucionarios que nos auxilian a reconocer los beneficios del orden.

Los que nos hieren, ayudándonos a desbastar nuestras propias imperfecciones.

Los que nos persiguen y calumnian, proporcionándonos la oportunidad de soportar con Cristo, en la práctica del Evangelio.

El hermano iluminado y bondadoso, en sí ya representa una obra viva del Padre, a través de la cual Lo conocemos y admiramos; el hermano ignorante o infeliz, entretanto, es una obra que el Cielo nos invita a amparar y embellecer, en el rumbo de la perfección, en nombre del Todo-Misericordioso.

Si amas a Dios en el hermano que te entiende y ayuda, no te olvides de honrarlo y quererlo en el hermano que aún no te puede amar.

PARECEN, PERO NO SON

“Pero quien no posee el espíritu de Cristo, ese tal no es de él.” – Pablo (Romanos, 8:9)

El gobernante recurrirá al Testamento Divino para conciliar los intereses del pueblo.

El legislador lanzará pensamientos del Evangelio en las leyes que establece.

El juez se valdrá de las sugerencias del Maestro para iluminar con ellas las sentencias que redacta.

El administrador combinará versículos sagrados para basar pareceres en procesos de servicio.

El escritor señoreará sublimes imágenes de la Revelación para despertar el entusiasmo y la esperanza en millares de lectores.

El poeta usará pasajes del Señor para colorear los versos de su inspiración.

El pintor se reportará a los cuadros apostólicos y realizará primores imperecibles ajustando la tela, la tinta y el pincel.

El escultor fijará en el mármol el recuerdo de las lecciones eternas del Divino Mensajero.

El revolucionario repetirá expresiones del Orientador Celestial para justificar reivindicaciones de todos los modos.

El propio mendigo se pronunciará en nombre del Salvador, rogando limosnas.

Nadie se engañe, sin embargo, con las apariencias exteriores.

Si el gobernante, el legislador, el juez, el administrador, el escritor, el poeta, el pintor, el escultor, el revolucionario y el mendigo nos revelan en la individualidad trazos marcados y vivos del Maestro, demostrando poseer su espíritu, en verdad, aún no son de Él.

Parecen, pero no son.

MIENTRAS ES HOY

“Mientras se dice: Si oyereis hoy, su voz, no endurezcáis vuestros corazones.” - Pablo (Hebreos, 3:15)

Encarecer la oportunidad de regeneración espiritual en la vida física nunca será argumento fastidioso en los círculos de educación religiosa.

El cuerpo denso, de alguna forma, representa el molde utilizado por la compasión divina, en nuestro favor, en gran número de reencarnaciones, para reajustar nuestros hábitos y perfeccionarlos.

La carne, bajo muchos aspectos, es barro vivo de sublime cerámica, donde el Alfarero Celeste nos conduce muchas veces a la misma forma, al calor de la lucha, a fin de perfeccionar el vehículo sutil de manifestación del espíritu eterno; entretanto, casi siempre, estropeamos la oportunidad, encaminándonos hacia la inutilidad o a la ruina.

Pero, dentro del asunto, la palabra de Pablo es valiosa y oportuna.

Mientras pudieres escuchar o percibir la palabra Hoy, con la audición y la reflexión, en el campo fisiológico, válete del tiempo para registrar las sugerencias divinas y concretarlas en tu marcha.

Para el hombre brutalizado la muerte no trae grandes diferencias. La ignorancia pasa el día en la impulsividad y la noche en la inconsciencia, hasta que el tiempo y el esfuerzo individual operen el desgaste de las sombras, iluminando su camino.

Aquí, mientras tanto, nos referimos a la criatura medianamente esclarecida.

Todos los pequeños malos hábitos, aparentemente inexpresivos, deben ser muy bien extirpados por sus portadores que, desde la Tierra, ya dispongan de algún conocimiento de la vida espiritual, porque uno de los mayores tormentos para el alma desencarnada, de algún modo instruida sobre los caminos que se desdoblán más allá de la muerte, es sentir, en los círculos de materia sublimada, flores y tinieblas, luz y lodo dentro de sí misma.

MAÑANA

“Os digo que no sabéis lo que acontecerá mañana” - (Santiago, 4:14)

El perezoso dice: “mañana haré”.

El débil exclama: “mañana, tendré fuerzas”.

El delincuente asevera: “mañana, me regenero”.

Pero, es imperioso reconocer, que la criatura, aplazando el esfuerzo personal, no alcanzó, aún, en verdad, la noción real del tiempo.

Quien no aprovecha la bendición del día, vive distante de la gloria del siglo.

Alma sin coraje de avanzar cien pasos, no caminará veinte mil.

El labrador que pierde la hora de sembrar, no consigue prever las consecuencias del retraso del servicio al que se dedica, porque, entre una hora y otra, pueden surgir impedimentos y luchas de indefinible duración.

Mucha gente aguarda la muerte para entrar en una buena vida, sin embargo, la ley es clara en cuanto al destino de cada uno de nosotros.

Siempre alcanzaremos los resultados que nos proponemos.

Si todas las aves tienen alas, no todas se ajustan a la misma tarea, ni planean en el mismo nivel.

La golondrina vuela en la dirección del clima primaveral, pero el cuerpo, de modo general, se consagra, en cualquier tiempo, a los detritos del suelo.

Aquello que el hombre busca ahora, lo sorprenderá mañana, frente a los ojos y en torno al corazón.

Cuida, pues, de hacer, sin demora, cuánto debe ser hecho a beneficio de tu propia felicidad, porque el Mañana será muy agradable y el beneficio solamente para aquel que trabaja en el bien, que crece en el ideal superior y que se perfecciona, valerosamente, en las benditas horas de Hoy.

EN EL CAMPO FÍSICO

“Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual” – Pablo (I Corintios, 15:44)

Nadie menosprecie la expresión animal de la vida humana, con el pretexto de preservarse en la santidad.

La inmersión de la mente en los fluidos terrestres es una oportunidad de sublimación que el espíritu laborioso y despierto transforma en estructuración de valores eternos.

La sementera común es un símbolo perfecto.

El germen lanzado a la cueva oscura sufre la acción de los detritos de la tierra, afronta el lodo, el frío, la resistencia del suelo, pero en breve se convierte en verdor y utilidad en el follaje, en perfume y color en las flores y en alimento y riqueza en los frutos.

Comprendamos, pues, que la simiente no se estancó. Rompió todos los obstáculos y, sobre todo, obedeció a la influencia de la luz que la orientaba hacia la cima, en la dirección del Sol.

La cueva del cuerpo es también preciosa para la labor espiritual, cuando nos sometemos a la ley que nos induce hacia lo Alto.

Toda criatura provisionalmente encadenada a la materia puede aprovechar el tiempo en la creación de espiritualidad divina.

Sin embargo, el apóstol, es muy claro cuando emplea el término “se siembra”. Quien nada planta, quien no trabaja en la elevación de la propia vida, coagula la actividad mental y rueda en el tiempo a la manera del guijarro que avanza casi inalterable, a los golpes inesperados de la naturaleza.

Quien cultiva espinas, naturalmente alcanzará espinos.

Pero, el corazón prevenido que siembra el bien y la luz, en el suelo de sí mismo, espere, feliz, la cosecha de la gloria espiritual.

MANJARES

“Los manjares son para el vientre, y el vientre para los manjares; pero, Dios, aniquilará tanto uno como los otros” - Pablo (I Corintios, 6:13)

El alimento del cuerpo y del alma, en lo que se refiere al pan y a la emoción, representa un medio para la evolución y no el fin de la evolución en sí misma.

Hay criaturas, que hacen del plato y del continuismo simplista de la especie únicas razones de ser en toda la vida.

Trabajan para comer y procrean sin pensar.

Cuando se les habla del espíritu o de la eternidad, bostezan despreocupadas, cuando no cambian, aflictivamente, de asunto.

Efectivamente, la satisfacción de los sentidos fisiológicos es para el alma el amparo que el suelo y el abono constituyen para la simiente. Sin embargo, si la simiente persiste en retenerse en la cueva para gozar las delicias del abono, contrariando la Ley Divina, nunca se le utilizará la preciosa colaboración.

El estómago es valioso e indispensable para la existencia física.

Las facultades creadoras son venerables y sublimes.

Sin embargo, urge entender las necesidades del espíritu imperecible.

Esclarecimiento por el estudio, crecimiento mental por el trabajo e iluminación por la virtud santificante son imperativos para la futura posición de los hombres.

Quien gasta el tiempo consagrandolo todas las fuerzas del alma a las fantasías del cuerpo, olvidándose que el cuerpo debe permanecer al servicio del alma, rápidamente caerá en la perturbación, en la inutilidad o en la sombra.

Para la comunidad de los aprendices aplicados y prudentes, todavía, brilla en el Evangelio el elocuente aviso de Pablo: “Los manjares son para el vientre y el vientre para los manjares; pero, Dios, aniquilará tanto a uno como a los otros.”

EL PAN DIVINO

“Moisés no os dio el pan del Cielo; pero mi padre os da el verdadero pan del Cielo.” - Jesús (Juan, 6:32)

Toda organización religiosa en la Tierra no tiene objetivo mayor que el de preparar las almas, ante la grandeza de la vida espiritual.

Los templos de piedras se arruinan.

Los principios dogmáticos desaparecen.

Los cultos externos se modifican.

Las revelaciones se amplían.

Los sacerdotes pasan.

Todos los servicios de la fe viva representan, de algún modo, aquel pan que Moisés dispuso a los hebreos, alimento valioso sin duda, pero que sustentaba el cuerpo sólo por un día, y cuya finalidad primordial es la de mantener la sublime oportunidad del alma en busca del verdadero pan del Cielo.

El Espiritismo Evangélico, en los días que corren, es un bendito granero de ese pan. En sus líneas de trabajo, hay más certeza y esperanza, más entendimiento y alegría.

Pero, esté, cada compañero convencido de que el esfuerzo personal en el pan divino para la renovación, purificación y engrandecimiento del alma ha de ser culto dominante en el aprendizaje o proseguiremos en las mismas oscuridades mentales y emocionales de ayer.

Las observaciones de orden fenoménico se destinan al olvido.

Las afirmativas doctrinarias se elevan hacia el bien.

Los horizontes del conocimiento se dilatan al infinito.

Los procesos de comunicación con lo invisible progresan siempre.

Los médiums se suceden unos a otros.

Si buscas, pues, la propia felicidad, aplícate con todas las energías al aprovechamiento del pan divino que desciende del Cielo hacia tu corazón, a través de la palabra de los benefactores espirituales, y aprende a subir, con la mente entusiasmada de amor y luz, a los inagotables graneros del pan celestial.

PLATAFORMA DEL MAESTRO

“Él salvará a su pueblo de los pecados de ellos.” - (Mateo, 1:21)

En verdad, hace dos mil años, el pueblo creía que Jesús sería un comandante revolucionario, como tantos otros, desvelándose por reivindicaciones políticas, a costa de la muerte, del sudor y de las lágrimas de mucha gente.

Aún hoy, vemos grupos compactos de hombres indisciplinados que, administrando u obedeciendo, se reportan a Cristo, interpretándolo como si fuera un patrono de rebeliones individuales, sediento de guerra civil.

Entretanto, del Evangelio no infiere ningún programa en ese sentido.

Que Jesús es el Divino Gobernador del Planeta no podemos dudarlo. Lo que hará Él del mundo redimido aún no lo sabemos, porque al soldado humildísimo le son vedados los planes del General.

La Buena Nueva, entretanto, es muy clara, en cuanto a la primera plataforma del Maestro de los maestros. Él no representaba títulos de reformador de los hábitos políticos, viciados por las malas inclinaciones de gobernadores y gobernados de todos los tiempos.

La revelación celeste nos anunció que Él vendría a salvarnos de nuestros propios pecados, liberarnos de la cadena de nuestros propios errores, apartándonos del egoísmo y del orgullo que aún legislan para el mundo de nuestra conciencia.

Hasta hoy, nos hallamos en simple fase de comienzo de apostolado evangélico – Cristo liberando al hombre de sus mismas llagas, para que el hombre limpio consiga purificar el mundo.

El reino individual que pudiere aceptar el servicio liberador del Salvador encontrará la nueva vida.

LA VERDAD

**“Yo soy el camino y la verdad.” – Jesús
(Juan, 14:6)**

Hasta ahora, nadie se atreverá, en buena lógica, a exhibir en la Tierra, la pura verdad, ante la visión de las fuerzas colectivas.

La profunda diversidad de las mentes, con la heterogeneidad de caracteres y temperamentos, aspiraciones y propósitos, impide la exposición de la realidad plena al espíritu de las masas comunes.

Cada escuela religiosa, en razón de eso, mantiene en el mundo, diferentes cursos de la revelación gradual. La claridad inmaculada no sería, en el presente aprendizaje de la evolución humana, asimilable por todos, de inmediato.

Hay que esperar el paso de las horas. En los círculos del tiempo, la simiente, con el esfuerzo del hombre, provee el granero; el carbón, con el auxilio de la naturaleza, se convierte en diamante.

Por eso, vemos verdades estancadas en las iglesias dogmáticas, verdades provisorias en las ciencias, verdades progresivas en las filosofías, verdades convenientes en las lides políticas y verdades discutibles en todos los ángulos de la vida civilizada.

Pero, semejante imperativo, para la mentalidad cristiana sólo fortalece en cuanto a las masas.

Delante de cada discípulo, en el reino individual, Jesús es la verdad sublime y reveladora.

Todo aquel que descubra la luz bendita, le absorbe los rayos celestes, transformadores... Y comienza a observar la experiencia bajo otros prismas, elige más altos patrones de lucha, revela metas santificantes y se identifica con horizontes más amplios. El reino del propio corazón pasa a gravitar alrededor del nuevo centro vital, glorioso y eterno. Y a medida que se va desprendiendo de las atracciones de la mentira, cada discípulo del Señor entra más intensamente en la órbita de la Verdad que es la Pura Luz.

EL CAMINO

“Yo soy el camino.” – Jesús (Juan, 14:6)

Hay mucha gente creyendo, aún en la Tierra, que el Cristianismo sea una panacea como tantas para la salvación de las almas.

Para esa casta de creyentes, la vida humana es un proceso de gozar lo posible en el cuerpo de carne, reservándose la luz de la fe para las ocasiones de sufrimiento irremediable.

¿Hay decadencia en la carne? Se busca el amparo de los templos.

¿Vino la muerte de personas amadas? Se oye una u otra prédica que auxilie el descenso de lágrimas momentáneas.

¿Hay desastres? Se doblan las rodillas, por algunos minutos, y se aguarda la intervención celestial.

Se usa la oración, en momentos excepcionales, a la manera de pomada milagrosa, solamente aconsejable a la piel, en ocasiones de heridas graves.

La mayoría de los estudiantes del evangelio parece olvidar que el Señor se nos reveló como siendo el camino...

No se comprende la senda sin provecho.

Abrazar el Cristianismo es avanzar para la vida mejor.

Aceptar la tutela de Jesús y marchar, en Su compañía, es aprender siempre y diariamente, con renovación incesante para el bien infinito, porque el trabajo constructivo, en todos los momentos de la vida, es la jornada sublime del alma, rumbo del conocimiento y de la virtud, de la experiencia y de la elevación.

Las zonas sin vías que les intensifiquen el servicio y el transporte son regiones de economía parálitica.

Los cristianos que no aprovechan el camino del Señor, para alcanzar la legítima prosperidad espiritual, son criaturas voluntariamente condenadas a la paralización.

EDIFICACIÓN DEL REINO

“El Reino de Dios está en medio de vosotros.” – Jesús (Lucas, 17:21)

Ni en la alegría excesiva que ensordece.

Ni en la tristeza en demasía que deprime.

Ni en la ternura incondicional que perjudica.

Ni en la severidad indiscriminada que destruye.

Ni en la ceguera afectiva que jamás corrige.

Ni en el rigor que reseca.

Ni en la absurda afirmativa que es dogma.

Ni en la absurda negación que es vanidad.

Ni en obras sin fe que se reducen a piedra y polvo.

Ni en la fe sin obras que es estancamiento del alma.

Ni en el movimiento sin ideal de elevación que es cansancio vacío.

Ni en el ideal de elevación sin movimiento que es ociosidad brillante.

Ni cabeza excesivamente vuelta hacia el firmamento con entera despreocupación del valioso trabajo en la Tierra.

Ni pies definitivamente emplomados al suelo del Planeta con integral olvido de los llamados del Cielo.

Ni exigencia a todo instante.

Ni disculpa sin fin.

El Reino Divino no será concretado en la Tierra, a través de actitudes extremistas.

El propio Maestro nos aseveró que la sublime realización está en medio de nosotros.

La edificación del Reino Divino es obra de perfeccionamiento, de orden, esfuerzo y aplicación a los designios del Maestro, con bases en el trabajo metódico y en la armonía necesaria.

No te prendas excesivamente a las dificultades del día de ayer, ni te inquietes demasiado por los probables obstáculos de mañana.

Vive y actúa bien en el día de hoy, equilibrate y vencerás.

OBRA INDIVIDUAL

“Sepa que aquel que hiciere convertir del error de su camino a un pecador, salvará de la muerte a un alma y cubrirá una multitud de pecados.” - (Santiago, 5:20)

Cuando un hombre comete una acción mala, los reflejos de ella perduran, por mucho tiempo, en la atmósfera espiritual en la que él vive.

La criatura ignorante que la observa se hace peor.

Los ojos poco benevolentes que la ven se tornan más duros.

El hombre casi rectificado que la identifica se estanca y desanima.

El misionero del bien que la sorprende encuentra más dificultades para socorrer a los demás.

Alrededor de un gesto egoísta, se congregan la indisciplina, el despecho, la revuelta y la venganza, asociándose en operaciones mentales malignas y destructivas.

Una buena acción, sin embargo, edifica e ilumina siempre.

La criatura ignorante que la observa aprende a elevarse.

Los ojos poco benevolentes que la ven, reciben nueva claridad para la vida íntima.

El hombre casi rectificado que la identifica adquiere más fortaleza para restaurarse.

El misionero del bien que la sorprende, se exalta en ella a beneficio de su apostolado de luz.

En torno a la manifestación cristiana, se enlazan la gratitud, la alegría, la esperanza y el optimismo, organizando creaciones mentales iluminativas y santificantes.

Si deseas, por tanto, propagar el espíritu sublime del Cristianismo, atiende a la obra individual con Jesús.

Aparta a los corazones amados del campo oscuro del error, a través de tus actos que constituyen lecciones vivas del amor edificante.

Recuerda que la conversión verdadera y sustancial de un solo espíritu al Bien Infinito, oscuras multitudes de males podrán desaparecer para siempre.

PALABRAS

“De la misma boca procede bendición y maldición.” – (Santiago, 3:10)

Nunca te arrepentirás:

De haber oído cien frases, pronunciando simplemente una que otra pequeña observación.

De evitar el comentario alusivo al mal, cualquiera que sea.

De callar la explosión de la cólera.

De preferir el silencio en los instantes de irritación.

De renunciar a los presentimientos livianos en las menores controversias.

De no opinar en problemas que no te corresponden.

De esquivarte a promesas que no podrías cumplir.

De meditar muchas horas sin abrir los labios.

De sólo sonreír siempre que seas visitado por la desilusión o por la amargura.

De huir a reclamaciones de cualquier naturaleza.

De estimular el bien bajo todos los prismas.

De pronunciar palabras de perdón y bondad.

De explicar sobre el optimismo, la fe y la esperanza.

De exaltarla confianza en el Cielo.

De enseñar lo que sea útil, verdadero y edificante.

De prestar informaciones que ayuden a los demás.

De expresar buenos pensamientos.

De formular llamados a la fraternidad y a la concordia.

De demostrar benevolencia y comprensión.

De fortalecer el trabajo y la educación, la justicia y el deber, la paz y el bien, aunque sea con sacrificio del propio corazón.

Examina el sentido, el modo y la dirección de tus palabras, antes de pronunciarlas.

De la misma boca procede la bendición o la maldición para el camino.

DESPUÉS

“Después, sobreviniendo tribulación o persecución.” – Jesús (Marcos, 4:17)

Toda la gente conoce la ciencia de comenzar las buenas obras.

Se acepta el brazo de un bienhechor, con exclamaciones de júbilo, mientras tanto, después... cuando desaparece la necesidad, se cultiva la queja impropia, en el rumbo de la ingratitud declarada, afirmándose – “él no es tan bueno como parece”.

Se inicia la misión de caridad con santo entusiasmo, con todo, después... al surgir las primeras espinas, se proclama la carencia de la fe, gritándose con toda la fuerza – “no vale la pena”.

Se emprende la jornada de la virtud y se aprovecha el estímulo que el Señor concede al alma, a través de mil recursos diferentes, entretanto, después... cuando la disciplina y el sacrificio cobran el justo impuesto debido a la iluminación espiritual, se clama con enfado – “así tampoco”.

Se ayuda a un compañero de la senda, con extremo cariño, adornándose el corazón de flores halagüeñas, no obstante, después... si nuestra sementera no corresponde a la ternura exigente, lo abandonamos a los azares de la senda, aseverado con énfasis – “no puedo más”.

Todos saben comenzar en el ministerio del bien, pocos prosiguen en la lid salvadora, rarísimos terminan la tarea edificante.

Entretanto, por otro lado, las peligrosas realizaciones de la turbación y de la sombra se concretizan con rapidez.

Un compañero comienza a traicionar a sus compromisos divinos y efectúa, sin demora, lo que desea.

Otro comienza la plantación del desánimo y, pronto, alcanza los fines que se propone.

Otro, también, inicia la discordia y, sin tardanza, crea la desarmonía general.

Realmente, es muy difícil perseverar en el bien y siempre fácil llegar al mal.

Sin embargo, después...